

Con los muertos no se juega



Gustavo Oliveros

Barralibros



Editores

Con los muertos no se juega

Con los muertos no se juega

Nadie muere la víspera de domingo

Gustavo Oliveros



Barralibros.editores

Gustavo Oliveros es licenciado en comunicación social, graduado en la Universidad Central de Venezuela en donde se desempeña como docente. Hizo una maestría en la Universidad de Louven La Neuve, en Bruselas, Bélgica, cuyo tema le permitió más tarde dictar varias conferencias sobre la “teoría del rumor” hoy en día muy bien relacionada con la llamada teoría de la conspiración y las Fake News.



Ha escrito seis novelas publicadas por nuestro sello en donde, al igual que en esta, la tragedia y el humor se vinculan en una especie de intercambio de roles entre los personajes, casi todos extraídos de la vida real. Lo mismo sucede con su compilación de “Cuentos desalmados para armar” que le valió una mención de honor por la Fundación “En Plural” en el 2019.

Novelas publicadas: “El último trago”; “Amores a destiempo en tiempos de revolución”; “Rosa Mary se fugó con la lluvia”; “Mi adorada prostituta”; “24 horas frente al cadáver vacío”; “Cuentos desalmados para armar”; “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Tres de ellas, “El último trago”, “Mi adorada prostituta” y “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Fueron elogiadas por la crítica en Bogotá, Buenos Aires y Santiago de Chile,

*A Jenny mi hija querida.
A mi Jacquie y a mis nietas*

A los muertos...ni con el pétalo de una rosa

1

Los vi desde la ventana del lavabo. Dos sujetos en una motocicleta de alta cilindrada interceptaban de empellón la camioneta que estaba a punto de entrar al estacionamiento judicial. Uno de ellos extrajo una pistola del cinto y el conductor de la camioneta al verlo realizó una maniobra tardía para eludirlo. En ese momento sonaron los disparos que quebrantaron el silencio de la tarde. Según testigos fueron cuatro las detonaciones, si hubo más, no me enteré porque el fuerte sonido de las alarmas alcanzó a todas las dependencias de la central policial. Esto suponía que los funcionarios de guardia, debían abandonar el edificio con cuantas armas estuvieran disponibles hacia la planta baja, sin usar los elevadores. Esta era una maniobra altamente ensayada en los simulacros como defensiva ante ataques terroristas, y ameritaba de una sincronía inter departamental, conforme lo indicaba el manual de procedimiento del que todos estábamos al tanto. No terminé de ver lo mal que lucía mi rostro frente al espejo. Me ajusté mejor la correa al pantalón y con mi Glock 9 milímetros, me incorporé al desfile, presto ante la eventualidad, y rogando que no se tratara de un ataque a la sede policial.

Minutos antes en medio del sopor de la tarde, había dejado el sillón y corría por el pasillo para llegar a tiempo al sanitario. En

algunas ocasiones, la vejiga no respetaba los deseos y las primeras gotas se iban convirtiendo en cortos escupitajos intermitentes que al desencadenarse acababan empapando el pantalón. Esto, si topaba con algún obstáculo en mi camino. Estorbos como encontrarse con el gordo Wilmer que necesitaba que le firmara unos memos para viáticos, o bien, trabas como el carteloncito de “cerrado por mantenimiento” que me terminaba de joder la vida. Despachaba hacinado en una oficina de dos metros cuadrados crecida de expedientes de pared a pared. Allí hacía mi trabajo sin quejarme por la falta de aire acondicionado, ni por lo reducido del espacio. Era un rincón sombrío y oscuro, fúnebre que enfrentaba con ventaja descortés y grosera la blancura del techo percutido por la humedad. En él no cabía otro ser que no fuese yo mismo, y esas precarias condiciones convertían el cuarto en una especie de celda de castigo para presos de alta peligrosidad. El baño quedaba relativamente lejos para mí, de una esquina a la otra del pasillo. El del piso superior permanentemente se encontraba cerrado y el de la inferior era una asquerosidad por ser el único de todo el edificio que permanecía abierto durante las noches, para uso de los funcionarios de guardia.

Orinaba de lo más sosegado, sin pensamientos oscuros, porque, afortunadamente, el pasillo estuvo libre de obstáculos y porque ya no ardía tanto la salida del orine por su cauce natural. La piedra que solté la última vez, parecía un “mangual” sin soporte que, al ser expulsado a modo de perdigón, dejó una marca imperecedera en la porcelana, un testigo doloroso de la acumulación de sal en los riñones. Mi única preocupación, ahora, era la de finalizar el informe sobre un asesinato acontecido unas semanas atrás e irme a mi departamento ubicado al sur de la ciudad en una zona

residencial denominada Las Acacias. La resaca, fruto de los tragos de la anterior noche, me mantenía en las nebulosas. Me extralimité con media botella de La Perdiz, un whisky barato que estaba acorde con mi presupuesto y cuya definición más apropiada sería como beber alcohol isopropílico rebajado con té chino. Miraba por la ventana del baño mientras el grifo del lavamanos derramaba su agua helada entre mis dedos entumecidos. Desde donde me encontraba podía verse la avenida a todo lo largo, de este a oeste, que por el efecto de la luz reverberaba de calor. El asfalto brillaba a punto de derretirse. Estaba embobado frente al espectáculo a punto de quedarme dormido, ahí parado. Cualquiera habría pensado que me había fumado un porro de mariguana. Solo veía, sin poder apartar mi vista, ese espejo negro que lucía desierto anunciando lluvias torrenciales en la madrugada. Muy pocos vehículos circulaban por sus canales de ida como de vuelta. Los domingos eran tediosos y fantasmales, y en pocas ocasiones sucedía algo que sorprendiera un domingo. En los domingos los criminales cumplen con el sagrado mandamiento de no trabajar para dedicarlos al Señor, como si eso pudiese aminorar los pecados cometidos de lunes a sábado. ¿Seguro estás despierto, Martín? La pregunta surgió de la misma nebulosa opacada por el sonido de los disparos.

2

Desperté asustado en medio de un charco oloroso a vitaminas. Me enojé conmigo pues no le puse atención a la señal sináptica que te advierte acerca de la llegada de un suceso imprevisto, y te prepara para lo eventual. Si un policía carece de ella debería dedicarse a otra profesión. Yo la estaba perdiendo de a poco de un tiempo a esta parte. La sinapsis es parecida a la intuición, pero bajo ciertas bases científicas. En la sociedad sucede igual que en

el sistema orgánico. En la primera ocurre que, los policías deben mantener un vínculo dinámico entre ellos si quieren sobrevivir a un evento sorpresivo. En el segundo caso, las neuronas de nuestro cerebro emulan a policías en lugares estratégicos a la espera de una sinapsis para tomar acciones una vez enviada y recibida la información respectiva. Superada la madurez, este proceso no es tan dinámico como en nuestros años mozos. La vejez es una indignidad, aunque le pongamos curitas.

Apagué la alarma del celular que ululaba como patrulla en estado de emergencia. La configuré en un momento de nostalgia y borrachera para recordar mis mejores tiempos como detective en la central judicial. Sobre los sujetos motorizados, con los que estuve soñando, diría que se trató de *“uno de esos recuerdos indeseables que permanecen reprimidos en la memoria por alguna razón del inconsciente. Sueños que permiten aliviar la pulsión y hacen que los recuerdos se restablezcan en el consciente a medida que uno se va despabilando”* No soy nada ducho en cuestiones de psicología, pero había oído un comentario al respecto en un programa de radio donde un especialista respondía preguntas sobre sueños, pesadillas y demás hierbas del inconsciente. Como lo habrán intuido, soy detective, pero también soy policía jubilado con poco salario y muchas deudas, así que las cosas no me iban muy bien que digamos. De tal modo que, mientras llevaba el jergón hacia la terraza para airearlo, puesto que deshacerme de él no era una alternativa a corto plazo, recordaba los antecedentes del caso con el que había soñado y para el cual había sido llamado por el comisario Wilmer Mendoza: el gordo Wilmer, como lo llamaban todos los compañeros desde que ingresó a la Institución. Un “escalador” de cargos en la central policial. Aunque yo no trabajaba en ella desde que me impusieron una jubilación obligada, igual me asignaban algunas investigaciones de vez en vez, sobre todo cuando las archivaban y las ponían a dormir el sueño de los

justos, a la espera de cerrar el sumario una vez extinguida la causa. La ocasión la pintaban calva y me llegaba convenientemente cuando necesitaba comprar, sino otra cama, al menos una nueva colchoneta. El asunto era manejable como todos los casos que pasaban por las manos del gordo Wilmer, bien premeditado, calculado y resuelto, siempre y cuando siguieras las pautas habituales que solía darte cuando elegía a alguno de nosotros, los jubilados de oficio. Me había llamado la noche anterior porque sobre él pesaba una investigación aparentemente sencilla de no ser por el aspecto político que se le había dado. La presión le llegaba desde dos lados bien opuestos, los familiares que exigían claridad en el asunto y el gobierno que demandaba resultados. Todo está listo, me dijo el gordo, solo hace falta un chivo expiatorio, alguien que cargue con el muerto ¿sabes? Al principio se armará un escándalo, pero con el pasar del tiempo las cosas tienden a olvidarse. Cobras una buena tajada y aquí no ha pasado nada. Dime ¿Qué te parece? De parecer, me parecía. Me contó que la familia de un sujeto que había sido asesinado en días recientes, lo tenía bajo presión, porque hasta los momentos la central policial no había podido resolver el asunto y aún no determinaban cuál había sido el motivo del crimen. Frente a esta incógnita habían surgido algunos comentarios en la prensa que dañaban la reputación del apellido. Todo había sido producto de una lamentable declaración del ministro de alimentación y abastecimiento. Al parecer, la víctima era muy conocida en el medio empresarial por sus relaciones con varias instituciones gubernamentales. Sin embargo, desde las alturas, se sospechaba que tenía en su poder documentos comprometedores que atesoraba y le servían como salvoconducto en vista de una persecución dirigida contra sus socios, quienes se dedicaban a la importación de alimentos desde algunos países de América Latina, el Medio Oriente y Centro América.

La investigación, iniciada por la Fiscalía General, buscaba implicarlos en hechos de presunta corrupción. Nada nuevo bajo el sol ya que la descomposición social era el pan de cada día. Nadie salía ileso ante el soborno. Para que me terminara de echar el cuento le propuse ir al Vesubio, a tomarnos unos whiskies. La taberna era un lugar bastante más discreto para mí que el pasillo del cuarto piso y no me sentía muy seguro tocando el tema en esas circunstancias. Había sido un riesgo calculado el mío, eso de estar conspirando en público con el gordo Wilmer y ya era hora de aparentar, al menos, que mi pasada por la dependencia era una visita casual de saludo a los viejos compañeros de farra.

Wilmer Mendoza era uno de esos tantos jefes que aún quedaban con la duda de no saber qué sucedería con sus cargos en estos tiempos de movimiento de personal. Para mitigar el estrés se la pasaba de ronda por los pasillos de la central policial buscando ser invisibles para evitar una jubilación prematura. Cuestión que mermaría su calidad de vida. Esto de las jubilaciones era una maniobra que ocurría a menudo cuando llegaba un nuevo director puesto a dedo desde los altos cargos del gobierno. Imponía sus propias reglas y si notaba que alguno de los funcionarios policiales no era confiable para llevar a cabo sus propósitos con la discreción debida, tomaba la decisión que espantaba a todos los funcionarios de carrera. El gordo Wilmer era un tío bonachón de esos que no se entremeten con nadie, aunque, contradictoriamente, intrigante al extremo, un defecto que le creaba una muy mala fama. Había rebajado casi 40 kilos de los 120 que pesaba y ya no era tan gordo, pero nada podía hacer con ese pellejero que descendía desde la cintura a la ingle, impidiéndole ver su propio pene. De allí sus sempiternas guayaberas cubanas que le permitían ocultar toda esa piel sobrante más abajo del ombligo. El mismo decía que aquello que le colgaba era asqueroso e irreducible y le causaba repulsión verse al espejo a cuerpo entero cada mañana. No por ello se

amargaba y nadie en la Central podía negar lo jovial que era, un talento que lo hacía lucir especial ante los otros funcionarios de la institución. De modo que tanto los amigos, los conocidos y hasta los enemigos, no podían dejar de admitir que “el gordo” era único en su clase y como él no existía otro ser en toda la central policial. Quizás el gimnasio era lo único que aceptaba con seriedad luctuosa.

Los gordos tienen esa peculiaridad, y eso, ese don especial, esa gracia infantil, que ni tanto, le permitía algunas conquistas entre las policías uniformadas: “son las mejores, no se las dan de detectives”, decía. Y agregaba con ínfulas de perito: “nada como tirarse a una loca de esas con la pistola al cinto”: Indudablemente que el gordo Wilmer era fanático de lo porno. Sin embargo, no era monedita de oro como dice el refrán y, si lucía simpático y bonachón para unos, para otros no era más que un corrupto despreciable, que tenía la virtud de ser bastante generoso con los funcionarios que manipulaba a su manera. Y ni hablar del odio que le tenían las chicas, sobre todo con las que se había acostado, episodios éstos de los que se vanagloriaba sin saber que muchas de ellas sabían de sus comentarios lascivos y humillantes.

Cuando recibí la llamada desde su celular, no perdí tiempo en acercarme a su pasillo. El gordo disponía de una oficina con escritorio, sillas, archivos y aire acondicionado, mucho más grande que la que yo tuve asignada en mi época, pero desde que era gordo bromeaba diciendo que no cabía en ella. Así que optaba por matar el tiempo en el pasillo sin hacer nada, deambulando de un lado al otro saludando a cuanto funcionario se desplazaba por el cuarto piso. El mismo en donde coincidían los departamentos de criminalística y narcotráfico. Con las damas, Wilmer era el propio mirón de culos. Para él las chicas de la dependencia eran, todas, un oasis de frescura, bien usando el uniforme o vestidas de civil.

No tenía preferencias y le daba igual que fuesen voluminosas o espigadas, mal encaradas o simpáticas, apuestas o imperfectas, bonitas, buenas o medio estropeadas. Las piropeaba por igual como si se encontrara en uno de esos “strip clubs” con luces intermitentes que en mejores tiempos proliferaban por la avenida Casanova de Sabana Grande. Las respuestas de ellas eran mordaces, tanto verbales como gestuales, pero él no las tomaba en cuenta y le resbalaban. El tropiezo fue afectuoso, él haciendo finta por el pasillo camino a encontrarme sombreando con un jab, un croché artificioso y un gancho advertido a la distancia, y yo respondiendo con un uppercut y finalizando con un swing. Era una costumbre idiota esa de sombrear cada vez que nos encontrábamos a mitad del pasillo, en la época en que éramos fanáticos del boxeo y yo todavía era un funcionario activo.

Una vez sentados a la barra del “Vesubio”, el gordo pidió un par de tragos de Etiqueta Negra. En mi caso, no había bebido un buen whisky desde que me habían jubilado. Brindamos y quise saciar mi curiosidad: ¿Por qué me había contactado? ¿acaso era el mejor de su lista de chivos expiatorios para este caso? ¿Qué se traía entre manos? ¿En qué lío pensaba meterme con esa llamada a altas horas de la noche? Dos tragos más llegaron a la barra de manos de Pablo, nuestro barman preferido quien aprovecho la botella para servirse un buen sorbo en una copa camuflada con la que engatusaba al propietario. Reímos y brindamos los tres.

Una vez terminado el protocolo de los brindis, el gordo Wilmer que ya no era gordo, me convidó a dejar la barra para instalarnos en una mesa al fondo del salón. Allí, una vez sentados, entró en detalles sin esperar las preguntas que tenía preparadas para él.

—Nada que sorprendiera con el caso, Martín, tú sabes que en este país todo el mundo es corrupto. Yo de vez en cuando también estiro la mano y algo cae, pero hay corruptos de corruptos que ni

te enteras lo corruptos que son; y frente a ellos muchos somos bebés de pecho. El caso es que ante la denuncia que hizo a la prensa el ministro de abastecimiento se armó la de san quintín, y te imaginaras todo lo que trajo aquella declaración. Leíste sobre el asesinato ¿verdad?

—No, hace tiempo que no leo periódicos —respondí sin mayor interés. Pero en cuanto a la corruptela Wilmer tenía toda la razón, nadie o, mejor dicho, pocos funcionarios se salvaban de esa epidemia que rayaba en la normalidad y, si de “estirar las manos” se trataba, pues no era ningún secreto que, en todas las instituciones del país, abundaban los brazos elásticos dispuestos a recibir “estímulos”, viniesen de donde viniesen.

—Que frustrante porque si hubieses leído la prensa te habrías enterado de la polémica que se levantó con aquella acusación del ministro. He ahí el problema en el que me encuentro metido hasta el cuello por imbécil —no entendí muy bien a qué se refería, pero estaba seguro de que al siguiente sorbo vendría la explicación. Y di en el clavo.

—La familia lo hubiese dejado todo así, como así, —y tronó los dedos medio y pulgar frente a mí rostro—pero como la denuncia salió a la luz pública de esa manera, pues te podrás imaginar la indignación que eso causó en ellos. Habría sido un hecho normal de atraco y de una víctima más que se resistió al asalto, pero la declaración del ministro lanzó todo por la borda al hablar de corrupción, de sicariato y de deudas entre socios, venganzas y demás...

Wilmer se pasaba la mano por la calva de manera compulsiva mientras me contaba los pormenores del hecho, y no es que fuera calvo, como tampoco es que fuera gordo, sino que se rapaba completo porque a fuerza de tintes ya no podía disimular las canas que

le salían por un solo lado de la cabeza. Un mechón que no le lucía para nada a diferencia de la Tongolele. A la tasca comenzaron a entrar los clientes, pues era plena hora de almuerzos. Tres de ellos conocidos de Pablo se apostaron cerca de nuestra mesa. Esto nos obligó a cambiar de lugar. De modo que nos dirigimos a una esquina lejana, desde donde se podía observar la avenida Urdaneta en todo su esplendor para hablar con la seguridad de que otros oídos no estuvieran pendientes de nuestra conversación privada. La tasca de Iginio era un lugar en donde olvidabas el país. En su interior las mesas de madera curtida olían a barricas de roble. También era posible que el olor llegara desde la barra puesto que las bebidas caídas sobre ella, debido a las borracheras nocturnas, la añejaran de tal manera que inundara todo el local durante el día. Para mí era perfume de mujer. Un gran mural en la pared de unos ocho metros de largo por un metro y medio de alto, que estaba pintado a nuestras espaldas, imitaba una taberna antigua con paisanos sentados a sus mesas brindando con jarras colmadas de vino. Las otras paredes del local estaban decoradas con imágenes del Tibidabo, Montjuic, la Basílica de la Sagrada Familia; la Plaza Catalunya, las Ramblas, el Parque Güell; el Mercado de la Boquería y el Estadio Camp Nou, además de El Corte Inglés. Tras la barra, alternando con los licores un pintor catalán había elaborado en blanco y negro, una representación del Guernica de Picasso.

—Ahora la familia, es decir: la esposa y la hija me tienen bajo la mira, porque soy yo quien tiene al muerto encima, y tú sabes que yo soy muy bueno investigando, Martín, pero con riendas en el hocico, no voy ni para la esquina.

—¿Y entonces? —hice una pregunta estúpida por no querer.

—Entonces estoy jodido, con las manos atadas y esa familia no se va a quedar tranquila hasta que no se conozca el verdadero

motivo del asesinato.

—Y... —titubeé— ¿cuál fue el verdadero motivo del asesinato?

—Ni yo mismo lo sé, por eso te estoy contratando, a ver qué puedes investigar y yo te recompensaré el trabajo con creces. ¿Qué tal? ¿Te parece bien?

Me parecía bien, por lo visto, el gordo Wilmer estaba metido en este problema hasta el cuello. Un terrible dilema para él y para su mano elástica. O bien, complacía a la familia con una investigación objetiva e imparcial o le salía jubilación anticipada, sin contar con el desprestigio que aquella familia adinerada podía crearle. Incluso llevarlo a juicio y lograr una posible condena, pues el gordo, en caso de que esto sucediera, no era un personaje de interés para ninguno de los dos bandos y quién se podía imaginar al gordo Wilmer Mendoza en la cárcel por no cumplir con el deber ser de un alto funcionario policial. Era el propio inocentón mal intencionado e intrigante y por eso mismo cabía al dedillo como chivo expiatorio tanto para unos como para otros.

—En este caso, hay mucho dinero en juego, Martín y tú podrías ganarte una buena tajada para pasar bien el resto de tu vida sin depender de ese pésimo salario que tienes como jubilado... Y, por supuesto, espero te acuerdes de mí cuando estés en la gloria.

Me entusiasmó la frase de: *una buena tajada para pasar el resto de tu vida*. Con esa revelación me daba a entender que la elasticidad de su brazo llegaba a los familiares de la víctima y de ahí seguro saldría un guante flexible para colocarlo en mi mano que, estaría siempre bien dispuesta a bailar al son que me tocara. A confesión de parte, relevo de pruebas. Los tragos irían a su cuenta. Íbamos por el quinto cuando le pedí a Pablo que sirviera un par de whiskies con la placidez de que La Perdiz quedaba, al menos por ahora, excluida de mi vida.

–Bien, entonces dalo por hecho, me voy a encargar del caso. Imagino que me tienes el expediente a la mano ¿cierto?

–Aquí “mismito” te lo tengo –y extrajo del bolsillo de su chaqueta un sobre de manila muy estropeado, tal como le quedaba a él el abrigo beige y pesado que estaba hecho para gordos, pero no para un Wilmer delgado, con los pellejos colgando por culpa de una cirugía bariátrica y una dieta miserable que le daba la apariencia de un muerto en vida. Me entregó el sobre con la cautela de quien pone una pistola en las manos de un paciente esquizofrénico en la sala de visitas de un psiquiátrico.

–No hay mucho adentro, te habrás dado cuenta. Lo más importante desapareció por obra y arte de una mano peluda.

Lo guardé en mi bolso de ajetreos, pensando en la “mano peluda”, ya lo revisaría al llegar a casa, pero intuía que aquello no me iba a servir de mucho.

El empresario asesinado, según se leía en la prensa oficialista, importaba toneladas de alimento desde los países árabes, así como de América Latina; entre ellos Argentina, con la soya, Ecuador que importaba maíz junto con Bolivia, y Brasil que negociaba la carne de res. De Centroamérica brillaba México con millones de toneladas de lentejas. Los negocios de Fernando Rodríguez, la víctima, no terminaban con la importación de alimentos, sino que se extendían a la importación de vehículos, electrodomésticos y motonetas desde China, desechables, para uso de la clase media. La prensa, acerca del crimen, hablaba de problemas entre socios y creaba dudas de que el empresario presuntamente podía tener conexiones con bandas de narcotráfico que estaban asentados en el país desde hacía varios años, provenientes de la frontera con Colombia. Esto fue lo que más encolerizó a la familia.

Ser “presunto”, tal cual la palabra utilizada por la prensa,

significa que se es culpable de todo o que estás a punto de serlo. El asunto es que mientras te traten como presunto puedes pasar meses y años encerrado en una prisión. Allí seguramente habrían despellejado al gordo Wilmer como a un cerdo. En fin, yo tomaba el caso y ya les rendiría cuentas a los familiares de la víctima y al ahora comisario Wilmer Mendoza, claro, por la puerta trasera. Lo primero era visitar a la familia y ponerme a la disposición una vez que Wilmer me presentara como especialista en “casos no resueltos”. Esa ocasión que todo policía jubilado esperaba para redondearse la pensión.

—Entonces ¿qué me dices?

Le dije que sí, que iba a averiguar lo sucedido y que lo mantendría al tanto de lo que pudiera ocurrir. Me preocupaba lo del ministro, esas declaraciones tan repentinas a la prensa, sin dar tiempo al menos a un informe del hecho por parte de la Fiscalía. Hay un proverbio popular sobre el ladrón quién al ser descubierto en plena fechoría, grita: ¡al ladrón! al ¡ladrón! señalando a quien corre a la distancia. De modo que empezaría por ahí: ¿Tenía alguna relación personal el ministro con la víctima? ¿Cómo y dónde se conocieron...o ya se conocían desde antes? Es decir, desde antes de que uno fuese ministro de abastecimiento y el otro un prestigioso empresario de importaciones a granel o a partir de los negocios que éste hacía con otros países. La prensa oficialista ayudaba sobremanera en estos asuntos de relaciones entre empresarios y políticos, así como con las redes sociales. Esta correspondencia se notaba mucho en las épocas de las campañas electorales. Los primeros financiaban a los segundos, siempre a la espera de que los segundos, una vez ubicados como primeros en los altos cargos de gobierno, recordaran que “más valía ser cabeza de ratón que cola de león”. Solo había que indagar un poco sobre ambos pasados, el resto lo conocería cuando entrevistara a

los oficiales involucrados en el caso.

Aproveché la oportunidad para beberme media botella de Etiqueta, que cancelaría el gordo Wilmer. Mi jubilación era bastante precaria y con lo que ganaba con una que otra contratación para descubrir infidelidades, acosos, celos patéticos y problemas de herencia, no me podía dar el lujo de apreciar el dulce, suave y agradable sabor del Etiqueta Negra. Nos dio las cinco de la tarde y el gordo decidió que ya era hora de cerrar su oficina, o, mejor dicho, de dejar el pasillo de la discordia o de la concordia, dependiendo del punto de vista de quienes lo odiaran o lo amaran. Mañana sería otro día. Pidió la cuenta y canceló con una tarjeta de crédito millonaria. Al parecer, al gordo le remojaban muy bien las manos, pues no disimuló cuando vi que se trataba de una del “Citi Bank”. Al salir de la tasca, las nubes de la tarde anunciaban lluvia. Unas cuantas cubrían el cielo y un remolino en decadencia arrastraba polvo y basura de las aceras. Eso nos obligó apresurar el paso. Al frente de la Central nos despedimos con un ademán de manos y cada uno tomó por su lado.

3

Algo debe haber en internet al hecho de mearse en la cama, pues cierta chispa encendida había dejado yo de lado con mis primeras indagaciones sobre el crimen, y el sueño con los motorizados frente a la sede policial me hizo recordar que la moto utilizada por los asesinos de Rodríguez, era de alta cilindrada, precisamente las usadas por los escoltas y efectivos policiales de la división anti terrorista. Los días siguientes, luego de estar con el gordo Wilmer, los dedique a buscar las páginas web de los entes gubernamentales y de los periodistas en su nómina. Precisamente aquellos que utilizaron la palabra “presunto” en los medios de comunicación”.

Visité la Biblioteca Nacional, pues un amigo, también detective de vieja data, me aclaraba que no siempre lo que se publica en el papel sale publicado también por las páginas web y tenía razón. Frente al papel, encontré lo que buscaba. Al parecer las páginas de “sociales” no se suben a la página web para no dar la sensación de que el medio es banal, trivial o insignificante, tal cual los chismes de la farándula, pero en el papel, el despliegue es exagerado y las fotografías mostraban los encuentros, los brindis, los agasajos, los abrazos. Eran imágenes que decían mucho más que las frases de las leyendas. Toda esta información ordenada me serviría como aperitivo para entrar en la boca de los lobos. A partir de ahí, todos mis sueños eran perturbadores, por ello me vi obligado a consultar al doctor Google y no encontré mucho al respecto, pero algo me quedó bien claro: el mearme la cama no tenía nada que ver con un problema de incontinencia urinaria, como me había dado por pensar. Sin embargo, esto otro, que leí con detenimiento, podía ser razonable en mi situación: *“En el mundo onírico el acto de orinar o miccionar representa la liberación de prejuicios o temores que has tenido por mucho tiempo. En otras palabras, estás despejando tu mente. Es posible que sientas que finalmente estás expresando sentimientos que has guardado en ti por un tiempo considerable”*.

Mi primera actividad fue llamar al teléfono fijo de los Rodríguez. Sonó varias veces hasta que alguien levantó el auricular.

–Aló, buenos días –respondió la voz masculina de una persona de cierta edad, posiblemente se trataba del mayordomo. La mayoría ellos están entre los 65 y los 75 años. De ahí en adelante los reflejos van disminuyendo a la velocidad de un F16 y nadie los contrata ni para regar el jardín.

–Me podría comunicar con la señora Rodríguez por favor, dígame que es un amigo del gordo Wilmer, él ya debe haberle prevenido

sobre esta llamada.

Luego de pedirme que esperara por “un momento” escuché unos pasos que se alejaban. Se notaba que el piso de la sala o de donde quiera que se encontrase el aparato telefónico, no estaba alfombrada, tampoco era de parqué. Lo más probable es que se tratara de una cerámica cara o bien mármol o granito, y el hombre usaba zapatos serios de suela y tacón. Al minuto otras pisadas se acercaban, estas eran más suaves y livianas, menos toscas. La chica, de seguro, traía puestas unas sandalias o zapatos de tenis. Tenía que ser una chica joven por los pasos. Si fuesen de alguien mayor, estos serían más lentos y menos espaciados.

–Sí, diga –no me equivoqué, se trataba de una chica, una mujer joven, digamos entre los 25 y los 30 años. Cuando te acostumbras a voces de mando, aprendes mucho de ellas.

–¿La señora Rodríguez? –pregunté adrede.

–Señorita Rodríguez –y soltó una risita contagiosa como para entrar en confianza.

–Me llamo Martín, Martín Zanabria. La llamo para concertar una cita con su señora madre, si es posible, dígame que soy el detective amigo del gordo Wilmer.

–¿De Wilmer! ¿El de la central policial?

–Sí, señorita Rodríguez, ese mismo.

–Pero de cuando acá es gordo, el flaco Wilmer.

–Bueno, era gordo, pero ahora es delgado, luego de ocho meses de una dieta con nombre extraño.

–Debe ser la dieta Scardale de Herman Tarnower. Él es famosísimo. Me encanta. ¿Y por qué Wilmer no me contaría

acerca de eso?, yo que conozco tanto de dietas, mire usted, que malvado –era evidente que el gordo había sacado frases de su repertorio, todo el derroche de piropos y halagos de los cuales disponía para cautivar a la familia.

–Sí, señorita Rodríguez, entiendo, pero en realidad me urge ponerme en contacto con su señora madre, pues, el gordo, digo el flaco Wilmer, me encomendó investigar el caso de su padre, y me gustaría hacerle algunas preguntas puntuales.

–Bueno, igual me puede preguntar a mí, aunque ya Wilmer conoce todo lo que hay que saber al respecto –eso de “todo lo que hay que saber al respecto” me llamó a curiosidad. ¿Había algo más a la zaga de lo que ya se sabía al respecto? Y ¿Qué era eso que sabía el gordo Wilmer “al respecto” que yo no conocía, aparte del escueto sobre con información que no me llevaba a ninguna parte, ni a ningún respecto?

–Pregunte con confianza, que por ahora estoy tan aburrida, que estaría encantada de pasar un buen rato pegada al teléfono y responder lo que usted necesite saber.

–Bien, le pido disculpas, pero la idea es hablar personalmente con su madre. Por eso la llamo con el fin de acordar un encuentro urgente. Puede ser hoy mismo, mañana o cuando ella disponga, siempre que sea lo más pronto posible. Ya sabe, con las nuevas tecnologías no se puede charlar abiertamente por el teléfono y no quisiera meterme en problemas con respuestas embarazosas. ¿Me comprende usted?

La chica entendió perfectamente y apenas terminé de aclarar lo importante de la cita, prácticamente me ordenó que me acercara a su casa apenas colgara el teléfono. Ya ella le iba a participar a su madre, de mi visita improvisada.

–¿Qué hora marca su reloj? –preguntó como para cronometrar el tiempo de ambos. Seguramente había llegado muy de madrugada. Se notaba por su voz enronquecida. Me pasaba cuando mezclaba tragos. Estuve a punto de preguntarle si le pasaba lo mismo.

–Tengo las 8.30.

–¿De la noche?

–No, señorita, de la mañana, hace poco me acabo de levantar, luego de una pesadilla ...–iba a decir mojada, pero me interrumpió.

–¡No puede ser! ¡Dios! Y entonces a qué hora llegue yo a casa.

–No me imagino, pero apenas está comenzando la mañana.

–Ok, entiendo, le aviso a mamá que usted viene. Lo esperamos como a las 9.30. ¿Le parece bien? ¿Sabe cómo llegar?

–Sí, señorita Rodríguez, tengo a mano la dirección que me dio el gordo, digo, el flaco Wilmer...

–Bueno, entonces lo esperamos... Así desayuna con nosotras.

Me fui directo a la ducha, luego me rasuré la barba de tres días e intenté acicalarme para no parecer un patán delante de las Rodríguez. Imposible que el gordo Wilmer exhibiera una imagen personal mejor que la mía. Eso, aunque no me hubiese afeitado, ni me hubiese acicalado vistiendo mi mejor traje y mi corbata de pajarita no lo podría superar el gordo Wilmer.

–Buenos días, la señora Rodríguez por favor –dijo con una amabilidad tan asombrosa que hasta yo mismo quedé sorprendido al escucharme.

El señor mayor que parecía un fantasma con levita me pidió que lo siguiera a través de un pasaje lleno de artistas. Debían ser muy valiosas las pinturas y apenas me fijé en una que otra etiqueta colocada bajo sus marcos. Nombres como: Reverón, Borges, Manauere, Otero, Cruz Diez... Navarro; no me decían mucho, pero despertaron mi curiosidad. Al final del recorrido nos encontramos frente a una puerta que chirrió al abrirse. Era la biblioteca. En ella debía aguardar por mi anfitriona.

–Espere aquí señor, ya le aviso a la señora. ¿Desea algo de tomar?

Negué el ofrecimiento, agradeciendo su atención, pues esperaba desayunar con la señora de la casa y no me pareció buena idea tomar un café en solitario. El hombre se retiró a pasos lentos. De no ser porque estaba sobrio creería que levitaba por el pasillo, dejándome en compañía de cientos, por no decir, miles de libros que daban terror. Imposible que la generación Rodríguez se hubiese leído tantos títulos, pero ahí estaban en sus peldaños mostrando toda su grandeza. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Por qué no donarlos? En la Biblioteca Nacional estas obras serían un tesoro. Me imaginaba un encuentro con Guillén, un buen amigo que adoraba los libros, para echarle en cara este paseo entre tomos que me tenían embrujado y sobrecogido.

–Buenos días señor Zanabria –me sorprendió la voz porque aparte del estar con el alma en un hilo me encontraba en otro mundo en medio de títulos tan desconocidos que me hacían verme como el ser más ignorante de la tierra. Algunos de ellos me sonaban por películas: las Mil y una noches, Don Quijote de la Mancha, El Cid, Los miserables, Anna Karenina, Tom Sawyer, Moby Dick, Romeo y Julieta...

–No, nadie de la familia los ha leído todos –agregó como si

hubiera descubierto lo que pensaba y lo que, seguramente, iba a ser mi primera pregunta—. Tiene interés en algún volumen. Son joyas de la literatura universal, de este otro lado están los premios Nobel de literaturas. Todas son primera edición.

—Lamento decepcionarla señora, pero me tomaría toda una vida leerme una de ellas —y señalé con un leve movimiento de cabeza los tomos de la parte superior en donde sobresalía el de Don Quijotes con letras doradas en su lomo.

—Pues bien, en qué puedo servirle, me dijo mi hija que tenía unas preguntas para mí, aunque tal como ella expresó en diálogo con usted, no hay mucho que se pueda decir cuando ya ha sido dicho todo. No sé si Wilmer, ese hombre encantador que no parece para nada policía, le habrá contado.

—Pues algo me refirió el gordo Wilmer al respecto —usé adrede la palabra “respecto” para ver si lograba una reacción en la mujer, pero no movió ni una pestaña, sin embargo, mostró asombro por la palabra “gordo”.

—¿Gordo? y de cuando acá Wilmer es gordo.

—Ese es otro tema que con más tiempo le contaré. Por ahora me gustaría averiguar si su esposo y el ministro de abastecimiento eran amigos íntimos.

—Bueno, de que eran amigos, lo eran. Una amistad que se construye en base a negocios, eso no lo puedo negar, pero lo de íntimo me lo reservo —anoté tres palabras: “negocios”, “íntimos” y “reservo” en mi libreta de datos, otros detectives usaban el quick memo del celular, pero yo prefería el papel.

—Más bien diría —agregó con desdén— que los hermanaba una relación de intereses mutuos. Usted sabe, el llamado “the win,

win” norteamericano.

No entendí la frase, aunque si, que era en inglés, pero escribí algo parecido en la libreta para dármelas de interesante. Luego las buscaría en Google a mi salida, “teuin uin”. Iba con mi primera pregunta al momento en que repicó el teléfono y ella fue a tomarlo, entonces entendí los pasos del mayordomo y la chica joven hiendo y viniendo cuando pedí la entrevista. Los aparatos eran coloniales, de museo prácticamente, y aunque tanto la madre como la hija tenían celulares (el gordo Wilmer me había dado sus números también) en la casa no tenían teléfonos inalámbricos. Caprichitos millonarios, pensé. Desde el lugar donde me encontraba pude detallar mejor a la mujer: cincuenta y tantos de edad, esbelta a fuerza soluciones estéticas como el gimnasio, sauna y otras, quizás dieta o cirugía. No ocultaba las canas, pero se hacía mechones rubios que la rejuvenecían. De unos 53 o 54 kilos de peso; 1,62 de altura. Blanca con un bronceado permanente quizás debido a un solárium, corriendo el riesgo de un cáncer en la piel... Colgó el aparato y caminó de nuevo hacia mí, unos cinco metros me bastaron para observar la manera en que cruzaba los pies a cada paso como suelen hacerlo las modelos de pasarelas.

–¿En qué estábamos? –Hizo un gesto y dirigió su mirada hacia el techo, buscando recordar lo último de nuestra charla y agregó: es de teca barnizado –me aclaró como toda una profesional de la carpintería, o como si yo estuviera interesado al respecto.

–La teca es un árbol frondoso que alcanza hasta 30 metros de altura. Su apariencia se hace más atractiva con el paso del tiempo...–y me pareció que intentaba compararse con las láminas de machimbrado que descansaban sobre unas bases fuertes de listones que recordaban las casas coloniales. El ambiente hacía de la biblioteca un lugar tan amigable como la tasca de Iginio.

–Esa madera tiene la capacidad de no dañarse cuando entra en contacto con metales de cualquier tipo. Fue con teca que se diseñaron los camarotes del Yate de mi esposo. Y fue en un sarcófago de Teca que lo cremamos.

–Me disculpa la falta de tacto al no darle el pésame a mi llegada.

–No hay de que, detective, recuérdeme ¿en qué estábamos?

–Le preguntaba sobre la amistad de su esposo con el ministro de abastecimiento –no quise agregar lo de “íntimos” con el fin de que se soltara y esta vez no se lo reservara.

–Pues, como le venía diciendo, tenían una amistad de negocios más que nada. Uno proveía y el otro ganaba –y soltó una risa burlona que sonó como un quejido o un quejido que pude haber confundido con una risa burlona

–Fernando lo trataba como un cliente más, pero este hombre se le metía hasta por los poros. Bueno eso lo decía Ferni. Que el tipo era un fastidio y le tenía hinchadas las pelotas –y entonces perdió el glamour– vaya clase de pocilga esa, igual que el resto de los que tienen cargos de maletín en este gobierno.

A partir de ese instante la conversación se puso tensa:

–Estos especímenes, realmente, son unas ratas de alcantarilla, son unos hampones de mierda, cuerda de maricones que no salen del closet”.

Intenté tranquilizarla cambiando la conversación y pregunté sobre el valor de los libros.

–Todos son de colección y aunque Ferni nunca leía ni el periódico, al menos fueron útiles para que la niña tuviese una buena educación –imaginé que la niña era la misma que había ha-

blado anteriormente por teléfono.

–Ferni los adquiriría en subastas en cada uno de sus viajes, así como las pinturas: ¿no viste las pinturas? –Negué con la cabeza– venga, ya se las enseño.

Mientras caminábamos hacia la galería pensé que la biblioteca no tenía nada que envidiarle a la librería del viejo Ateneo de Caracas, un lugar en donde en cierta oportunidad estuve con el inspector Guillén. Siempre empeñado en darme lecciones de cultura literaria, me reprochaba por haber abandonado los estudios de Derecho en la universidad: “Tienes que estudiar, un detective no es un policía cualquiera”. “Tienes que formarte y conocer un poco de todo, crearte un círculo de amigos lejos de los policías, aprender de los que saben, que no siempre son los engalanados. La cultura está en todas partes. Sólo debes estar abierto al conocimiento, absorberlo todo como una esponja. La norma es nunca pecar de ignorante. Anota todo aquello que desconozcas – y fue entonces cuando me regaló mi primera libreta de notas– y busca el significado en los diccionarios. No tienes que ser un sabelotodo impertinente, ni mucho menos un animal irrespetuoso. Pregunta siempre que puedas, el que pregunta conoce más cosas que el que se queda callado...Porque preguntando se llega a Roma”. Yo extrañaba los consejos de Guillen ya se cumplían seis años de su partida a Méjico en donde se encontraba su hijo mayor. El chico, que era una especie de nerd, trabajaba para una multinacional de software asentada allí. Ya me lo imagino reunidos con colegas asesorándolos acerca de fórmulas para combatir al Cartel de Sinaloa.

En realidad, las pinturas las había ojeado de paso, pero haberlo negado permitió que la viuda regresara a la cordura, pues con la rabieta no iba a lograr la información que necesitaba para continuar con el caso. Me condujo hasta la puerta de roble que

rugió al abrirse, como rechinaban las viejas bisagras de los castillos medievales.

—¡Hugo! —gritó con fuerza y de inmediato llegaba este chico, nervioso y tan bronceado que lucía como un palo de canela.

Todo un atleta de los que salen en la TV para venderte un aparato de hacer ejercicios. Portaba una franelilla que le permitía mostrar una colección de músculos más espectaculares que la de los lomos de los libros en el salón de lectura. Deltoides y bíceps protuberantes. Pectorales abultados y expandidos, trapecios como las rocas. Por la manera en que lo trató pensé que en cualquier momento el bronceado se tornaría verde como Hulk, pero no, aunque todo lo demás en su cuerpo de espartano era una fiel copia de Shwarzenegger... Ella agregó al verlo llegar con prontitud.

—Ve qué puedes hacer con esta puerta, que en cualquier momento se nos viene encima. —Se dirigió a mí— es el entrenador personal de Maty, pero entre su cerebro y sus abdominales no hay diferencia, son idénticos. Nos ayuda en todos los quehaceres de la casa. Es un chico formidable.

El joven, fiel como un perro bulldog, dijo sí señora, claro, señora, como no, señora. Apenas termine con la señorita Maty, señora. Y se dio media vuelta para perderse al fondo del pasillo. A trasluz me quedé mirando sus gluteos: tanto el medio como el bajo, los femorales, unas pantorrillas envidiables y hasta los talones de Aquiles cuando se estiraban al dar cada paso, sexo: masculino.

A la viuda le volvió la sonrisa, no la anterior que parecía un quejido, sino una que traslucía paz, por no decir alegría. El llevarme al salón de las pinturas había dado los resultados esperados. Se notaba que eso la excitaba y el mal humor se había convertido en júbilo desmedido. Ella misma noto el cambio de su carácter y se detuvo en seco, me miro y soltó una carcajada

graciosa que iluminó no solo su rostro, que ya era bastante decir porque eran pocas las líneas de expresión que a esa edad debería tener, sino todo el pasillo. No recuerdo de dónde saqué la frase que me vino: “como huellas indelebles de su pase por la vida”, pero igual también la anoté ante la mirada perpleja de la señora Rodríguez. ¿Y usted lo anota todo? estaría ella preguntándose, creyendo que yo padecía de un Alzheimer prematuro.

—Ay, perdone mi mala vibra, algunas veces cuando recuerdo todo lo que ha dicho la prensa de mi Ferni me pongo irascible —anote: “irascible”.

También me alegró su cambio de humor. Ahora podría continuar con mis preguntas pertinentes, las impertinentes las dejaría para otra ocasión. Yo ya había visto los cuadros que decoraban el pasillo, pero no pasó por mi mente lo que me iba a encontrar a unos cuantos pasos directo hacia el salón principal. Y allí estábamos. En contraste con la biblioteca, en esta sala no había puertas medievales. Atravesamos un arco de unos tres metros de ancho. Las paredes eran blancas como motas de algodón y encandilaban cuando prendió las luces blancas de los bombillos. Sentí estar entre nubes cuando reparas en ellas desde lo alto, a través de la ventanilla de un avión. Estuve a punto de colocarme los lentes oscuros de sol, pero no habría podido estar en la gloria con la cadena de colores tan armoniosa y placentera; tan serena y primorosa; delicada, fina, majestuosa, que quizá mis ojos no volverían a ver jamás, a no ser que regresara a este museo en un futuro cercano, bajo cualquier excusa. Pretexto para hacer preguntas impertinentes. Interrogatorio que podía o no fabricar, o que quizás sí, pero no ahora, en este instante mismo, cuando ella me muestra una vía láctea que gira a mí alrededor en espiral, sino luego, en un regreso, si es que regresaba algún día, invitado aquí de nuevo por ella, con el espíritu más sosegado y menos impactado que ahora

frente a lo que mis ojos veían con deleite sin creer lo que estaban viendo. Un sueño hecho realidad o una realidad convertida en un sueño.

Y mira que las pinturas eran valiosas, bastaba con solo leer las firmas al extremo de las obras, salvando las distancias con respecto a mi desconocimiento en el tema. Algunas o gran parte de ellas podían ser originales y otras posiblemente copias, pero igual fascinaban. Las originales estaban autenticadas por el mismo autor, por la galería que lo representaba o bien por peritos que yo comparé con los de una serie de televisión, CSI, en ocasión de algún crimen, o bien eran certificadas o legitimadas por la familia del autor, cuando éste había muerto. Al parecer, aquello de la legalidad de la obra, no era una tarea sencilla porque al respecto existían muchas falsificaciones. “El mercado del arte es amplio y engorroso hay que tener cuidado con lo que se compra en las subastas” atinó a decir la viuda, leyéndome el pensamiento. Sin embargo, la señora Rodríguez me enseñó cómo era este proceso y de que artimañas se valía su Ferni para no ser engañado por pintores no reconocidos, galeristas de oropel –anote oropel–, y mercaderes de bambollas –última anotación, porque hasta ahí me llegaron las páginas de la libreta. Ahora empezaría con el reciclaje de espacios en blanco que no era más que escribir en los pedacitos que dejaban las otras anotaciones y esto creaba un caos endemoniado de escritos sobre escritos, palabras que a la final se me volvían indescifrables.

—Él era un artista en la adquisición de obras de arte —ratificó ella orgullosa— y ¿sabe usted por qué las compraba? Voy a hacerle una confidencia —escribí esa última palabra en un recodo de algo escrito en mi última anotación sobre dactiloscopia que decía: “*recordar: dermatoglifo y lofogramas*” y al lado una aclaratoria entre paréntesis: “vainas que tienen que ver con las huellas

dactilares”.

–No, ni idea, señora Rodríguez.

–Llámeme Márgaret, al fin y al cabo, ya estamos en confianza puesto que tengo entendido que usted trabaja para Wilmer y Wilmer trabaja para mí –y agregó un ja ja ja imitando una risita burlona que no le quedaba mal, lo hacía de pura simpatía y no había tomado un trago de nada que oliera a alcohol, al menos en mi presencia. Posiblemente recorrer su museo la iba embriagando poco a poco.

Pensaba en el gordo Wilmer y en la forma en que me había enredado con toda su monserga del estrés que lo estaba matando y todo aquello que me dijo de la pobre familia Rodríguez y el trato de la prensa oficialista. Ya le vería la cara: con que “yo estiro la mano y algo cae”, ¿no?, Wilmer. Tú y el tal Herman Tarnower que te hizo rebajar unos cuantos kilates con su dieta y cuyos honorarios, en dólares, debieron ser escandalosos para un comisario de policía. Y de seguro te gustaba la niña o la vieja, que parecía una niña, para haber rebajado tanto en tan pocos meses. Además del costo del gimnasio y del posible pago para el entrenamiento con el maniquí de Márgaret, ese Huguito, que con todos sus músculos te debieron impresionar, y que, conociendo tu adicción al porno no dudo que te haya pasado por la mente la idea de ser como él. Lo odié. No a Huguito que me había alegrado la vista minutos precedentes sino al gordo Wilmer, quien me había engañado unas horas antes de encontrarme con Márgaret, como a un imbécil. Y si lograba deshacerse de ese pellejero era como para morir de la envidia.

Tenía que haberle pasado por la cabeza, igual que me pasó a mí la posibilidad, a lo mejor lejana, al menos, de una relación íntima. En el caso de él con alguna de las dos mujeres, en el caso mío,

solo con Márgaret, quien me había impresionado desde el instante en que la vi entrando al salón de lectura. Tenías que haberlo calculado al dedillo gordo miserable cuando te enteraste de quienes eran, cómo vivían, el dinero que tenían, el dolor que padecían y, sin pensarlo mucho, te encargaste del caso. Todo a fuerza de llamadas telefónicas desde una oficina fantasma. Tenía que ser así, hasta que bajaras los 40 kilos que te hacían ver como uno de esos muñecos que llaman “porfiado”, que de hecho lo eras: ancho en el medio, sin cuello arriba y con piernitas de pato. Debiste usar a todos tus subordinados, haciendo el lobby hasta que te sentiste con suficiente coraje para aparecer a los ojos de las Rodríguez, con tu grasero convertido en balón de futbol escondido en la ingle, y desenvainar toda tu estúpida simpatía. Bien seguro que las llenaste de elogios, te pusiste a su disposición ostentando un cargo que no posees. Usaste la oficina del director durante esos días en que permaneció vacía mientras nombraban al sucesor: Ya te veo gordo (flaco en ese momento), sí que te veo como no te miraba antes, arrellanado en aquel escritorio cuando invitaste a la viuda y a la hija a tu “oficina” en qué pensabas, gordo?, acaso creas que Márgaret por haber sido la esposa de un patán, le ibas a interesar a cuenta de qué, de tu estúpida simpatía? Bueno, yo también lo pensé, lo admito, gordo, aunque soy menos patán que tú, y no poseo esa estima tan alta como la tuya, pero de que me pasó por la mente, me pasó, en el par de horas que estuve en compañía de esa mujer, y eso que apenas conocía a la chica luego de haber escuchado su vocecita de conejo y su risita de colibrí al teléfono.

Yo al menos entendí, a las primeras de cambio, que Márgaret era una mujer demasiado elegante para entenderse con un par de patanes como nosotros, derrochaba glamour en cada respiración, en cada sístole y cada diástole, en esa mirada piadosa que no humillante, que era como un arma secreta, que apenas ocultaba una

mínima parte de sus atributos. Esa pistola calibre 22 que esconden las espías de James Bond con una liga de resistencia que usan los atletas para ejercitar algunas secciones de sus cuerpos (vaya usted a saber y habría que preguntarle a Huguito cuales son), capaces de aguantar varios kilos de peso entre el músculo Semitendino y su intimidad más recóndita. Esa de Márgaret con olor a jardín cuyas feromonas activadas no dejarían en pie a mortal alguno que metiera su rostro en medio de esas dos piernas tan tersas como los mejores lienzos de aquellas pinturas de su galería. Era como morir asfixiado de placer.

–Viendo todo este espacio, imagino que su marido era un especialista en la compra de obras de arte

–No lo crea mucho, detective –llámeme Martín, correspondí así al tuteo de llamarla Márgaret– mi Ferni sabía de negocios, pero en cuanto a indivisible al arte era todo un patán.

Y ante esa expresión, me sentí redimido: “seré otro patán, pero soy buen policia”, aunque la frase no sonaba bien y mejor era: detective, y mucho mejor: detective privado. No encontré espacio en mi libreta para escribir “indivisible”.

–Perdón, ¿en qué andábamos? Es que siempre me distraigo cuando hago este paseo por la galería, sobre todo si tengo invitados especiales como usted a quienes pueda mostrar este tesoro. ¡Ay! Dios, ya confesé –y en esta oportunidad quiso esconder su risita con la mano y luego carraspeó un poco la garganta–. No, no, no me diga, ya me acordé.

–Le decía que Ferni tenía un ojo clínico para los negocios. Eso fue lo que más le interesó a Roberto Manríquez –pregunté quién era el tal Manríquez– ah caramba, discúlpeme ¿no lo sabía? el

ministro, pues, ¿no vino usted hablar de él? ¿A hablar de la relación del ministro con mi marido? –entonces caí en cuenta de que “el ministro” se llamaba Roberto Manríquez. En fin, como los cambiaban de cargo en cuestión de meses y hasta de semanas, nadie se aprendía los nombres de ninguno de ellos.

Dejamos la galería para dirigirnos al salón donde la señora de servicio esperaba atenta por una orden de la señora de la casa que llegó apenas atravesamos el otro arco de cinco metros de ancho por tres de alto parecido al que divide los espacios en las iglesias.

–¿Té, café o jugo de naranjas?

Me anoté primero con el jugo de naranjas, todavía tenía resaca producto de los whiskies invitados por el corruptor del gordo Wilmer.

–Luego, si no es mucha molestia, café negro, por favor.

No era molestia, todo lo contrario, Márgaret se sentía agradecida de ser una estupenda anfitriona.

–Las reglas son para seguir las, lo primero, en el caso de Ferni, era no mezclar chicha con limonada, ni whisky con CocaCola. Mi marido era la chicha y la CocaCola a la vez, lo otro ya usted podrá deducirlo por sí mismo ¿o no? ¿Qué me dice? –realmente no entendí a qué se refería, pero intenté buscarle una explicación a la regla. ¿Qué debía deducir por mí mismo? ¿Qué tenía que ver la CocaCola y la chicha “a la vez” con las pinturas y su marido? Esperaba que ella me lo aclarara, para poder deducir lo que me pedía que dedujera. En fin, lo deducible se me volvió un ocho y no conseguí deducir por más que lo intenté lo que ella esperaba que dedujera si la chicha se tomaba con limonada o que se yo...O si el whisky se tomaba con CocaCola. Yo lo tomo con agua.

–Me crie en un hogar de artistas ¿sabe? Mi padre era un amante del lienzo y mi madre era un genio de la escultura. Aunque ambos estudiaron arte en Europa, él lo hizo en la Nouvelle École de Paris y ella, en cambio, prefirió Barcelona, y se matriculó en la Escuela de Bellas Artes de Olot.

Estaba claro el amor por sus posesiones, pero si bien ese era su pasatiempo, el del marido era otro y ahí vino entonces la explicación: la financiera; lo que me permitió deducir que, en esa relación, ella era la pieza clave, el eje de la carreta, la moneda legal, de curso, que facultaba al marido para adquirir las obras de arte que llenaban ese espacio mágico inundado de colores.

–Sabía usted –con esa frase dejaba de tutearme– que las importaciones de obras tanto de arte como de antigüedades, tributan a una tasa reducida del 10%, y no por el tipo general del 21%? Incluso, muchas de ellas, por su valor, por su catalogación o por su uso pueden quedar exentas de tributación.

–No me diga –acababa de aprender algo nuevo y no tenía donde escribir. Debe haberlo notado porque en seguida llamo a Martha:

–¡Martha! –y Martha, quien parecía ser la esposa del cadáver que fungía como mayordomo, apareció como por brujería – lápiz y papel para el señor, por favor.

Martha, entonces, se volatilizó para, en segundos, solidificarse de nuevo y aparecer con una libretica de marca y un lapicero en sus manos. Sentí pánico al tomarlos. Era un combito dentro de una bolsa cuchi con el logo de la empresa, que contenía una gorra, una franelilla de playa, un pito de salvavidas y unas chapas de colores, de esas que se colocan en la solapa del paltó con caritas felices o en los bolsillos de las camisas: “Ferni Import”. Anote rápidamente lo de los impuestos y el nombre de la empresa antes de que apareciera frente a mí el Chupacabras.

–Sabía usted –y continuaba sin tutearme– claro, cómo puede saberlo si esa no es su profesión, que hay muy buenos detectives en la materia encargados de investigar a los estafadores, la mayoría trabajan para empresas aseguradoras y...–la interrumpí antes de que me diera una clase de “artes plásticas” una materia que siempre reparé en la secundaria y volví al tema inicial que aún no se había iniciado.

–Disculpe usted...

–Márgaret –me corrigió para regresar al tuteo.

–Disculpe usted Márgaret.

–Márgaret a secas, sin el usted, ya le dije que estamos en confianza...

–Bueno, Márgaret, es muy interesante lo que me cuenta, pero... –no me dejó terminar.

–Y hay más, espere que le hable del resto de...–la interrumpí de nuevo.

–En realidad, Márgaret, lo que me interesa, por ahora es...

–¿Por ahora?

–Sí, bueno, digo...me refiero a que quizás en otra oportunidad podríamos conversar sobre el tema, pero ahora, en verdad, necesito saber acerca de la relación íntima que tenía o no su marido con el tal Roberto... a ver, a ver... –consulté con la libreta– Manríquez.

–Ahh, sí, se refiere usted al patán mayor. Pregunte, entonces, porque hasta ahora solo lo veo limitado a escribir tonterías en la libretica esa.

No quise responder a lo que yo entendí como una impertinencia.

Estaba seguro que cualquier cosa que dijera distinta a lo que me había llevado a aquella casona, le habría servido de excusa para desviarme de lo que me interesaba aclarar. En fin, yo intentaba no desviarme del tema y ella me desviaba a cada instante.

—¿Guarda usted las facturas de los negocios que hacía el difunto con el ministro Manríquez?

—Por supuesto, pero para revisarlas tendría que ponerse en contacto con nuestro contador. Venga, anote su teléfono privado y dígame que lo llama de mi parte —lo dictó de memoria y yo anoté. Un celular y un número fijo.

—¿Conocías tú a los otros socios, de los que habló el ministro en las entrevistas que dio a la prensa?

—Sí, sé de algunos, pero de los otros, no tengo ni idea.

Los “otros” a los que se refería eran Gumersindo Vargas, Bruno Amengual, Antonio Vegas y Emilio Villalba. Ya los había visto resaltados en la página dedicada a los eventos sociales de la prensa oficial. Ella también aparecía en las fotografías chocando manos con los susodichos. Confesó que esa había sido la primera y última vez que los había visto. No quise presionarla. Cuando uno está acostumbrado a interrogar sospechosos sabe cuándo el indagado te miente. Se supone que debería enredarla haciendo preguntas que estuvieran relacionadas con el crimen, pero lo pensé mejor. Entonces tomé la decisión de parar ya que en cualquier momento regresaría con ella y volvería a preguntar lo mismo que había preguntado a ver si obtenía las mismas respuestas que me había dado. Por ahora preferí continuar con la recopilación de información.

El asesinato de Fernando Rodríguez había causado bullicio a nivel internacional, no solo por la relación que este mantenía en el mercado de obras de arte, sino por las empresas surtidoras de alimentos que, desde Méjico, Turquía, Argentina, Brasil, Ecuador y Bolivia, exigían el pago de miles de millones de dólares que se encontraban en juego, pues Fernando Rodríguez era el firmante de todos esos contratos y no el Estado. Igual sucedía con las empresas chinas respecto a los carros asignados a los militares. Lo mismo con motonetas y electrodomésticos de línea blanca que entraban al país sin pagar aranceles.

—Este caso me tiene los pelos de punta —expresó Márgaret, indignada.

—Algo huele mal en Dinamarca. —respondí con una frase cliché que utilizaba de vez en vez para expresar inconformidad en investigaciones como esta.

—¡Shakespeare! —se oyó un alarido a las puertas del salón, supuse que se trataba de la hija y acerté. Se acercaba apresurada indicando que no había mejor lugar para una plática entre amantes de los libros y de inmediato se presentó ella misma.

—Hola, soy Matilda, un placer conocer a un lector y amante de Shakespeare.

—Ahh, no me había dicho que era un apasionado de las obras de Shakespeare, con razón estaba usted tan deslumbrado frente al estante leyendo los títulos de los libros —exclamó Márgaret con cierto entusiasmo. Y seguía sin tutearme.

— “The Tragedie of Hamlet, Prince of Denmark” —enfático la chica, demostrando cierto conocimiento del personaje y al parecer

también del inglés –Yo me quedé clavado en el piso, pero le seguí la corriente esperando que no se alargara mucho y terminara yo metido en camisa de once varas.

–Lo hubieras visto, Matilda, cuando lo encontré con la boca abierta frente a la colección de tu padre, –desplegó Márgaret su sonrisita de podle recién afeitado, correspondida por la sonrisita de conejo de Matilda, mostrando sus denticos tan blancos como el azúcar; una risa tan dulce, nítida e imprecisa que era difícil detallar si en verdad sonreía o lloraba– pero, en fin...continúe con sus preguntas, Martín. –Y así regresaba al tuteo que iba y venía como un bote de velas sin timonel.

–Mil disculpas por la interrupción, ¿señor Martín?, ¿será que fue con usted que hablé esta madrugada?

Yo lo sabía, pero ella aún estaba soñolienta y no dejaba de bostezar. Llegué con una hora de retardo por lo complicado que se me hizo la dirección y hasta el momento tenía casi dos horas conversando con Márgaret, sin ningún avance. Mi reloj biológico marcaba una hora cercana al mediodía y pensaba en retirarme lo antes posible no se les fuese ocurrir invitarme al almuerzo, cuando para mí ya era la hora de beberme un whisky.

–No me imagine nunca que un policía conociera “The Tragedie of Hamlet, Prince of Denmark”. Un verdadero descubrimiento –y síguele con el temita, me dije.

–Bueno, los dejo, muy temprano para mí y estoy muerta de sueño ji ji ji... –y así como llegó, se retiró.

–¿En algún momento estuvo usted con los socios cuando hablaban de negocios?

–No, eso no era necesario, porque una vez que se marchaban,

Ferni me contaba todo lo sucedido en la reunión –la palabra “marchaban” en plural no la dejé pasar. La anoté en medio de signos de interrogación y no quise preguntar a quienes se refería en concreto con ese “marchaban”.

La técnica del interrogatorio, de acuerdo al método REID consiste en interpretar el lenguaje corporal del interrogado ante las preguntas, verdaderas o falsas que haga quien lo interroga. En este caso Márgaret no aportó mucho pues no observé nada extraño en sus gestos. El otro método, el PEACE, entre otras variantes utilizadas, intenta establecer un canal de comunicación óptimo entre emisor y receptor, bien sea testigo del delito, sospechoso o víctima. En este caso, quien interroga, deja de lado sus juicios y se dedica a escuchar lo que cada persona puede aportar con palabras o actitudes. Ninguna de ellas me había servido con Márgaret.

–Entonces, ¿va a preguntar o no? –Me sacó de mis cavilaciones y me dejó en blanco.

–No, digo, si...Disculpe es que...

–Entiendo, se quedó pensando en Shakespeare y en nuestras joyas literarias.

5

El asesinato

La muerte ocurrió en pleno mediodía, Fernando Rodríguez dejaba la reunión que había acordado con el ministro de abastecimiento y comercio, quien se encontraba en compañía de otros empresarios que avalaban la oferta que Rodríguez les traía sobre la importación de alimentos. Dijo tener compromisos con socios y amigos en un conocido restaurante de la ciudad. Al

despedirse de ellos, tomó el celular y giró instrucciones a su chofer y guardaespaldas para que éste lo esperara en la salida B de la edificación. Pascual, un gigantón de 1,90 de estatura y unos 80 kilos de peso, conocía muy bien su rutina: llegar al lugar donde lo esperaba su jefe, bajarse del vehículo, ver hacia los lados para asegurarse de que nada extraño sucediese a su alrededor, abrirle la puerta trasera del vehículo (jamás la del copiloto), volver a asegurarse de que nada extraño había ocurrido en esos segundos para, finalmente, montar al volante y meterle chola a la máquina. La llevó a cabo como un perro entrenado de aeropuerto buscando valijas con drogas, aunque no parecía necesaria tal acción, pero el negro se tomaba la seguridad muy a pecho. A su lado, empalmada al freno de mano, lo acompañaba una Glock 9 milímetros. La acarició para cerciorarse de que estaba en su lugar. Nunca la perdía de vista, pero ese gesto era condicionado. Sí, se encontraba en el lugar habitual. La usaba dos veces por semana en sus prácticas de tiro y a una distancia de 50 metros, el negro Pascual no fallaba un objetivo. Trabajó en la Central durante un buen tiempo y lo apodaban “el torturador manso” por su técnica de interrogatorio. Nadie se negaba a confesar frente al negro Pascual. Su jefe, al entrar al automóvil, se reclinaba en la butaca, y dedicaba su tiempo a inspeccionar el celular. Para él no existía el mundo exterior. Quizá enviaba un mensaje a Margaret o estaba atento a la cotización del dólar en la bolsa. La reunión se celebró en una de las oficinas de la petrolera estatal. PDVSA era la única institución en el país que aún conservaba el nombre desde que fue creada en 1975. Todas las demás, a excepción de las dos empresas del hierro ubicadas al sur del país, habían dejado de llamarse como se llamaban y hasta el cerro el Ávila, ícono natural que distinguía a la capital, también había recibido lo suyo. En el folio que me facilitó el gordo Wilmer para que me familiarizara con el caso yo ya había leído la declaración de Javier Montoya, un chico quien

se desempeñaba como vigilante del estacionamiento donde esa mañana el negro Pascual había dejado el coche. En la misma aseguraba haber visto al negro Pascual acompañar al empresario hasta la entrada del edificio y a su regreso internarse en la camioneta. Más tarde, en horas del mediodía, lo vio salir con el vehículo para apostarse en la salida B. Desde su lugar de trabajo –sostuvo– vio cuando el señor Rodríguez se subía a la camioneta y el negro entonces condujo hasta la puerta de salida. No tenía la ventanilla cerrada pues siempre nos saludaba con respeto al marcharse y nos regalaba algo de dinero como muestra de aprecio. Afirmaba haberlo visto ese día muy contento: “derrochaba alegría”, tanto que, al notar la huelga de los jubilados a las puertas de la empresa, le había dado cien dólares de propina, pidiéndole disculpas porque era el único sencillo que tenía en la cartera: “pobre señor Fernando, que Dios lo tenga en la gloria” era la frase final y textual que el escribiente no quiso dejar de lado. La camioneta blindada salió rauda hacia los lados de la Campiña para luego continuar por una calle paralela hacia la principal de la Florida, posteriormente a la altura del hotel Madrid, (un lugar de tolerancia que yo conocí bastante bien en mis tiempos de detective, ya que la identificación me hacía más interesante con las mujeres), dieron un giro a la izquierda que los llevó a la avenida Los Mangos donde aún se alineaban las puticas callejeras por cada cuadra, explotadas por los militares de bajo y alto rango y, de paso, también por los policías uniformados. Era lastimoso ver a esas pobres mujeres descoloridas que hacían lo que se les pidiera por un par de dólares. De allí se les hizo fácil tomar la avenida Libertador que a esa hora estaba despejada.

La Cherokee último modelo, bajo un blindaje tipo 3, había recibido mantenimiento días antes. Si bien el tapizado los protegía contra proyectiles de armas cortas, el negro Pascual la prefería despojada y libre de ese forraje pues, los 240 kilogramos

agregados le restaban velocidad y, en caso de una huida repentina, el peso resultaba un inconveniente de marca mayor, pero el mecánico, acostumbrado al mismo reclamo en cada ocasión, les había explicado que al respecto nada se podía hacer, a menos que su jefe comprara otra con un motor que tuviera más potencia y de esta manera se podía compensar el peso del blindaje. Mantener al día la camioneta era una obligación del negro Pascual. “La hechicera” como él la llamaba, cumplía con todos los requisitos de protección para soportar disparos con pistolas tipo Magnum 44 así como proyectiles de Glock parecida a la consentida que lo acompañaba al lado de su asiento. Incluso, bajo este blindaje, la camioneta podía ser capaz de resistir disparos de subametralladoras AK-47 con capacidad hasta de treinta proyectiles. Fernando alardeaba de ese blindaje que, a la vez, era efectivo, práctico y resistente: “Para qué más –le había dicho en cierta oportunidad– ni que viviéramos en Afganistán”. Sin embargo, el negro no dejaba de quejarse, no se sentía conforme y en la medida que su jefe se elevaba de estatus, el negro Pascual más se preocupaba. Esto constaba en el escueto informe que había puesto a mi disposición el gordo Wilmer.

El caso es que, al final, y el negro Pascual lo intuía de alguna manera, le metieron gato por liebre y la mejor prueba fue que uno de los dos ocupantes de la moto de alta cilindrada que se detuvo al lado del vehículo mientras el semáforo cambiaba de color, extrajo un arma pequeña de su cintura, pegó el cañón al vidrio, soltó la carga y los cristales se hicieron añicos. El blindaje era de pacotilla. El encapuchado que además protegía toda su cabeza con un casco integral de color negro con visera, no se conformó con ese primer intento, sino que a través de la ventana rota descargó todo el peine de la pistola y los dos hombres acabaron ensangrentados dentro del vehículo. La Glock del negro Pascual quedó intacta dentro de su funda, pegada al freno de mano. Lo del blindaje de la

camioneta lo averigüé al entrevistarme con una de esas compañías expertas en seguridad y comparar lo que me explicaron con una copia del informe del forense que logré tener en mis manos gracias a mi amistad con Manuel Terán, un fiscal que aún mantenía su cargo en el ministerio público y, aunque se encontraba caminando sobre la cuerda floja, como candidato a una jubilación de oficio, no dudaba en auxiliarme en casos como este.

En el ministerio, a partir del 2004, con la entrada de un nuevo Fiscal General se había iniciado un despido masivo contra los empleados que tenían menos de diez años en sus labores y eran sustituidos por otros abogados y empleados administrativos que eran “fieles al proceso”. Quienes habían superado los años se les aplicaba la jubilación de oficio, según refería mi contacto.

El nuevo Fiscal, poseía el don de ver a los ojos de los testigos, así como a los de sus empleados y reconocer con una sola mirada si decían la verdad o enmudecían ante ella. No era médico, ni científico, ni brujo, pues para ejercer tal cargo se exigía una licenciatura en derecho penal, aunque él la tenía en derecho laboral, además de otras menudencias. El recién llegado había dedicado su vida a la defensa de los trabajadores como abogado y en su nuevo cargo, dejaba mucho que desear como tal, si es que alguna vez fue asesor de sindicatos profesionales y obreros. Los despedidos bromeaban afirmando que, quizás, fue durante ese lapso de tiempo, que se dedicó a los estudios avanzados en parapsicología.

Manuel miró hacia los lados para cerciorarse de no ser escuchado por algún soplón de oficio y comentó con cierto temor:

–Tú sabes, Martín, que, en el organismo humano, la luz entra a través de las pupilas y llega al cristalino para luego, mediante impulsos nerviosos mostrarnos el mundo tal como lo vemos, –de

eso yo no tenía ni idea y le seguí escuchando. Todos esos misterios me parecían curiosos en cuanto a enaltecer mi cultura etílica ya que cuando me pasaba de tragos veía cosas que no existían.

—Cualquiera puede entender este proceso de la visión acudiendo a internet, Martín, pero en el caso del Fiscal, sus ojos “fenomenológicos” ven otras cosas que los humanos normales no vemos, gracias a la telepatía o la clarividencia...ese tipo de vainas raras como la psicoquinesis, la psicometría y el babalao —anoté ambas palabras en mi libretica una vez que le pedí me las deletreara una por una.

—En fin, Martín, este poder le permite al Fiscal ver en el más allá todo aquello que un humano no puede observar en el más acá. Eso afirman sus seguidores y yo espero no encontrarme con él nunca ni siquiera en el elevador si quiero seguir conservando mi puesto, y viendo en el más acá todo lo que sucede en el mundo real. Cosa que él no puede ver por estar mirando siempre en el más allá.

Manuel no era médico, ni mucho menos había hecho un cursillo de primeros auxilios. Usaba unos lentes de culos de botella para poder ver a un par de metros de distancia en el más acá, y dudo mucho que el Fiscal, de encontrárselo, pudiese ver en ellos algo distinto a su propio reflejo. Me preguntaba de dónde había sacado Manuel eso de la parapsicología, así como los otros rumores que iba agregando respecto a los ojos telemáticos del Fiscal General. El caso es que lo dejé continuar, sin interrumpir, pues el cuento me parecía de la puta madre.

—Ante este fenómeno, no hay un funcionario del ministerio que no le tenga pavor cuando al estar frente a él, les inquiere sobre algún acusado que le interese, sobre todo si los mira fijamente a los ojos.

—Y aunque lo que te cuento da risa, Martín, éstos dudan entre si

mentirle o no, porque dependiendo de a quien imputan o exoneran, pueden continuar en sus cargos como funcionarios o pasar al grupo de los jubilados forzosos.

También los ojos del presidente de la república iban en la misma dirección, y pintados en cuanto muro disponible había en la ciudad, observaban, en competencia desleal con el Fiscal, un mundo mucho más descomunal de soplones. Lo gracioso es que, en la mayoría de las instituciones gubernamentales, los luceros fenomenológicos se incrementaban y los funcionarios, luego de años conociéndose entre ellos, ahora todos lucían desconocidos y nadie sabía quién era el otro ni el otro mismo sabía quién era él, o bien ninguno se reconocía como era antes, pues si antes era alguien, ahora no era nadie. En pocas palabras nadie sabía quién era soplón y quien no. Por ello mi contacto vivía aterrado, cuidándose de unos ojos que lo miraban por todas partes sin mirarlo.

–Imagínate, Martín, si me jubilan de qué voy a vivir. Apenas recibiría unos 150 dólares por los servicios prestados durante tres décadas

Y con toda razón. A todas estas, ¿cómo podía yo animarlo, si el país se encontraba en una situación de hiperinflación que se comía el salario en cuestión de minutos? En la administración pública, la palabra jubilación causaba pánico, por decir lo menos, y los ojos del Fiscal General eran la inquisición en esta materia. Invite a Manuel al almuerzo y a tomarnos unos whiskies. En esta oportunidad pagaba yo, pero ya había recibido un buen adelanto en dólares de Márgaret, o, mejor dicho, de la señora Rodríguez. El celular ululó y Manuel saltó de la silla como si fuese un criminal recién fugado de la prisión: “Qué vaina, tengo que cambiar esta sirena”.

–Disculpa el susto, Manuel.

6

Si Shakespeare era uno de los autores preferidos de la señorita Matilda, yo frente a aquella biblioteca, boquiabierto como bien lo había señalado Margaret a su entrada, buscaba entre sus lomos a los autores que me había sugerido el inspector Guillen en una oportunidad de esas en las que siempre estaba esperando para asistirlo en algún caso: “Aquí tienes uno de los llamados libros de bolsillo” –me dijo cuando me entregaba “*Asesinato en el Expreso de Oriente*”–. Cuanta falta me hacía ahora Guillén, y cuanto necesitado estaría en la institución. Ahí estaba yo al frente de centenas de libros y de títulos tratando de descubrir autores que él me había recomendado: “Vete a una librería, hijo, y busca las novelas que escribió Dashiell Hammett o Raymond Chandler. Para complacerlo encontré un par de ellas, pero me resultaron complicadas. Muy distintos a las escritas por la señora Christie que digería con más facilidad.

En aquellos tiempos, cuando trabajaba con él, y me tocaba esperarlo dentro de la patrulla mientras hacía sus indagaciones, yo aprovechaba para leerme a Marcial La Fuentes Estefanía de quien creía oriundo de Cuba, hasta que el inspector me aclaró que era español y entonces me volví todo un enredo porque, ¿cómo podía un gallego escribir novelas de vaqueros tan espectaculares? Esas sí eran verdaderamente de bolsillo, siempre había un pistolero conveniente que se enfrentaba a pandillas de asesinos despiadados que arrasaban con todo un pueblo. El sheriff no era capaz de enfrentarlos y ahí venía lo bueno, la llegada del pistolero, sobre quien pesaba una recompensa, y terminaba siendo un aliado del sheriff. Entonces, luego de un “toma y dame” quisquilloso entre ellos,

unían fuerzas para acabar con los delincuentes: uno con dos Colt 45 en sus cartucheras, y el otro con un rifle Winchester calibre 44. En medio de la balacera era rutina que uno de los asesinos, gravemente herido, apuntara al pistolero en momentos en que éste lo daba por muerto. Y cuando ya se auguraba su fin seguro, en el párrafo siguiente, aparecía la puta del pueblo (que trabajaba en el cabaret) y con su Derringer de “dos balas” terminaba de liquidar al delincuente de “cinco” tiros. ¡“Perro”! qué buenos los novelones aquellos, escritos por Estefanía y qué Shakespeare, ni que ocho cuartos, fue lo que pensé gritarle a Matilda, antes de que saliera del salón y me dejara continuar con mis preguntas pertinentes que aún su madre no me terminaba de responder.

Otros consejos de lectura que recibí durante esa época de Guillen, tenían nombres y apellidos: Conan Doyle, Chester Himes... En todo caso no los vi en aquel universo de libros, a primera vista o a vuelo de pájaro, o, simplemente, jamás los encontraría, si tal como dijo Margaret, aquellos libros que minaban la habitación del piso al cielo, eran *Joyas de la literatura universal con alto valor financiero*. Al respecto, no imagino cual sería la respuesta de Guillén ante tal afirmación. Yo me lo creí.

Al igual que en los libros de Estefanía y tal como sucedía con los wester espaguetis de los años setenta que uno apreciaba en los cines de mala muerte que rodeaban el Capitolio, los cadáveres de Pascual y de Fernando Rodríguez lucían con más perforaciones de las que habitualmente carga una pistola Glock 9 milímetros. Al menos que el asesino haya recargado un par de veces, no se explicaban tantos agujeros en los cuerpos de las dos víctimas. Tampoco la tesis de que ambos hombres desde la moto, hayan usado sus respectivas armas era verosímil pues el que conducía debía estar pendiente del manubrio y de acelerar una vez consumado el crimen. En “Tríniti”, Terence Hill con un revolver

de cinco balas terminaba matando a veinte pistoleros en menos de cinco segundos. Ni hablar del “Dólar perforado” en donde Giuliano Gemma busca vengar la muerte de su hermano, usando una Remington de percusión, de acción simple y tambor de seis recámaras, con la que casi acaba con todo un ejército. Me imagino al asesino disparando contra el negro Pascual y contra Ferni a la vez, en un ataque de ira incontrolable. El tema es que, durante la experticia forense, algunas de las variantes que deben ser tomadas en cuenta, se dejaron de lado. Nada explicaba la trayectoria de los proyectiles acorde a los orificios de entrada y salida en el cuerpo de las víctimas, ni los anillos o halos de contusión y de limpieza, así como el indicativo de proximidad del asesino con respecto a la víctima; nada se decía en el informe sobre las quemaduras en los cuerpos o cono de dispersión. Igualmente, no se investigó la trayectoria orgánica de los proyectiles, ni valoraron el espacio existente entre el tirador y la los fallecidos. Tampoco se tomaron en cuenta las variantes de los disparos, es decir: las heridas tangenciales, los casos de interposición o bien el contacto absoluto. Finalmente, a ninguno de los peritos se les ocurrió estudiar los casquillos para determinar el tipo de arma utilizada: artesanal o industrial. Algo que despejaría las dudas de si el crimen se llevó a cabo con premeditación y alevosía, o bien resultó de un encontronazo casual.

7

El Andurriña es la tasca más barata de todas las que se encuentran en La parroquia Candelaria. Allí, por su cercanía a la Fiscalía, cité a Manuel Terán. No quise acercarme a su oficina para evitar que alguien me viera merodeando por la institución, porque de seguro lo metía en serios problemas, el menor de ellos: la jubilación obligada, y el peor: que lo acusaran por traición a la pa-

tria, por incitación a delinquir, robo agravado de documentos oficiales, así como por obstaculizar una investigación sobre un crimen. También, y en esto no estaría exagerando, lo acusarían de complicidad en asesinato, incitación al odio y hasta discriminación de género. Incluso si el Fiscal lo miraba a los ojos podía descubrir vínculos con el terrorismo y las bandas del narcotráfico, entre otros delitos menos importantes. Así funcionaba el sistema de justicia, a dedo... y a ojos.

Llegó puntual a la tasca, disfrazado del hombre invisible. En realidad, no lo vi aterrizar hasta que se acercó a la barra y me sorprendió por la espalda con un toque de hombro a manera de saludo.

—Épale, Martín —apenas articuló palabras.

—¡Santo Dios! ¿En qué onda andas, Manuel? Qué susto —llegaba descolorido, su rostro de un blanco de servilleta que contrastaba con el flux negro y corbata roja lo hacían lucir como un gerente de funeraria. Hablaba o mejor dicho susurraba con esa respiración entrecortada de los fumadores como si tuviera un ataque de asma.

—Luces igual que el mayordomo de las Rodríguez. Pareces un enterrador —le dije y soltó una carcajada mostrando su dentadura amarillenta por la nicotina, el hombre era, más que una chimenea ambulante, un incendio forestal de gran envergadura; y sostener una conversación con él costaba Dios y su ayuda porque cada cinco minutos tenía que salir a la calle para encender un cigarrillo. Dos horas eran en magnitud directamente proporcionar al consumo de dos cajetillas de cigarrillos. Su aliento era pesado y la ropa expelía ese humor del alquitrán y la nicotina impregnado en su piel a través del sudor. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué consejo podía darle? Éste, lo más seguro, se moría antes de las rutinarias jubilaciones obligadas. Le comenté mis cuestionamientos sobre el

peritaje forense que me había entregado reciente, a la espera de que me respondiera que se trataba de un peritaje preliminar, el que se elabora para tener una idea, mientras se estudian otras vías alternas de esclarecimiento hasta llegar al oasis donde el sol se levanta o la luna llena se desviste en toda su plenitud y ¡zas!...

–Dame un segundo mientras voy afuera a fumar un cigarrillo que no fumé en toda la caminata –y se fue directo a la puerta de salida.

–¡Caminata! válgame Dios, Manuel –le grité desde mi esquina– si apenas estamos a una cuadra de la Fiscalía.

–¡Shiiii!

El gesto lo hizo con el dedo índice sobre los labios, a una distancia que todos los presentes pudieron notar, sin escucharlo, porque en momentos de terror, Manuel enmudecía. Ese dedo índice amarillento, mucho más que el dedo medio sobre sus labios acababa de suplicar que no lo expusiera ante los presentes. “Fiscalía” era como mencionar la palabra demonio en una reunión de evangélicos. Me sentí culpable de momento y recordé sus dedos y el humo que siempre sube como las almas que van al cielo. Sus uñas amarillas muy descuidadas y largas como las de un cadáver insepulto, un fantasma, quizás. Si Manuel no estaba muerto todavía, pronto habría que mandar a hacerle un traje a la medida, casualmente, la funeraria también se encontraba a dos cuadras de la Fiscalía.

El gesto lo hizo porque que no le interesaba que los asistentes se dieran cuenta de que en el local se encontraba un Fiscal o cuando menos, un empleado público. Y si ese empleado público era de la Fiscalía, General más embarazosa se hacía la situación. Ya ningún comerciante podía distinguir entre un fiscal del sistema tributario y uno del seguro social; o bien, uno de la alcaldía

municipal o uno del ministerio del trabajo. Todos llegaban con la misma finalidad que antes le había escuchado al gordo Wilmer cuando puso en mis manos el caso de “Ferni Import”: “yo estiro la mano a la espera y siempre algo cae” porque era innegable que el país estaba patas para arriba. Su salida intempestiva para taladrar sus pulmones con el alquitrán me sirvió para organizar las preguntas y favores que necesitaba que me hiciera. Todo lo iba anotando en la libreta POP de “Ferni Import”.

¿Hay algo que puedas conseguirme de la experticia forense que no sea lo mismo de siempre?

¿Podrías sacar una copia de los testigos “in situ” del hecho, sus direcciones y teléfono?

¿Podrías copiarme la declaración de la esposa del fallecido...y también la de la hija?

¿Tienes idea de lo que vieron los efectivos al llegar y no agregaron al expediente? Eso que se cuenta luego entre cervezas acerca del crimen.

¿Sabes a donde fueron a parar las pertenencias de las víctimas? la pistola Glock de Pascual, la billetera de Ferni, y los teléfonos celulares de ambos; así como la lapto.

¿Sabrás quien o quienes usaron las tarjetas de crédito del fallecido durante las últimas 24 horas, luego del accidente?

¿Tienes a mano los nombres de las personalidades que asistieron al entierro o al funeral?

¿Tienes idea de lo que comentaban los funcionarios en la Fiscalía durante la semana luego del asesinato del susodicho?

¿Qué dicen los ojos paranormales del Fiscal General que “ve hacia

el más allá” y se hace el ciego, sordo y mudo ante este caso?

Me había bebido tres whiskis durante el lapso de espera y terminaba el cuarto cuando el fantasma de Manuel hacía su aparición y me pedía que dejáramos la barra y cambiáramos a una mesa. Yo odiaba las mesas, pero, en casos como este, y también como en los casos del gordo Wilmer, hacía mis excepciones.

—Olvidalo, Martín. No hay nada hay de eso. —Fue la respuesta de Manuel una vez que leyó lo escrito.

—O sea, que estoy perdiendo el tiempo contigo.

—No sé, me llamaste, me citaste y ahora tienes que invitar el almuerzo.

El almuerzo no superó lo previsto en cuanto a costo, y no sirvió como incentivo para que Manuel soltara la lengua sobre los avances en el caso de Fernando Rodríguez. No había ninguno. Me iba con las manos vacías, nada podía reprocharle porque Manuel era mi Caballo de Troya, y estando en su cargo como Director de Investigaciones en el área penal, tenía acceso a informaciones confidenciales que no me vendrían mal, sobre todo, las que se rumorean entre subalternos para ganarse la buena pro de los jefes. Una manera de escalar a puestos superiores cuando se carece de méritos académicos. Todo era posible en ese mundo de aduladores y todo con T mayúscula podía yo conseguir, mientras que no se descubriera que Manuel podía ser candidato a una jubilación forzada. Lo que llamábamos en buena jerga: “estar en pico de zamuro”, y candidato fijo a ganarse el premio de jubilado del año.

Pidió un whisky y al probarlo se quejó.

—¿Qué es esto? —espetó cuando le sirvieron algo llamado “la Perdiz”, un whisky para pobres que era lo que yo pagaba antes

con el sueldo de jubilado. Solté una carcajada y le dije al mesero que me la guardara para otra ocasión, en realidad yo estaba tomando Etiqueta Negra, pero si el fiscal caía en la trampa, ahorraría un buen contenido de mi botella.

—Anda, tráele un trago de Etiqueta —confesé para enmendar el error.

—Pero usted me dijo que cuando viniera con otra persona que no fuera una mujer...—lo hice callar de inmediato. “*Estos meseros no conocen la palabra discreción*”. Afortunadamente, Manuel, de lo único que estaba pendiente era de insuflar nicotina a sus pulmones, y se levantaba con la ligereza de alguien que va camino al patíbulo, esa lenta ingravidez que unos pulmones agonizantes le podían permitir, para ir a la calle a competir con las busetas de pasajeros y sus tubos de escape que eran peores que todo el humo de todos los fumadores del país reunidos en fila india.

Cuando regresó yo había decidido sobre el menú, si lo dejo a su antojo, acaba con mi presupuesto. De modo que ni tan pichirre ni tan generoso pedí unas picadas mientras me preparaba para evitar que me defraudara con la idea de ser mi espía en este caso. El mesero llegó con la botella de Etiqueta y le sirvió.

—Esto si es un whisky —dijo entusiasmado, y yo me preguntaba si habría un momento en que dejaríamos de ser “amigos” y se convirtiera en una especie de gordo Wilmer cualquiera y extendiera la mano bajo la filosofía de “acuérdate de mí cuando estés en la gloria”.

Matilda dejó el salón llamando a Huguito para su sesión de

ejercicios. A lo lejos se le escucho decir: “sí señorita Matilda hoy vamos a trabajar pecho”. Dijo pecho y no pectorales, por lo que supuse que se trataba de otro tipo de ejercicio.

–“Al fin solos” –exclamó Márgaret en broma. No pude pensar otra cosa distinta. Allá el gordo Wilmer con sus ínfulas de galán.

–¿En qué estábamos? –agregó, ahora poniéndole seriedad al asunto.

–Me decía que entre usted y su esposo no existían secretos, y que él le contaba todo lo discutido al salir de las reuniones con sus socios. ¿Está usted segura de eso?

–¿Qué quiere decir?, que mi esposo me era infiel.

–No, en realidad, me refería...–me interrumpió de buena manera.

–Sé a lo qué se refería, Martín, no se preocupe, ustedes los hombres cuando la palabra infidelidad, aparece saltan como si les pincharan el costado con una aguja. Y para serle clara, sí, en las noches, ya en cama, me hacía referencia de lo que había discutido con sus socios y clientes, incluyendo los públicos y los privados.

–Cuando habla de clientes públicos se refiere a entes gubernamentales...

–Por supuesto, aunque en realidad prácticamente él no distinguía entre clientes cuando se trataba de negociar con altos funcionarios del Estado. Eso lo decía Ferni a diario.

–¿Sabía usted que el día en que lo asesinaron, se iba a reunir en las oficinas de la estatal petrolera?

–Por supuesto que sí, me dijo: “adivina, Margarita, con quien me voy a ver mañana”.

—Y con quién se iba a ver.

—Pues con el ministro ¿con quién más?

—Estás segura de eso, Mágaret, realmente se iba a ver con el ministro, con el mismo que declaró a la prensa o con otros ministros que no han salido a la luz pública. ¿Sabes o no algo al respecto? porque es sumamente importante pues fueron los últimos en verlo con vida.

Dudó. ¿Cómo podía saberlo? Lo único cierto es que minutos luego de su salida había sido asesinado en plena avenida y a plena luz del día. Y ¿con quién o con quienes había estado antes del suceso? Eso también era desconocido. Había un gran hermetismo en todo esto. Nadie sabía nada a excepción, quizás, del Jefe de Seguridad de la empresa. La pregunta sin respuesta era, si el gordo Wilmer sabía algo más sobre el asunto y se lo guardaba o nunca tuvo la menor idea de conocer el meollo de esa tragedia y para completar, los fiscales encargados del caso, que debían presentar cuenta a la dirección de asuntos penales, apenas lograron recabar información nada relevante en ellas que pudiera darme algunas pistas. la mayoría de los informes eran del departamento de Seguridad de la Industria Petrolera. Al menos los concerniente a la estadía del difunto. Una vez que salió de ella ya no era asunto para ser investigado por esa oficina.

—Ahora que me lo pienso, Ferni solo me dijo que iba a verse con el ministro y lo demás lo supuse yo, pero si hubiese sido con otro lo más lógico es que me dijera los nombres: el ministro tal o cual, fulano, perencejo, zutano o mengano... ¿No cree usted? —De nuevo se acababa el tuteo.

—Mi trabajo no es en creer, —le recordaba que podía regresar al tuteo—sino en dudar de todo...

–Ahh, ya veo –Estuvo a punto de responder con algo desagradable, pero se contuvo y decidió esperar por mi próxima pregunta.

–De ti no tengo ninguna duda, por supuesto –la tuteé para darle confianza y lo logré porque su rostro cambió de un “*qué te has creído tú*” a “*qué te puedo decir*”. Y lo dijo.

–Qué te puedo decir. Habrá que averiguarlo por otro lado, afortunadamente, todavía tengo algunos contactos cercanos que pueden ayudar. Veré que puedo hacer y luego te informo.

Se lo agradecí y me dispuse a dejarla. No había logrado nada hoy, por lo visto, quedarme no tenía sentido. Ahora iría al pasillo del gordo Wilmer. Me debía una. El reto que me esperaba era encontrar por dónde regresar a la ciudad, y daba pena preguntarle a Margaret. Me acompañó hasta la puerta, aunque me provocó expresar como en las películas: “no se moleste, ya conozco la salida”. Habría terminado de seguro en el salón de ejercicios en donde Matilda hacía pecho con Huguito. Caminó delante de mí y no pude obviar mirarle el culo. Huguito había hecho un buen trabajo. No le era necesario operarse ni las partes de arriba ni mucho menos la de abajo.

9

Escapar de la Lagunita Country Club no es difícil, lo agotador es encontrar la avenida principal de la Lagunita Country Club, para escapar de la Lagunita Country Club. Es una urbanización que de club no tiene nada, pero de country lo tiene todo. Mi primera tarea consistió en conseguir la calle P-3, que me debería llevar según el mapa a la calle P3-6. Pero, maldita sea, me encontré con una calle P3-6 que luego de rodar varias cuadras resultó ser una calle P3-5 sin salida a una calle con letra “Q” que es lo más

lógico luego de la “P”. O bien encontrarme con una calle P3-7; entendiéndolo, mi querido Watson, que el laberinto era sencillo, si no se era analfabeta. Vuelta en redondo y en cada giro del volante para adelantar o para retroceder con los tripoides dañados sonando como una metralla, ya yo daba por seguro que en cualquier momento el vehículo me iba a dejar tirado en aquel planeta desconocido. Aquí, seguro, no encontraría a un mecánico ambulante, de los que sobran en mi vecindario. Si el auto se accidentaba, confiaba en las cámaras de vigilancia instaladas en cada cuadra, en las que se encontraban disimuladas en cada mansión y en cada casa, pero muy bien desplegadas en los grandes centros comerciales: los guardianes avisarían del lugar y alguna grúa llegaría para auxiliarme.

“Aquí Delta 5. Atención carro viejo circulando por la P3-6 ¡atención!, carro viejo se detiene al final de la P3-6. Los vidrios subidos, se desconoce el número de pasajeros. El vehículo no se mueve, el auto permanece detenido. Cambio.

De la calle P3-6, una vez revisado el mapa, que me había hecho a la llegada para no perderme a la salida, decidí regresarme a la P3 de nuevo, que es distinta a la calle P-3, gracia al guion intermedio.

“Aquí Delta 5, diga Delta 5, aquí Delta 6.

Estando en ella podría empalmar, según el mapa, con la avenida La Cumbre, me dije.

“Aquí Delta 2, cambio, chatarra tomo por P.3, va circulando lentamente, lleva vidrios ahumados, se desconoce número de pasajeros. Cambio.

Así que, si subo por La Cumbre debería llegar al parque “Por la Paz”. Y podré ver un alma a la que le pueda preguntar cómo se

llega a Roma.

Aquí Delta 3. Vehículo sospechoso se acerca al Parque “Por la Paz”. Cambio”. Aquí Delta 5. Mantenga vigilancia, Delta 3. Cambio. Me sumo a Delta 5, aquí Delta 10 intentando contacto con Delta 9, listos para interceptar vehículo sospechoso. Cambio. Aquí Delta 9. Qué me dices Delta 10. Aquí Delta 5 intentando contacto con Delta 6. Qué me dice Delta 6. Aquí Delta 6, me estoy clavando una arepita con chicharrón, pero ya me pongo en alerta, Delta 5. Aquí Delta 7 haciendo contacto, con chatarra a la vista con vidrios ahumados que se detiene en Parque de la Paz, pareciera que elabora un mapa con alguna intención aun no muy clara. Aquí Delta 8. Aquí Delta 8, listo para hacer contacto con merodeadores, ¿qué me recomienda Delta 5?

A todas estas decido tomar la calle A2 y otra vez me consigo con una calle sin salida, y vuelta atrás de nuevo. “Esta urbanización es peor que un centro comercial –me dije– uno nunca encuentra la salida que te lleva al estacionamiento”.

“Aquí Delta 9 en Alerta” sospechosos llegando a la A-2 y dan vueltas escrutando el terreno, chatarra va despacio y se percibe ruido lejano de armamento en cada cruce. Se oye un sonido de traqueo y podría ser una AK47. Igual, aún se desconoce el número de pasajeros porque mantiene los vidrios ahumados arriba. Placa con un número irreconocible por la suciedad.

Saliendo de la Calle A-2 opto por tomar la A-3 a la izquierda y encontrarme con cuatro calles, todas ellas, de nuevo, sin salida.

¡ALERTA MÁXIMA! Chatarra entra por un lado y regresa por el mismo inspeccionando calles por la A-3 Cambio. Aquí Delta 10, tenemos el vehículo y el personal listo para interceptar la chatarra con placas camufladas, vidrios ahumados y varias personas en su interior. Cambio.

Luego de varias vueltas, creyendo en una próxima salida del laberinto me encontré de regreso en la A-3.

¡¡ALERTA MÁXIMA!! Aquí Delta 9. Chatarra se regresa, debe haber sospechado que estaba bajo vigilancia, se presumen varios integrantes de la banda, pueden estar armados, aún no procedan con intercepción. Cambio.

Y, cuando ya no me lo esperaba, de pronto me encuentro otra vez con la calle la Cumbre.

¡¡ALERTA, ALERTA...!! Aquí Delta 10, listos para interceptar chatarra sospechosa. Cambio, Aquí Delta 5, tomen todas las precauciones necesarias, Delta 10. No queremos sufrir bajas. Cambio.

En la calle La Cumbre elijo rodear el Parque “la Paz” y ¡aleluya!, logro encontrar la avenida principal de la urbanización, ¡uff!.. Cuando vislumbré la ciudad desde las alturas, respiré profundo. Esta gente, de verdad, vive en el cielo.

10

Bajé por los Naranjos hasta empalmar con la avenida principal de El Cafetal, una vez que hice un giro rápido en el Centro Comercial Las Américas. Si hubiese tomado la avenida de la derecha, habría terminado en el Cementerio del Este, donde velaron y cremaron a Ferni. (Sospechoso el hecho de que lo volvieran cenizas tan rápido). Recordé que cercano al centro comercial, existía un restaurante chino al que solíamos ir cuando me destacaron a la comisaria de esta zona. Cervezas baratas y sopa de wantong. Tiempos aquellos cuando el salario alcanzaba para todo y nadie tenía que “estirar la mano”. Tomé la principal de El

Cafetal y dudé si desviarme hacia los Ruices y luego, desde Altamira, unirme a la Avenida Libertador, precisamente en donde habían asesinado a Ferni, o también continuar hasta empalmar con la avenida Río de Janeiro y desde Chuao tomar la autopista para desembocar en la avenida Bolívar. Ya, una vez estando en el centro, saldría por Parque Carabobo en donde se encontraba nuestra vieja sede policial. Allí conocí a Guillén y al doctor Lozano: “*Vente, muchacho, vamos a La Candelaria para que descubras la gastronomía española*”. Salí entonces a la avenida Universidad y a unas pocas cuadras crucé hacia la avenida Urdaneta. La sede en donde el gordo Wilmer deambulaba por su pasillo, no me esperaba. Tremenda sorpresa te voy a dar gordo de mierda.

11

Márgaret es una mujer bastante atractiva. Tiene ese don, ese “no sé qué” interesante, que atrae como el olor del pan horneado. Un pedo de Maty debe oler a rosas. No es su fortuna como cualquiera podría pensar, o sí, pero si Márgaret no fuese millonaria, probablemente, estoy seguro, que causaría el mismo efecto en los hombres, apenas uno la conoce. A lo mejor estoy pensando una gran bufonada y son sus millones los que atraen y también los que le otorgan ese “no sé qué” que la ilumina. Evidente que los senos no son producto de la cirugía, así como el resto de su figura. Debe mantenerla a fuerza de cuidado o de ejercicios. Algo que sólo es posible gracias a la robustez de una cuenta bancaria. Esto de la buena vida suelen ser maravillosa cuando se tiene con que disfrutarla. Tener la edad que tiene Márgaret, sin que el tiempo te sumerja en achaques es todo un milagro. Me enamoré de ella en apenas un par de horas. Ella quizás estaba acostumbrada a que eso sucediese con todos los hombres que la conocían. Ferni lo sabía y, probablemente, la utilizaba para sus fines, de eso no tengo

ninguna duda. Por el momento soy un solterón empedernido, y mi sobrina se empeña en buscarme pareja. No lo ha logrado hasta ahora a pesar de todos sus intentos. Su padre murió hace un par de años y ella decidió adoptarme. Su muerte fue de lo más trágica, ¿y cuál muerte no lo es? quizá esa ha sido la muerte más funesta de todas las sufridas por mis amigos. Hoy no me queda ninguno de ellos y esta soledad la equilibrio con los tragos en el Vesubio.

Finalmente llego al nuevo edificio de la central policial y busco esquivar el estacionamiento que viene de seguidas, porque es precisamente el utilizado por todos los funcionarios de bajo rango y no estaba interesado en tropezarme con uno de ellos. Entonces, prefiero continuar de largo donde aún queda un estacionamiento que cobra bajo una tarifa fija; en bolívares, por ahora, porque el avance del dólar luce indetenible. Acto seguido: golpearé al gordo Wilmer.

12

Ferni

La víctima no tendría más de 55 años. Y Mágaret no era mayor que él. Con la importación de motos y carros chinos hizo una fortuna y tuvo, apenas, un pequeño desplome de millones de dólares con una compañía llamada La Venezolana. Ferni, al parecer, cometió el terrible error de asociarse con un tal Jhon Quiroz, personaje nefasto a quien se le descubrió que manejaba varias tarjetas de crédito falsificadas. Quiroz era propietario de una pequeña panadería y sus mejores clientes eran los restaurantes de San Antonio de los Altos, una localidad a las afueras de la capital. Dos demandas ante las autoridades por violaciones contractuales lo tenían endeudado hasta las medias. Claro que Fernando no tenía idea de los oscuros negocios de Quiroz, aunque

Márgaret ya le había advertido, pues intuía algo que no era normal en el personaje. Algo que no armonizaba con lo que decía ser y lo que aparentaba. “El cuadro estaba mal pintado” atino a decir luego de intentar describir al personaje.

“La Venezolana”, fue una empresa creada en marzo de 2013 como una filial de automóviles usados. Eso atrajo a Fernando, porque los automóviles nuevos importados no estaban disponibles y a la mano para una clase media empobrecida. Las ensambladoras habían cerrado y las importaciones de carros baratos habían caído prácticamente en un 80%. Así que, frente a ese contexto, la idea lucía como el negocio del siglo. Pronto comenzaron la promoción de los modelos a través de avisos en los periódicos y vallas publicitarias que atrajeron a la clientela. Todos los vehículos provenían de subastas. Bienes que habían sido objeto de embargo por instituciones privadas y desechados por las públicas. El negocio funcionó a la perfección hasta que tuvieron la idea de usar sus relaciones con el gobierno, para importar vehículos nuevos. Se trataba de traer los fabricados en China: los Zotye, Brilliance, Kawei y otros más de nombres impronunciables. Aseguraban que en menos de seis meses podían importar unos 60 mil vehículos para garantizar el mercado interno, una cifra que lucía astronómica considerando los siete mil vehículos vendidos en todo el año 2012. De modo que se encontraban en el medio de un mercado cautivo. Y para darle empuje, según Quiroz, sólo se necesitaban unos trecientos mil bolívares que al cambio en divisas para la época equivalían a 4.200 dólares, lo que permitiría darle una imagen legal a la firma. El caso es que, seis meses más tarde, “La Venezolana” como una franquicia había multiplicado su capital y conseguido más de cien millones de bolívares, es decir, 1.4 millones de dólares, al requerir de los compradores una inicial del 30% del costo de los vehículos que se iban a importar y que no llegaron nunca. Apenas se iniciaron las denuncias de la estafa por

parte de éstos, Quiroz huyó del país en un avión privado rumbo a Panamá y jamás se supo de su paradero. De acuerdo con el Procurador General de la Nación, hubo 6.000 víctimas de la estafa, entre ellos muchos oficiales del ejército que pagaron el adelanto requerido y esperaron durante meses la entrega de los vehículos. Lo sucedido manchó un poco la reputación de Fernando, afortunadamente su nombre no aparecía en la directiva de la empresa y aunque perdió unos cuantos millones de dólares colocados como inversión, prefirió dejar todo así gracias al consejo de Márgaret, quien le sugirió evitar ser blanco de la opinión pública. Con el tiempo el incendio se fue apagando y todo volvió a la “normalidad anormal” en la que normalmente vivimos en Venezuela, siempre a la espera de una anomalía normal que nunca llega. Tres años más tarde, en un contexto de reducción severa de las exportaciones de varios países hacia Venezuela, Ferni lograba que se le asignaran 185 millones de dólares para importar material de ensamblaje para maquinaria agrícola. Había convencido al gobierno de la posibilidad de reactivar la agricultura con la ayuda del sector privado, una vez que “Agroisleña”, la empresa más productiva del país, se vino abajo en prácticamente tres años, luego de que el presidente de la república la expropiara en la búsqueda de una tal soberanía alimentaria que terminó en otro fraude demagógico. Ferni, conocedor de los políticos y sus promesas, no se tropezaría con la misma piedra dos veces, y sin pensarlo mucho, utilizó una parte de ese dinero para beneficiar a la industria alimentaria de México, Colombia, Costa Rica, Brasil, Argentina y hasta los mismos Estados Unidos al importar miles de toneladas de azúcar, arroz, pasta, harina, salsas, papel sanitario y jugos de frutas. Del material de ensamblaje para maquinaria agrícola, nunca más se supo.

Agroisleña fue una empresa del sector privado fundada en 1958 por inmigrantes españoles, contaba con unas sesenta sucursales

en todo el territorio venezolano hasta el “Aló Presidente” (programa que también sirvió para despedir a los cerebros más prominente de nuestra industria petrolera) del 3 de octubre de 2010. En esa oportunidad, el presidente se refirió al cambio de propietario como un paso hacia la propiedad popular. Marcela Díaz, de ella les hablaré luego, investigó en internet y encontró una nota del diario Últimas Noticias del 7 de octubre, en donde se señalaba que, durante la inauguración de una aldea universitaria en el estado Cojedes, en referencia a las reclamaciones de los afectados, el presidente afirmaba textualmente: *“anoche firmé el decreto de expropiación y que chille la oligarquía, que haga lo que le dé la gana”*

De modo que Ferni no era ningún bebé de pecho tal como yo pensaba al inicio de mi investigación, creyendo el discurso del gordo Wilmer, confirmado más tarde por Margaret Rodríguez. Algo se traían entre manos y me mentían descaradamente o ambos eran tan ingenuos que no imaginaban quién fue, en vida, la víctima de aquel sicariato. En fin, como de los muertos no se puede hablar mal, quizás pensaron que la información que tenían a mano no era relevante para mí investigación.

Los detectives privados no somos muy afectos a meternos en asuntos de corrupción, y mucho menos, si el camino está lleno de cadáveres. Este no era el caso porque, hasta ahora, solo había un deceso. Llegué a la planta baja de la central policial y coloqué sobre la balanza mis dos puntos de vista, si me convenía más llegar hasta el pasillo y clavarle un puñetazo al gordo en uno de sus costados apenas intentara sombrear conmigo o bien, golpearlo en el bolsillo, donde más le dolía, a sabiendas de lo avaro que era. Opté por lo segundo y le pedí que nos viésemos en la barra del Vesubio.

Wilmer

Llegó sudando la gota gorda el gordo Wilmer en pleno instante en el que Pablo despachaba mi cuarto Etiqueta. Había bebido con prisa ya que necesitaba atenuar la rabia que me consumía internamente y también, no lo voy a negar, como venganza, para que cancelara la cuenta. Pensaba en lo manipulador que había sido. “Wilmer, no eres más que un traidor de mierda, e hijo de puta, que juras ser más vivo que el resto de los mortales que te rodean”. Lástima que no se tardó media hora más. Habría acabado con la botella. Me vio acodado en la barra, saludó con la mano en alto y me hizo señas para que me dirigiera a una de las mesas. La misma de la vez anterior a los pies del Guernica. El local se encontraba vacío y silencioso desde mi llegada, por alguna razón no sonaba uno de los cds con la voz de Bessie Smith o Joséphine Baker que eran las cantantes de jazz preferidas de Iginio. Pablo saludó con el mismo cariño de siempre apenas abrí la puerta del local. Al tomar asiento en la barra colocó, sin preguntar un vaso con hielo frente a mi semblante, y lo puso casi al tope de whisky y, como siempre, se sirvió uno sin hielo en una copa flauta y brindó conmigo. “te ves escoñetado”, dijo, y agregó:

–Seguro vienes a hablar con el gordo de mierda ese –no le agradaba para nada el gordo Wilmer– ¿sabes, Martín?, no te deberías juntar con ese tipo de chusma corrupta. Te puedes contagiar.

Iginio, el propietario del local, se había retrasado. No pregunté para evitarme una respuesta trágica ya que ese hombre desde que lo conocía era el primero en subir la santa maría y el último en bajarla. Que no estuviera ahí me olió mal.

–Iginio está internado en la clínica. –“Quién coño te preguntó”,

me provocó decirle, pero ya era tarde, lo había dicho, lo dijo y ya me olía mal, y lo repitió:

–Iginio está en la clínica –y ahora sí que me olía mal– parece que sufrió un infarto esta madrugada –“la madre que lo parió”, dije emulando al propio Iginio cuando la mala leche nos toma por sorpresa.

–Brindemos porque se recupere pronto –propuso, Pablo– y pues chocamos los vasos, y en esta ocasión Pablo no se sirvió en su copa tipo flauta camuflada el Etiqueta Negra a cuenta del gordo Wilmer.

Me fui hasta la mesa con mi vaso en la mano. “Se lo hecho en la cara y pido otro trago o me hago el tontuelo que viene a rendirle cuentas al jefe”. No me dejó llegar. Se levantó de la silla y se lanzó sobre mi sin darme tiempo a esquivar aquella mole de pellejos que parecían tener vida propia cuando se agitaban como gelatina pegada a mi cuerpo en cada levantada del piso que me daba moviéndome de un lado al otro, bamboleándome como si fuera yo una marioneta de circo. Pensé en golpearlo con mi frente en su nariz, para liberarme de ese abrazo de oso de un gordo que ya no lo era, pero se lo creía porque siendo delgado atenazaba con sus brazos tan fuerte como cuando era gordo. Aguanté la respiración lo más que pude hasta que, finalmente me dejó libre y me hizo un ademán de jab con el brazo derecho que yo respondí con una especie de croos cruzado con la derecha que igual me habría gustado pegarle, como quien no quiere la cosa, en el hígado y luego pedirle disculpas, pero me había quedado sin aliento. Tomé asiento tan rápido que no se dio cuenta de que estaba noqueado.

Antes de sentarse me hizo un gesto de atleta con su nuevo aspecto. Ya el gordo Wilmer no era el gordo Wilmer de antes, sino el flaco Wilmer de ahora, un “peso pluma” como lo del boxeo, que no

tenía que avergonzarse al abrirse espacio entre la mesa y la silla para que el barrigón pudiese ajustarse al metro de distancia que los separaba en otra época, gracias a la dieta de Herman Tarnower. Si mal no recuerdo, el gordo Wilmer logró desaparecer aquella otrora bola inflable de grasa en poco menos de ocho meses. Así será el amor, o la ambición por vivir en casa de millonarios. En fin, me olvidé de todo aquello que me había traído a enfrentarme con el gordo Wilmer y decidí concentrarme en los intrínquilos del caso. Le haría unas cuantas preguntas y quizás sus respuestas me permitirían descubrir las intenciones del gordo con la viuda...o bien con la hija de la viuda...o con ambas. También conmigo, respecto a considerar que yo podía hacer del caso, lo que estimaba el gordo Wilmer que yo haría del caso, si la paga era buena, estrategia que había utilizado para inmiscuirme en lo que yo ahora pensaba que se trataba de una tramoya con el objetivo de en vez de aclarar aquel asesinato, oscurecerlo tanto que los interesados de un lado y del otro en aclarar lo no aclarado, sumieran en la oscuridad aquello que en algún momento debió aclararse. Así, él quedaría bien con el caso y bien con la viuda...o con la hija de la viuda, si ese fuera el caso. Pero el caso no estaba tan sencillo o fácil como él pensaba que estaría. La cabeza ya me daba vueltas. Me había zampado por el pecho en cosa de hora y media casi una botella de whisky y el cerebro me estaba jugando una de las suyas. Me levanté y me dirigí al sanitario, metí la cabeza en el lavabo buscando que el agua me devolviera la conciencia. Cuando regresé, el gordo degustaba un plato de jamón serrano con queso manchego: “eso sí, nada de pan cuando uno está a dieta”, me explicó como todo un experto en “vida saludable”.

No sé por qué siempre recuerdo a Guillén en estos momentos de goce frente a un plato de gambas que el gordo pidió luego de acabar con el jamón serrano. Yo aproveché algo del queso y cuando Pablo me trajo el menú, hice como esas novias recientes

que piden siempre lo más caro, aunque no sepan de qué se trata, y se me ocurrió que jamás había comido langosta en toda mi vida.

14

Lo último que recordé la mañana siguiente fue mi pelea con el empleado del estacionamiento que no me quería entregar las llaves del automóvil. “Pida un taxi o si prefiere yo termino mi turno en media hora y lo dejo en su casa”.

–¿Qué? Qué bolas tienes tú. ¿Es que tú no sabes quién soy yo?”

–Claro, detective, lo conozco desde hace años...

–Pero yo no sé quién eres tú, qué te has creído, que no sé a dónde vas gorriooooon. Yo quiero mi carro ¡Ya!

–Pues ¡no! se lo voy a entregar

–¡Que me lo entregas en este instante!... o saco la pistola.

–Usted no usa pistolas desde hace años, y súbase los pantalones que se le están cayendo, comisario.

–Ahhh, veo que ya descubriste quién soy, soy el comisario que te quede claro, El Comisario. ¿Sabes? ¡ELCOMISARIO! del CICPPIPSSTT!...ese mismo, si es que no entiendes el significado de esas siglas, son las del edificio que queda aquí mismo al lado de esta pocilga. Ya te veré pidiéndome un favor cuando te lleven por robo de auto.

–Mire, mejor entre al auto y recuéstese un rato que voy a buscar a Pablo. Y coloque estos periódicos en el asiento que parece que se orinó los pantalones.

Me levanté sin resaca, y mi mente estaba tan lúcida como si no

hubiera tomado esa bacanal de tragos. Eso es lo bueno de un whisky doce años a diferencia de la Perdiz, esa cosa que denominan whisky y que bebo conforme a mi presupuesto de jubilado. Sabrá Dios que le conté al gordo Wilmer en el Vesubio el día anterior. Me levanté animado pues había soñado con Margaret y hasta me la había follado haciendo malabarismos. El pantalón lo tenía mojado, pero el colchón estaba seco.

“Los informes de sueños tienden a estar llenos de experiencias emocionales y vívidas que contienen temas, preocupaciones, personajes y objetos que se relacionan estrechamente con el consciente. Estos componentes que aparecen de la nada, introducen una nueva realidad produciendo una experiencia con un marco de tiempo y conexiones realistas en el paciente”.

Me fui directo a la ducha y recordé toda mi proeza sexual, pensé en masturbarme, pero el tiempo me exigía responsabilidad y servicio. Lo primero era ir por el automóvil y pedirle disculpas a Braulio, ese chico, tan buena gente, que siempre estaba pendiente de guardarme un puesto cuando el estacionamiento estaba repleto. Luego desfilaría por el Vesubio para preguntar por Iginio y para averiguar qué torta había puesto en medio de la borrachera que había pescado, producto de la gula alcohólica y depravada que se desata cuando uno sabe que otro paga la cuenta. Dependiendo de lo que Pablo me contara, llamaría al gordo Wilmer, que ya no era gordo, por lo que cabía en una mesa normal del local, y, si no lo había acuchillado, lo llamaría para continuar la charla que no recordaba, pero que ahora, más lúcido, necesitaba recordar. No tenía ninguna idea de cómo iniciar la conversación, si es que acaso el gordo Wilmer no estaba, en un hospital en terapia intensiva.

Primero entré al Vesubio con la cautela de un hampón que entra a robar. Entreabrí las puertas de vidrios de seguridad y asomé la cabeza. Miré a los lados y cuando fijé mi vista al frente, apareció

Pablo, de pronto, porque se encontraba agachado detrás del mostrador metiendo cervezas en la cava refrigerante. ¡Coño qué susto me has dado! Le grité desde la entrada. “Un poco de sangre en el cuello y te confundo con el “Luis” ese, el francés aquel que guillotinaron cuando la revolución francesa”.

–Qué Luis, ni que ocho cuartos, ni qué guillotina, hermano ¿qué te pasa? ¿te estás volviendo loco? Apenas estoy abriendo el local, y tú ¿qué haces aquí a esta hora? Ni siquiera he puesto las mesas...

–Tranquilo, Pablo, que mientras terminas yo me aparejo a la barra, me sirves un trago y listo, no ha pasado nada. Nadie te va a pasar por la guillotina mientras yo me encuentre en esta esquina. Tenlo por seguro.

–Ahh carajo, hasta te salió en verso, resulta que ahora eres poeta...Ayer pusiste la cagada. –Y esa última palabra me clavó en el asiento.

–¡Perro!, me lo temía

De inmediato acercó la botella de la Perdiz y al ver mi cara de decepción la dejó a un lado, tomó la de Etiqueta y me dijo.

–Un solo trago para ambos porque esta vaina es cara y hoy no tenemos quien la pague.

–Perfecto –se lo celebré y chocamos vasos como siempre, yo con un trago bien cargado para ponerme a tono y él con uno puro, en su copa tipo flauta, y brindamos por Iginio. Un sorbo y luego pregunté:

–Hasta que hondo la metí.

–Aquí adentro, no, afuera, aquí estuviste finísimo –esa respuesta me dio alivio, pero lo de “afuera”, sí que me preocupó.

–Llegó Braulio, el del estacionamiento, histérico. Me dijo que eras un vulgar borracho impertinente e irresponsable y que te había dejado sentado en tu carro todo meado, pero no te había dado las llaves: “Así que ves que haces con tu borracho de mierda” me dijo “porque ya mi turno terminó” y se fue echando chispas

–Ahh carajo, y yo pensé que había sido él quien me llevó a casa.

–No, yo fui a buscarte y luego de calarme tus insultos te monté en el taxi de un amigo quien, con mala cara, se encargó de dejarte en Las Acacias, todo meado. Cuando regresó tuve que pagarle el doble por la carrera y aparte se tomó varias cervezas que anoté en tu cuenta. Ahí te dejo la factura.

–Y qué con el gordo Wilmer

–Qué de que

–Qué si puse la cagada, hombre.

–No lo creo, porque salió muy contento de aquí, canceló la cuenta y me dejó 10 dólares de propina, imagínate tú. Estaba loco por preguntarte. ¿Qué le dijiste que lo puso tan alebrestado?

–Ni idea, loco, ni idea, por eso vine tan temprano, apenas me desperté me di una ducha y heme aquí. Aparte de que debo pasar por el carro. Qué pena con Braulio. Y ahora ¿Qué le digo?

–Tranquilo, Martín, invítale unas cervezas y caso cerrado. Ya lo mando a buscar y tú tranquilo ehh, nada de perdóname y esas pendejadas. Lo saludas normal y te sientas con él en la barra a conversar, mientras yo termino de prepararlo todo porque ya van a dar las 12,30, hora de apertura.

Pablo era un amigazo, de esos difícil de encontrar. Siempre resolvía estos conflictos de borracheras, era el oportuno arbitro en

circunstancias críticas, pero cuando se trataba de sí mismo, perdía los estribos al punto de que más de una vez terminó encerrado en una jefatura y me tocó ir a sacarlo antes de que perdiera la virginidad. Ya me sentía mejor y parte de la nebulosa se había despejado, pero en mi cerebro quedaba otra: ¿qué le habría yo contado al gordo Wilmer para dejarlo tan contento? Se suponía que lo iba a destrozarse a preguntas, que me desquitaría por haberme engañado como a un niño y le escupiría su cara mantecosa, siempre brillante. Ese era el vacío más grande que había en mi cerebro, pero no podía preguntarle, qué iba a pensar de mí, incluso, si yo mismo no sabía lo que le había confesado. Uf, reflexioné y entonces en pocos segundos, “hágase la luz”. *Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas.* Se hizo la luz con nombre y apellido: Marcela Díaz.

15

Marcela Díaz era una funcionaria con rango de detective. Odiaba al gordo Wilmer como todos los funcionarios del departamento, pero le hacía la venia y le celebraba sus chistes horribles. Era joven y por sus méritos fue promovida de la policía uniformada a la policía de investigaciones científicas, institución que para estos tiempos dejaba mucho que desear. El calificativo le había quedado como apéndice de lo que había sido y ya no era. El rótulo de “científica” significaba no ver para los lados, ni para atrás ni para el frente. Científica era hacerse el monito famoso que trata de “no ver el mal, no escuchar el mal y no decir el mal”. De esta manera se ascendía de cargo. La ciencia de la sobrevivencia, para que no te jubilen antes de tiempo. La ciencia de experimentar con “la mojada de manos” en casos simples y baño completo en casos complicados. La identificación que se les entregaba como miembros de la policía científica, ayudaba a quienes buscaban lavar sus

manos en el agua bendita de la corrupción. Mostrar la placa era la puerta abierta al mundo de las series policiacas. Y el mundo real lo creía, aunque los viera salir con las manos plásticas alargadas por la puerta trasera de la institución. Así eran todos los funcionarios en todos los organismos policiales del país: una gran mentira piadosa

Braulio llegó rápido y lleno de grasa porque estaba reparando un carro, algo con las bujías...o qué sé yo. Al verme en la barra, alargó la mano para saludarme, pero capté su intención y solté la carcajada.

–Y entonces, comisario, cómo le terminó de ir ayer

–Si no lo sabes tú, menos lo voy a saber yo –volvió a soltar la carcajada y ya Pablo colocaba un tercio frente a su rostro que bebió de un solo golpe.

–Está bien fría como saludo de suegra –dijo alegre y pidió el otro sin haber terminado el primero, al fin y al cabo, yo invitaba– Le guardé su carro en la parte de atrás para que el portugués no se diera cuenta que lo dejó estacionado ahí toda la noche, sino, le cobra tarifa doble. También lavé los asientos –dejó caer la perla, pero no mencionó la causa de tal acción.

Le agradecí la deferencia conmigo, pero no le pedí disculpa siguiendo el consejo de Pablo: “si le pides disculpas a un pobre, Martín, te jodiste, ya no te va a respetar más nunca”. No me pareció íntegra asumir esa actitud, sobre todo cuando agregó “a ellos les encanta que los humillen, éste, Braulio, si lo vieras, siempre llega aquí con engreimientos porque recibe las bolsas de alimentos que les entrega el gobierno de vez en vez y nos quiere intercambiar cervezas por lentejas mejicanas. Imagínate la clase de personaje. Afortunadamente, Braulio tenía que continuar con su trabajo y luego de embucharse cinco cervezas, una tras otra, se

despidió con la amenaza de regresar apenas terminara de revisar las bujías del Fiat: “Si no vuelvo, quedamos pendiente”. Fue lo último que dijo y salió volando. Yo pensé que cuando fuese por mi carro, le llevaría varias laticas como ofrenda por la ayuda prestada el día anterior. Salió coincidiendo con la apertura del local y yo me apertreché en la mejor esquina que tenía la barra, un lugar desde donde se podía apreciar a todos los que llegaban y a todos los que cruzaban por las calles y aceras de la avenida. Se me ocurrió que podía invitar a Marcela a un almuerzo. Estaba seguro que ella no se negaría, los muchachos, casi todos, llevaban unas bandejitas plásticas desde sus hogares con las que paliaban el hambre a horas del mediodía. Busqué su teléfono en el celular y esperé. Uno, dos, tres, cuatro tonos y... respondió antes que la grabadora me pidiera dejar el mensaje.

—¡Carajo! Martín, qué sorpresa, debe ser que ahora eres avaro como los ricos, porque no me has invitado ni un café desde que te jubilaste.

—Precisamente para eso te estoy llamando. Estoy aquí, en el Vesubio. Vente.

—¿Solo? o... ¿con el gordo Wilmer?

—Desde ayer no lo he visto y espero no verlo en un tiempo, si tú me puedes ayudar con un caso.

—Seguro que sí, no se diga más, siempre y cuando el gordo Wilmer no esté de por medio.

—La vaina es que ahora cabe en todas partes —y nos reímos—, pues, te espero.

—Saliendo.

—Seguro no tienes que volver de inmediato.

–Ja ja ja ja, como se ve que tienes tiempo fuera del departamento. Aquí nadie trabaja.

Entró y la vi más bella que nunca, o era la resaca del día anterior que me hacía verla de esa manera, o eran los tragos nuevos de ahora que me regresaron a la borrachera del día anterior y no era tan bella como pensaba yo que era a pesar de estar en mi sano juicio. Juicio no tan sano porque todavía continuaba entre nubes. Nubes que me impedían recordar y solo me dejaban un sentimiento impreciso sin salir a flote. Nubes que van y vienen de un “algo” que te vino a la mente y lo olvidaste con la primera embriaguez. Nubes que no se desvanecen con la segunda tanda. Nubes robustecidas en complicidad afectuosa con la tercera botella, en tanto uno busca recuerdos, lapsus de vida que dejaron de existir con la botella vacía del día anterior. Noche invadida por el aturdimiento de no estar al tanto de dónde te encuentras. Soñar que estás despierto cuando estás dormido. Verte como muerto cuando en realidad estás vivo. O vivo cuando en realidad estás muerto. Ver cosas que no existen como en este instante que veo entrar a Marcela, que, por cierto, existe y no forma parte de una alucinación y ciertamente la veo más bella que antes.

Durante una pasantía que hice por el gremio de los alcohólicos anónimos, las alucinaciones se disiparon y en su lugar se instaló la nostalgia, por eso no duré dos semanas compartiendo experiencias con ellos y decidí entonces volver ser el alcohólico reconocido de toda la vida. El anonimato no era un principio que coexistiese conmigo. Las nebulosas son mis mejores compañeras cuando la soledad es tu peor enemigo. El caso es que durante las reuniones a las que asistí, todos los miembros me lucían sospechosos de algo. Ese “algo” anónimo, ese secreto que todos guardan hasta la muerte. Siempre he tenido desconfianza con los

compañeros que no beben. En mí caso no es raro que oculte información por un tiempo determinado, pero guardo recelo de mí cuando me emborracho, pues un descuido podría acarrear una tragedia en un mundo fingido, pero real, imaginario, pero aparente. Un mundo donde todo es posible. En fin, Marcela llegó y la vi, como si nunca la hubiese visto antes y ella me miró, como si me hubiese visto siempre. Entraba al restaurante con la misma delicadeza con la que alguna vez en el pasado, abrió la puerta de mi oficina: “perdón comisario, con su permiso, puedo entrar”, y yo diciendo “Adelante”, sin verla, sin mirarla, porque ver y mirar son dos cosas distintas, abstraído yo en carpetas de expedientes que minaban la oficina. Y ella entrando para contarme acerca de una investigación que estaba en proceso, y yo sin escuchar, sin oírla, porque escuchar y oír tampoco es lo mismo, diciendo: “bien, bien, siga con eso” Y luego su voz apagada, inexistente para mí: “gracias, comisario” y la puerta de la oficina cerrándose con sigilo, como se había cerrado mi alma a toda mujer, luego de la partida de Aida. Aunque la puerta que se cerraba ahora era la del Vesubio y yo que veía entrar a Marcela sin mirarla o que la miraba sin verla; giraba el rostro y la descubría viéndome como nunca antes la había visto mirándome.

–Estás fatal –dijo y río en son de burla porque se me notaba a leguas la resaca.

–Lo mismo me dijo Pablo –llegó hasta la barra y me besó en la mejilla. Lucía tan atractiva.

–Ven, vamos a una mesa –le propuse tomándola del brazo– ayer cogí una de esas borracheras, que ni te cuento, aún estoy en recuperación. Solo vine por mi carro, pero, en vista de que no recuerdo nada de mi charla que tuve ayer con el gordo Wilmer, pensé que Pablo podía ayudarme al respecto, pero nada, él tampoco sabe. Sin embargo, todo para el gordo debe haber salido

de la puta madre, porque, según Pablo, salió rápido del local y canceló la cuenta alborozado por primera vez. Hasta dejó diez dólares de propina.

—¡Qué! No te lo puedo creer. Y qué le dijiste.

—Ese es el problema, que no lo recuerdo, pero debe haber sido algo grandioso para que luego demostrara ese comportamiento.

—Pero explícame ¿acaso andas investigando algo para él?

La pregunta me dejó fuera de base, y no me quedó más remedio que confiar en ella de inmediato, al fin y al cabo, la cité al restaurant con premeditación y alevosía para utilizarla como una confidente dentro de la central policial. De modo que le pedí, sin mediar más palabras, que la necesitaba para que me auxiliara en la investigación del crimen de Fernando Rodríguez —ella me interrumpió apenas escuchó el nombre.

—¿Quién? ¿El empresario asesinado? Uyy, esto ya me huele mal. ¿No me digas que estás enredado en eso con el gordo? Válgame Dios, Martín...En que rollo te has metido. Ese gordo es una mierda y...

—Eso ya lo sé, pero ando tocando piso y debo ya dos años sin pagar el condominio. Ojalá te jubilen, para que entiendas de qué hablo —se lo dije a manera de chiste, pero ella no lo entendió así y se dio el susto de su vida.

—Pero si apenas voy a cumplir 35 años, y no llego a los 15 de servicio y... —la detuve de inmediato.

—No, chica, te lo digo como ejemplo refiriéndome a la mía. Espera a que veas mi nevera, agua y de puro milagro.

—Ahh coño, que susto me diste, tú sabes que ese es el Coco en

todas las dependencias de la Central. Como aquel viejo cuento de ahí viene el lobo, ahí viene el lobo...

—¿Qué quieres tomar?

—Hombre lo mismo que tú.

Levanté el brazo y le hice una seña a Pablo, quien llegó diligente con la botella de Etiqueta en la mano, un vaso con hielo y su copa flauta. Apenas sirvió me hizo un guiño, yo respiré satisfecho pues el hombre me había adivinado el pensamiento “ni se te ocurra llegar con la botella de la Perdiz”. Nos sirvió los tragos, y se sirvió él también para brindar por “tan bella chica”. Marcela sonrió agradecida y chocamos vasos y copa. Luego, Pablo se retiró con la cautela de un verdadero mesero discreto.

—¡Guao! con que whisky Etiqueta Negra, quién lo iba a imaginar. Martín Zanabria tomando whisky 12 años. Esto es de fotografía.

Se le había iluminado el rostro, la última vez que la vi tan alegre fue en el brindis de mi jubilación que coincidió con la navidad. Ella había cocinado una bandeja enorme de “Tequeños” y, de cada uno de los departamentos, surgía como por magia, una botella de vino o de ron, una de whisky o una de ponche crema artesanal, y así también aparecían unas de bajo octanaje que se iban quedando para cuando ya no había más nada para tomar y hasta el agua del florero lucía con deseos. Decir que Marcela era lo más bello de toda la Central Detectivesca no era una exageración. Igual ella era una mujer trabajadora, inteligente, humilde y se relacionaba bastante bien con todos sus colegas, pero también su figura, su manera de tratar a los demás funcionarios y su garbo, eran atributos que intimidaban. Por eso nadie se propasaba con ella, bueno, con la excepción del gordo Wilmer, quien se creía el agente 007 del departamento de criminalística, sin saber que para los demás colegas no pasaba de ser un Maxwell Smart, “El super

agente 86”, de la comedia de los años 70 que recordaba todo mayorcito de 40 años. Por ese mismo recuerdo, el gordo era la comidilla de la Central, cuando la totalidad de los departamentos funcionaban en la vieja sede de Parque Carabobo.

–Necesito que me ayudes en algo, Marcela –me puse serio, y ella también– tengo un barrunto...–me cortó.

–Usa aceite de ricino, es mejor para...

–No chica, qué dices, que aceite, ni qué nada, un presentimiento, una duda una sospecha ¡coño!

–Ahh, pero explícate, yo pensé que...

–Algo me indica que el gordo me ha metido en un gran lio del que me va a costar salirme y necesito que me des una mano.

–Claro, claro, Martín, lo que tú digas...–se quedó pensativa por segundos.

–Y ¿cómo quedo yo ahí?

–Bueno, estoy dispuesto a compartir las ganancias contigo –me miró con odio, de pronto. Un reflejo de rechazo observé en sus pupilas, de animadversión, de repugnancia.

–Coño no me digas eso, crees que todos somos como la mierda de Wilmer, no me faltes el respeto, qué te has creído. Si te ayudo, te ayudo porque eres mi amigo. No por soborno ni por chantaje, no pensé eso nunca de ti, Martín, de verdad.

–Perdóname, perdona, no quise decir eso, es que ya no sé ni quien soy, coño, ni con quien trato. Con tanta necesidad y con el bolsillo vacío uno termina metido en muchos aprietos por no estar solvente...El hambre, Marcela, el hambre jode y como esa es la palabra clave de todo el mundo hoy en día: “cómo quedo yo ahí,

pues pensé...

–Ya te lo dije y te lo repito, si te ayudo es porque eres mi amigo, te debo varios favores, fuiste mi jefe y me enseñaste todo lo que se hasta ahora. Nunca me reclamaste nada y...

–Ok, ok, está bien, está bien, Marcela... dejémoslo así. Me confundí, no volverá a pasar...

–Pues dime entonces qué quieres de mí, qué puedo hacer por ti, en que puedo meter la mano para ayudar –y agregó de inmediato– no te equivoques con la última frase –reímos, el trance había pasado, los nubarrones desaparecían para permitir el paso a una tarde soleada, maravillosa y a un cielo azul celeste que apenas dejaba ver una estela de esos vuelos que van tan alto, tan alto, que el oído humano no percibe las ondas sonoras de sus turbinas. Sus pupilas ahora brillaban como estrellas.

–Antes que nada, dime si notaste algo raro durante la rutina del gordo Wilmer esta mañana. Cualquier cosa, lo que sea, algo fuera de su rutina.

–Si, por supuesto, no solo yo, todo el departamento se dio cuenta de...

–¿De qué?, dime, ¿de qué?...

–Bueno a lo mejor no es nada, pero por primera vez en meses no anda recorriendo el pasillo de un lado al otro y que para “mantener la forma”. No ha salido de su oficina y, al menos que esté muerto, en algo turbio debe andar.

Me lo temía, debí haber soltado la lengua por culpa del whisky y algo debió captar, después ataría cabos porque a estas alturas, ya no era tan Maxwell Smart y su inteligencia se había refinado, siempre y cuando le mantuvieran las “manos mojadas”. Por eso,

ahora sí iba yo a necesitar de la simpatía de Marcela, si es que estaba dispuesta a involucrarse en mis planes futuros.

Capítulo II

1

Cuando se hacen preguntas incómodas, uno puede terminar con dificultades. Las preguntas incomodan, hostigan, irritan y ante ellas; lo mejor es no aclarar porque enredas, uno debe permanecer atento a cada respuesta. Una sola palabra borroneada en tu libreta siempre es útil para relacionar sucesos, momentos, lugares. A expensas de Margaret, la viuda, y “sus contactos”, se me ocurrió cometer la torpeza de ir a la estatal petrolera y hacer como dicen los gringos: “sigue el dinero”. De modo que, al día siguiente de mi encuentro con Marcela, (luego de convencerla para que me auxiliara con el caso), me fui a la sede principal y pedí hablar con el jefe de seguridad de la empresa. No pudo atenderme, pero me envió a un cubano joven, seguramente del G2, que se presentó como uno de sus asistentes.

–Hola, Ernesto Guevara –y estiro la mano.

–Martín, Martín Zanabria.

–Mira tú, “aseré”, creí que ibas a decir: “Bond, James Bond” – se le corrió el chiste–en qué puedo “ayudalte, men”.

–En realidad no sé si puedas, pero me pregunto si, ustedes, por casualidad, tienen información de lo que sucedió hace unas semanas con el empresario Fernando Rodríguez, quien fue asesinado minutos después de salir de esta empresa.

–¿Tiene usted la fecha exacta?

Lo preguntó con esa jactancia cubana, como si fuese la última Pepsi-cola del desierto o estuviera bailando en sincopado una versión de la orquesta Aragón. Me cayó más espantoso que una patada en los huevos en horas de la madrugada.

–Sí, la tengo, pero si usted no la tiene presente, yo lo despediría, pues ese mismo día lo asesinaron a unas cuantas cuabras de aquí, y fue primera plana en todos los periódicos al día siguiente. A propósito, ¿Cuál es su cargo en esta empresa?

–Oye tú asere, no te pases ehh, que mi trabajo aquí es la seguridad dentro de la empresa y no lo que suceda fuera de sus muros.

–Como el muro de Berlín –lo dije a propósito para que se me chorrera el chiste, ahora estábamos a mano.

–Ahh pues sí, recuerdo el accidente.

–El sicariato –aclaré.

–Sí, por supuesto, el asesinato...–anoté la palabra asesinato y le puse comillas.

–Si tú lo dices.

–No, yo no, lo dijo usted, dale piano ¿no?

–Yo dije sicariato. O... ¿será que no les enseñan la diferencia entre ambos conceptos?

–Cierto, me disculpo con usted, en Cuba una y otra cosa da lo mismo –comenzó a darse cuenta de que estaba metiendo la pata.

–Y ¿cómo sabe usted que soy cubano?

–Mira tú. Oye tú, asere...–soltó la risa y logré el efecto, el hielo se derretía.

–Bueno, sí, salió en todos los periódicos.

–Antes dijiste accidente, ¿no?

–Una folma de hablál, aseré, usted tiene razón...

–Un accidente y un asesinato son cosas distintas, ¿o no?

–Bueno si, digo, no, en fin, a qué vienen estas preguntas, asere, y finalmente dígame, a cuál policía perteneces tú, –comenzó a ofuscarse.

–Lo dije al llegar: a ninguna, soy detective privado

–¿No eres de la criminalística?

–Nunca dije eso.

–Entonces fui yo quien se confundió, creí que era de la Central de Investigaciones y...

–Lo fui, ahora trabajo para clientes privados.

–Bueno, siendo así, creo que no tenemos más de que hablál. Llame en otra oportunidad porque yo debo hablál con mi jefe antes de celebrar una nueva reunión. ¿Usted me entiende no? –se levantó del asiento con el rostro enrojecido, quizás de pena o de miedo... o bien le hacía falta un trago, si es que era alcohólico como yo. Esta vez no alargó el brazo en señal de despedida. Dio media vuelta y salió raudo por donde había llegado. La secretaria apareció en cosa de segundos con cara de pocos amigos y me condujo al elevador sin mascullar palabra. Veía hacia el techo raso como si estuviera siguiendo el rastro de una araña, por momentos pensé que tenía problemas de retraso, hasta que el ascensor abrió sus puertas. Entonces me miró como si yo fuese una cucaracha a la que acababa de aplastar de un pisotón y luego la pateaba hacia lo profundo del hueco del elevador y, en solitario, terminé en la

planta baja. El carro lo había dejado a una cuadra en plena calle, bajo el cuidado de los “parqueros humanos”, unos personajes que se disputan las esquinas de la ciudad desde tempranas horas de la mañana. La supuesta vigilancia me costó un dólar. Encendí el Lada que asustó a algunos transeúntes con su explosión del tubo de escape. Al acelerar se me ocurrió hacer el mismo recorrido que había hecho la víctima con su chofer. Recordé que, frente a la sede petrolera, tal como lo reseñó la prensa, había una manifestación de los trabajadores jubilados y que por lo tanto se les dificultaba moverse hacia la avenida Libertador; de modo que la única opción era coger la calle paralela, que se encontraba detrás de la petrolera, enfilar hacia la primera transversal de la Campiña y remontar por la Calle García hasta alcanzar la Florida. Finalmente tendría que bajar desde la iglesia por la avenida Los Mangos, hasta dar con la Libertador. La avenida fue una de las muchas obras concluidas por el presidente Rómulo Betancourt durante los años sesenta, pero los taxistas más veteranos afirman que la inició el dictador Marcos Pérez Jiménez. Es la única avenida de Caracas que comunica al este con el centro de la capital: tiene dos niveles, el de abajo funciona como autopista ya que carece de semáforos y siempre sus paredes han contado con unos murales artísticos que se van decolorando con el pasar del tiempo. Ni idea de quienes son los autores, pero ya lo preguntaré a Márgaret, cuando se presente la ocasión de volver a encontrarnos. La Libertador es una de las avenidas más importante de la ciudad. Durante muchos años fue una zona de tolerancia para que las prostitutas, los transexuales y los maricones hicieran de las suyas, amparados por chulos, mafias de tratantes de blancas y policía que se aprovechaban del comercio sexual. Las puticas siempre salían perdiendo en este ajetreo pues, al tener que pagar protección obligada, les costaba Dios y su ayuda completar para pelucas y maquillaje. A todo lo largo de la avenida, estos personajes ofrecían sus servicios, sobre todo en las noches.

Lozano, nuestro forense más reconocido en la Central, decía que esto nos igualaba a las grandes metrópolis en materia de sexo barato: París, Queens, Brooklyn, Bruselas y el barrio rojo en la ciudad de Ámsterdam... Desde mediados de los años ochenta, la avenida fue conocida por ser la sede del comercio sexual más importante de la capital, y también por producirse los más crueles asesinatos de los que se tenga memoria. Con los años, la construcción de las edificaciones de la denominada “Misión Vivienda” intentó terminar con el negocio sexual, pero a los pocos años volvió renovado, porque el comercio contaba con habitaciones y apartamentos propios para atender a la clientela. La “misión” logró que las putas y los maricones se liberaran del yugo policial y de las mafias clandestinas por algún tiempo.

Hice todo el recorrido como debió haberlo hecho Pascual, el chofer de Ferni, y se me puso la carne de gallina al llegar al semáforo de la urbanización El rosal, donde la 4X4 se detuvo y aquel par de seres recibían una ráfaga de balas, cacerina tras cacerina vacías, sin compasión alguna. El típico sicariato utilizado por los narcos como escarmiento ante altas traiciones...o deudas. Pero ese no era el caso de Ferni, ¿o sí?, quien llevó la peor parte, pues la carga más grande de proyectiles se concentró en su rostro dejándolo irreconocible.

La vida es una “mielda”, como diría el cubano de mierda que me atendió en la sede de la petrolera esta misma mañana. Cuánto habrá trabajado Ferni para alcanzar esa fortuna, honrada o tramposamente. De qué le habrá servido el esfuerzo, labrarse enemigos sin ninguna necesidad y terminar ensangrentado en plena calle. Ni conciencia tendrá de cómo su mujer y su hija, follando con Huguito, van a disfrutar de lo lindo con esa fortuna que les heredó. Ni conciencia. Si hasta el gordo Wilmer la disfruta, cuánta pasta le estará sacando a la viuda con la investigación y

hasta es posible que pretenda algo más de Márgaret ¿viajar por el mundo a costa de la herencia? ¿Qué tramaba Wilmer? Si, de hecho, ya vivía a expensas de aquella mujer, pero qué sucedería una vez que se aclarara el caso... esa era la gran pregunta sin respuesta, por ahora. A medida que avanzaba con la investigación, más interrogantes surgían. El gordo se mojaba las manos con la herencia dejada a la viuda y de paso cancelaba mis honorarios. A mí, no me iba mal, entonces, ¿a cuenta de qué mierda me invadían las preocupaciones? Quizás muy en lo profundo de mí, o bien, a nivel de flotación, pensaba como el gordo Wilmer: una vez terminado el caso, ¿de qué iba a vivir? Dejé de pensar porque cuando pienso no puedo dormir pensando en lo que estuve pensando durante el día. Esa especie de sueño lúcido, de estar dormido despierto o consciente que te deja exhausto, pulverizado, exánime, tan indefenso ante la muerte como si estuvieses a dos pasos de distancia o bien un poco más lejos, digamos, a la vuelta de la esquina haciéndote un guiño. ¡Zape! Alguien nos dio la buena noticia de cómo y cuándo nacimos, nadie nos dirá nunca la mala de cuándo y cómo moriremos.

Dos tipos de efectos temporales caracterizan la incorporación de recuerdos en los sueños: el llamado efecto de residuo diurno, que implica la incorporación inmediata de eventos del día anterior, y el de retraso del sueño, que implica incorporaciones demoradas que pueden ser de una semana.

Desperté desmoralizado, me había bebido media botella de whisky pensando qué hacer con este caso. Desde hacía varios meses padecía de un problema neurológico, un maldito dolor en un costado luego de “un herpes zoster que te complicó la salud” dijo el doctor Lazo, un neurólogo con pinta de loco, recomendado por Olivia, mi única sobrina. Me lo diagnosticó apenas observó la mancha roja y me recetó Pregabalina y Carbamazepina, ambas

drogas no recomendadas con bebidas espirituosas, por tal motivo cuando bebía no las tomaba y viceversa, pero en ambas ocasiones la pasaba de la madre que me parió. Con el licor no lograba un sueño apacible. Y cuando no bebía para poder pensar con calma las píldoras me narcotizaban durante el día. Con el licor el dolor se acentuaba y no soportaba el roce de las camisas en la piel. La sensibilidad era tan grande que causaba punzadas como si la ropa estuviese forrada de cristal molido. Pasaba el día con cara de pocos amigos, con mal humor, odiándolo todo... y a todos. Pero aún con la pesadez por el mal dormir, esa mañana decidí volver a la mansión de Márgaret para aclarar algunas dudas que me mantenían inquieto. De modo que, sin pensarlo mucho, me arriesgué a ir hasta la mansión conduciendo el automóvil con esa combinación peligrosa: “resaca y drogas. Ya, por el camino, anotaría los resultados”. Al llegar, el viejo mayordomo abrió la puerta y, bajo el efecto de ambas drogas, lo vi como un verdadero fantasma. Un muerto en vida que, igual que la última vez, me llevó por el pasillo de la galería hasta la biblioteca y allí se posó como un murciélago malogrado con sus alas recogidas, viejo e inútil para un vuelo nocturno.

“la señora le ruega que lo espere” dijo. Con su presencia el lugar que me lució fantástico la primera vez, ahora parecía sombrío y gélido. El murciélago no se retiró hasta que escuchó los pasos de Margaret en el pasillo. Lo hizo tan sigilosos que pareció levitar hacia donde quiera que se encontrase su catacumba personal.

Tenía más de una semana que no contactaba a Margaret y sin que Margaret me contactara a mí. Yo había manejado medio dormido por la autopista que, milagrosamente, se encontraba despejada en esas horas de la mañana hasta la salida de El Cafetal con Los Ruices. La resaca que me abrumaba por cambiar de Etiqueta Negra a la “Perdiz” me tenía grogui y las pastillas me

obligaron a conducir el automóvil casi en cámara lenta. Aparentemente veía el mundo con claridad, aunque, en realidad, todo estaba nublado, pero si lograba llegar al menos hasta el Hatillo, otro gallo cantaría. Estaba muy atento con las directrices que provenían de mi cerebro, y me lancé en subida por la vía de Los Naranjos a 40 kilómetros por hora, en la creencia de que era un Fittipaldi criollo. En la alcabala de entrada a la Lagunita, una vez superado el Hatillo, requirieron la identificación y tomaron las placas del Lada. Me pidieron la dirección y no supe decirles, pero me dejaron entrar sin problemas al explicarles, narcotizado como estaba, al igual que la mayoría de los jóvenes que habitaban en la Lagunita, que conocía los intrínquilis para llegar a la mansión; agregué que venía por una investigación judicial. Asumieron que yo era funcionario del departamento de narcóticos de la policía científica, o un “manos mojadas”. Les había mentido porque al llegar a la P6, una vez que me salí de la avenida principal, me volví un ocho con la P3, P2, P5, A-1, A-5; A3. En medio de aquel laberinto de calles, todas las letras del alfabeto en mi cerebro bailaban una canción que había aprendido en mi niñez que asimilaba las letras a propiedades humanas, lo que me ponía más bobo de lo que estaba... y de pronto, como un milagro llegado desde las alturas, apareció la mansión.

–Está hecho un desastre –acusó Márgaret apenas me vislumbró a la distancia, que no era tan grande sino apenas unos tres o cuatro metros, antes de dar los buenos días.

–Sí, no he dormido nada bien durante estas noches.

–Espero no haya desayunado.

–En realidad no.

–Ya mando a María para que nos prepare algo de comer, pero primero tómesese un café bien fuerte, se le están cayendo los

párpados. Entre tanto, siéntese y hábleme un poco de usted –lo dijo mientras tomaba el teléfono, marcaba un número y ordenaba café y jugo de naranjas.

–Y qué querría saber, mi vida no es precisamente un mundo de aventuras como mucha gente piensa a cuenta de que uno es...o fue, policía.

–No, hombre, no me refería a su vida pasada, sino a su estado actual, lo veo muy demacrado con una barba de hace días, ojeras, todo desaliñado. La última vez que estuvo aquí vestía muy bien, sobrio y elegante.

Tenía razón ella, en aquella oportunidad me había disfrazado de Steve McGarrett, aquel policía de la vieja serie Haway 5-0, con el fin de impresionar al cliente. También me había llegado caminando hasta la mansión, una vez que abandoné el Lada recostado a una acera, bajo un jabillo a unos cuantos metros de la casa. Entendía que la pinta no combinaba con el automóvil. En esta ocasión le resté importancia a detenerlo frente al portón, una vez que hizo sus tres explosiones antes de apagarse.

–La verdad es que este caso me tiene intranquilo, algo no cuadra y la incertidumbre de no saber qué es me “mata”. Disculpe no quise...

–Si, sí, entiendo

–Hay muchas contradicciones desde el inicio hasta el final y todo lo que he investigado es una telaraña de mentiras.

–Pero, la verdad es que no entiendo lo que quiere decir. Desde que se iniciaron los rumores le aclaré al comisario Wilmer que tanto la prensa escrita como el ministro, mentían sobre lo ocurrido con mi esposo y...–la interrumpí.

–Y usted Margaret, usted, ¿no miente?

–Cómo va a decir eso, le contesté con honestidad a todas sus preguntas la última vez.

–Eso no es cierto, Márgaret, habló mucho, pero no respondió nada, sobre todo aquello de –extraje del bolsillo la libreta y leí– “todo lo que tiene que saberse al respecto”.

–Claro, eso fue lo que hasta ahora me ha dicho el comisario Wilmer y yo tal cual se lo hice saber.

–El caso es que también su hija, Matilda, me dijo lo mismo por teléfono y me da la impresión de que era ensayado, como cuando los abogados preparan al testigo antes de ir a declarar.

–Ella le dijo eso, porque al igual que yo no sabe nada del crimen, nadie nos dice nada, nadie nos aclara nada, todo lo han dado por hecho y hasta le han dado al caso, la categoría de un “asesinato normal”, como si matar a alguien en plena calle y a pleno día, fuera normal, bien por cosas de robo, deudas, pleitos entre socios, venganza o qué se yo.

–También me dijo que entre usted y su esposo no existían secretos. Le pregunto de nuevo ¿qué oculta usted de su esposo que no deba saberse? ¿Quiénes son esos contactos? –revisé de nuevo la libreta y leí “mis contactos”:

– si mal no recuerdo, usted dijo en aquella ocasión: “puedo averiguar algo: aún tengo contactos” y heme aquí, esperando a que me diga quienes son los tales contactos...si es que realmente los tiene...o los tuvo. O si en realidad existen o existieron alguna vez. Tal cual eso fue lo que me dijo y ya está bueno de andarse por las ramas...

–Sí, claro que los tengo, los he llamado, he dejado recados, pero

nadie responde mis llamadas. Estoy en el limbo, o es que usted no entiende que en esto la víctima soy yo y el muerto es mi esposo.

–Víctima ¿cómo es eso? ¿Víctima de qué?

–No lo sé, pero sí sé, que me han prohibido hablar de lo sucedido a mi esposo. Pregúntele a Wilmer, él sabe perfectamente a qué me refiero.

–En fin, volvemos al principio, señora Margaret –y enfatice lo de señora para distanciarme de la confianza que habíamos logrado en nuestro primer encuentro.

–El caso señora Margaret es que...

María llegó con el café y con el jugo de naranjas y me sentí obligado a una pausa dejando a Márgaret ofuscada. María colocó la bandeja sobre la mesa de mármol y nos sentamos separados por un metro de distancia. Había perdido la compostura e intentaba fingir que el interrogatorio no la había perturbado en lo mínimo. Pequeñas gotas de sudor a punto de engordar le minaban la frente y desbordarse sobre sus pestañas, pero las cejas bien tupidas y grandes que le concedían una belleza singular a su rostro, actuaban como un dique salvador, igual sucedía con sus manos que sudaban copiosamente, y la solución que ella encontró para secarlas fueron las servilletas blancas de tela con la que se alistó para servir el café. Bajo el efecto de las pastillas junto con la resaca, la jarrita del café también apostó al baile infantil de las letras. Era de acero bañada con un rojo purpura impecable. Una coquetería que nunca había visto, pero tampoco nunca había visto a la B del alfabeto moverse de esa manera tan seductora.

–Déjame que yo sirvo y avisa cuando tengan listo el desayuno.
–La sirvienta hizo una venia y nos dejó a solas. El silencio entre ambos me perturbó y habría encendido un cigarrillo de no ser

porque hacía años lo había dejado, pero en momentos así, me venía un deseo casi irrefrenable. Arrimó la taza hacia mi lado y tomo la pequeña jarra dejando caer suavemente el café. Noté un ligero temblor en su mano y una gota de sudor de su frente hizo explosión en la taza, una vez llena.

–Por cierto –quise romper el hielo– he notado que tiene otros cuadros a la entrada de la galería, imagino que son nuevas adquisiciones.

–Ahh, sí –se sorprendió por mi curiosidad y su rostro cambio de tonalidad– sí, claro... pero no son nuevas, solo que estaban resguardadas en el sótano.

–¿En el sótano? –¿Quién guarda pinturas valiosas en un sótano? Notó mi sobresalto.

–No es el característico sótano que conocemos –sonríó y fue condescendiente ante mi ignorancia– digamos que se encuentra debajo de la casa como los sótanos normales, solo que, en este caso a diferencia de ellos, está especialmente construido para guardar obras de arte y evitar así su deterioro.

–Ahh ya entiendo, como hacen los museos.

–Sí, una especie de museo, pero en miniatura, si hacemos una comparación.

Su actitud comenzaba a cambiar y eso me aliviaba un poco. Había metido de pata, la había presionado apenas iniciando nuestra conversación y no fue un proceder de caballeros que digamos.

–Y cuénteme sobre estas nuevas piezas, no se mucho al respecto, pero llaman la atención, incluso hasta para mí que ni idea tengo de ellas.

–Venga, ya le cuento –y me hizo levantar del sillón donde me había postrado en medio del letargo.

Caminé con el vaso de jugo en la mano temiendo una tragedia. El café no me había despertado del todo y debo confesar que fue una experiencia única. Dimos unos cuantos pasos desde la biblioteca hasta la galería en donde las pinturas colgadas en las paredes, brillaban como oro en joyería.

–Mire, este es uno de los pintores venezolanos más grandes que tenemos, Armando Reverón. Le decían “el loco de Macuto”

–Vaya apodo ese tan despectivo, para alguien que puede hacer esto con unos cuantos pinceles. Y ¿cuál sería el precio de una pintura como esta?

–Olvidelo, porque en las subastas puede iniciarse con unos 300 mil dólares y de allí en adelante, nadie sabría decirle.

–Locos, quienes lo compran...

–Sí, posiblemente, en ese lote entramos nosotros.

–Perdón, no quise...

–No se preocupe, Martín –volvíamos al tuteo– lo entiendo perfectamente, pero mire, en realidad para nosotros esto significa un bien mueble, ¿sabe? Una inversión pues. Se compra en una subasta si es que alguien no oferta más de lo previsto, se guarda un tiempo hasta que se revalorice y se pone en subasta de nuevo. ¿Ves? No le parece una manera de hacer dinero sin mucho esfuerzo.

–Ya veo...

–Ahora entiende que lo loco no quita lo valiente. Todo en la vida es un riesgo. Claro que locos sobran, hay quienes invierten miles,

millones, solo por el placer de poseer la obra y admirarla cada vez que se les antoje, mostrarla a los conocidos y amigos, jactarse de ellas...el ego mi estimado detective, el ego. Algo útil en los negocios, pero nefasto para el espíritu.

–Como las joyas

–Mucho más, porque nadie te las puede robar con facilidad, si se refiere a los anillos, collares, cadenas, diamantes y otras baratijas de ese estilo –lo dijo con ironía y río para darme a entender que se burlaba de los nuevos ricos– hay muchos por ahí que les encanta blofear con esas cosas. Nosotras estamos felices con nuestras pinturas.

Me complació el recorrido por la galería con ella. Había nuevos lienzos y rememoré los anteriores que no disfruté durante la visita anterior. Me tomé todo el jugo de naranjas y andaba bamboleando el vaso sin saber dónde colocarlo con la bendita canción de las letras rondando mí cabeza. No quería interrumpir la buena actitud que se había apoderado de Margaret quien mostraba sus bellezas a un desconocido con la misma confianza que depositas en alguien con quien has intimado durante toda tu vida. Estaba claro que en cualquier momento debería acabar con mi sueño y con el de ella.

Los sueños procesan la información que hemos reunido durante el día y nos preparan para posibles amenazas en el futuro. ¿Será verdad que los sueños pueden predecir eventos futuros?

2

Marcela Díaz llegó a la Policía Científica luego de una larga pasantía por la policía uniformada. No culminó sus estudios en la llamada Escuela de la Policía Técnica Judicial, porque estando

avanzada en sus estudios, a la institución le cambiaron el nombre por otro mucho más solemne. Sin embargo, y gracias a sus avances en la anterior institución, se graduó con honores en la segunda. Sus notas fueron relevantes y algunos de sus profesores que se la toparon más tarde en la Central aseguraban que fue una de las más inteligentes alumnas que hayan tenido en un aula. Era una chica de origen humilde y un día a mi cargo confesó que hubiese querido ser cirujana e incluso hasta enfermera, pero no tuvo oportunidad de entrar en las universidades públicas, para labrarse una de esas carreras. Tendría unos 25 años cuando vistió su camisa azul clara destinado a los nuevos agentes, los veteranos seguíamos usando trajes de paisanos.

Excelente, ella, en su trayectoria, los cuentos sobre Marcela afirman que era una chica con estómago de hierro, a la que no le molestaba recoger un cadáver en mal estado, mientras disfrutaba de unas butifarras caseras. La fama de “inescrupulosa” se originó con el cadáver del industrial Filippo Sindoni quien fuera secuestrado en la ciudad de Maracay y trasladado hasta el Estado Lara para ser vendido a la guerrilla. El caso es que el anciano terminó en una cuneta con un tiro de gracia en la nuca. Marcela estuvo en la comisión que se encargó de levantar el cadáver. Si bien aquello olía a diablo, ella se encargó de recoger todas las evidencias necesarias para la investigación mientras esperaban la furgoneta que trasladaría el cadáver a la morgue. Contaban sus compañeros que mientras trabajaba en el levantamiento del cadáver, disfrutaba con avidez de una hamburguesa doble que había comprado en el camino, llena de todo tipo de salsas, mientras que el personal se alejaba para no venirse en vómitos. Igual frecuentaba la morgue y observaba los pasos en la disección de los fallecidos. Levantaba sus informes y al salir los compañeros la invitaban a la fuente de soda más cercana, en donde el acta la firmaban todos juntos. El pacto de honor era no denunciarse ante los jefes. Marcela habría

sido una estupenda cirujana...o enfermera. Ahora era policía y... muy buena, gracias a la vieja escuela, porque la nueva, aun con el nombre de Universidad, graduaba a los funcionarios en 36 semanas. Los viejos policías sosteníamos que aquello era como entregarle una pistola a un mono tití en un zoológico atestado de visitantes.

3

–Pero qué me dices, Martín. Te volviste loco o...

–Solo tienes que seguirle la corriente, tú sabes, al menos reírle uno de sus chistes.

–Definitivamente, te volviste loco –y se levantó de la mesa con intenciones de irse, pero la tome de la mano y le rogué, que, por favor, me dejara terminar y luego de escucharme, no la detendría.

–Mira, es una idea que me vino a la mente mientras te esperaba, pero si al terminar de contártela no te gusta y no quieres participar, es decir ayudarme, –con eso de la ayuda intenté manipularla– te puedes ir sin remordimiento y seguimos siendo amigos, aquí no sucedió nada y esta conversación nunca existió ¿qué me dices?

Se me quedó mirando a los ojos, aún dudaba en si dejarme continuar o buscar alguna excusa válida para salir huyendo, pero bajó la vista, estiró ambos brazos y me tomó la mano puesta sobre la mesa. Pensé: “la convencí”. Mi mano entre las suyas era como una bendición divina.

–Ok, está bien, pero si a las primeras de cambio, algo me huele mal, te dejo el pelero.

No existe nada en este mundo que le pueda oler mal a esa chica,

sonreí, tenía estómago para rato y aceptar ser simpática con el gordo Wilmer era una golosina mucho menos repugnante que cualquier otro manjar, frente a un cadáver en descomposición. “Esa es mi chica”, me dije mientras pensaba a la vez, en el lio en que la estaba metiendo. La iba a necesitar y no era nada fácil lo que tenía que hacer. Llamé a Pablo y, siempre dispuesto, vino enseguida con dos tragos de Etiqueta que colocó sobre la mesa. La veía más hermosa y más madura de como la había visto meses atrás. Ah, el amor, que cosa más patética que el amor, solo los tontos creen en Romeo y Julieta. El amor no tiene forma ni lógica posible. Mi primera y única novia, eso que llaman “el amor de tu vida” me abandonó por una “bola de grasa”, muy parecida al gordo Wilmer cuando era gordo, apenas se inició el siglo 21. Nunca entendí el abandono. Aquella bola de grasa era un ser, no muy inteligente que digamos, o corría riesgos sin necesidad. Hacía de showman en un prestigioso teatro bar de la ciudad que siempre estaba atestado de altos funcionarios del gobierno. Montaba un show de humor en el que interactuaba con la clientela y estos disfrutaban que él los vilipendiara. Por pasarse una noche con uno de ellos, terminó preso y yo terminé intercediendo con uno de mis contactos en la Fiscalía para que lo liberaran, antes de que le impusieran cargos y pasara a manos de un juez que seguro le impondría una pena tan exagerada que lo dejaría sin humor para el resto de su vida. Al salir, huyó del país y ella con él. Ella me había dicho un día que acababa de conocer a alguien “inteligentísimo, genial”, “Mira qué lindo ése gordi, él hace Stand Up”. Y yo me dije: “Pa’ la mierda”. El día que le conté a Iginio, el dueño del Vesubio, sobre mi desgracia, me animó con un proverbio gallego: “ese gordo debe sudar como un cerdo colgando tras la matanza”. Yo, al refrán, le hice un arreglo con el tiempo y preferí: “como una plasta de mierda en medio de una vereda sin luz”.

De ahí en adelante mis relaciones fueron siempre volátiles, algo aquí, algo allá y algo más allá...En ese tiempo la identificación ayudaba muchísimo en cuestión de amoríos volátiles y uno también ayudaba muchísimo a mucha gente, en vicisitudes donde Cupido nada tenía que ver, sin necesidad de pedir una “mojada de manos”. Los favores se hacen o no, y nada hay que pedir a cambio si se hacen. Los favores, no son negocios son valores esenciales en el ser humano. Marcela me hacía un favor, no estaba negociando algo conmigo, y yo había cometido la torpeza de intentar iniciar un negocio con ella disfrazado de favor.

–Antes que nada ¿a qué hora debes regresar a la oficina?

–Ni te preocupes por eso, aquí desde hace un tiempo, todo el mundo hace lo que le da la gana.

–Perfecto –pedí una botella.

4

En el 2003, huyendo de la nueva directiva que imponía un nuevo modelo de investigación policial, Marcela prefirió irse en comisión de servicios a la Fiscalía General de la Republica. Allí estuvo a la disposición de mi amigo Manuel Terán, la chimenea ambulante, quien acababa de ser nombrado director de asuntos penales. Vivió el caos en la institución cuando fue asesinado el fiscal Danilo Anderson en noviembre del 2004. Un año después, estuvo a punto de regresarse a sus labores en la central de policías. La causa principal de esa decisión fue la bufonesca actitud del Fiscal General en lo referente al caso, que dejaba muy mal parada a la institución, cuando se le ocurrió declarar a los medios que él “había visto a los ojos al testigo estrella, un tal Giovanni Vásquez, y de inmediato supo, que aquel hombre no le mentía”. Con los

meses se conoció que el tal testigo se hacía pasar por psiquiatra y tenía antecedentes penales por fraude de identidad. Igual se descubrió que Vásquez cumplía condena de cinco años en una de prisión en Santa Marta, Colombia, durante el mismo periodo de tiempo en el que aseguró haber sido testigo de la planificación del asesinato del fiscal. El mismo día en que Marcela iba a entregar su carta de renuncia a la comisión de servicio, se enteró de un aumento de, casi el quíntuple de lo que ganaba un funcionario de la Central. Un salario sustancioso. Rompió la carta al instante. Con el nuevo aumento, cesaron las burlas, y chismes de pasillo, cada vez que se mencionaba el nombre del, ahora, aplaudido líder indiscutible del Ministerio Público. Marcela supero los tres años que le faltaban para recibir al sucesor. Había ahorrado lo suficiente para comprarse un apartamento pequeño en el centro de la ciudad. El nuevo Fiscal resultó ser una mujer. Con el cambio de directiva, el fumador empedernido de una bocanada esfumó a Marcela de su departamento y terminó a parar como portera en la oficina de la nueva fiscal, cosa que no le importó pues, como portera, gozaba de algunos beneficios laborales extras, sobre todo en el mes de diciembre, que no le venían mal. El cargo con el tiempo le vino al dedillo ya que cuando se trata de tener poder y de ejercerlo, lo mejor es ser portero, y si de manejar información se trata, nada más envidiable que ser portero. Pero incluso, si tu deseo es de superación profesional, tiene mucho más mérito iniciarse como portero, sobre todo si eres portero de un ministerio importante o en el caso de Marcela, nada menos que ser portera de la nueva Fiscal del Ministerio Público. Como portera obtuvo un diplomado en varios cursos que hizo sobre delitos informáticos. Cuando regresó a la Central, era la mejor adquisición que teníamos en lo que a descubrir delitos informáticos se refería.

Pablo destapó la botella y dedicó el primer trago a los muertos, es decir, chispeó un poco de la bebida sobre el piso, luego llenó

los vasos y, por supuesto, se sirvió el suyo en la típica copa flauta de esas que no son cristalinas sino teñidas de rojo y que ya estaba algo escarchada por el tiempo, pero que cumplía muy bien con su función de camuflaje.

—Entonces ¿qué opinas? —le había explicado el plan lo mejor que pude.

—Ok, estoy de acuerdo, pero te aclaro, a la primera metida de pata que pongas, me largo.

—Y el gordo Wilmer que se quede con las ganas —agregué.

¿En qué consistía el plan? Pues bien, Marcela debía internarse en lo más profundo de a internet: “la llamada zona oscura”, eso me dijo pues yo solo conocía la luminosa, para ver que encontraba sobre los negocios de Ferni. Al parecer en la llamada red Thor, hay tan de todo que ni el mismo señor Google no sabe lo que significa “tan de todo lo que hay”. Paralelamente a la investigación, Marcela tendría que buscar una relación con el comisario Wilmer algo más estrecha y acceder a las conversaciones frecuentes de pasillo: chismes, maquinaciones, comadreo, intrigas, cizañas, acusaciones y demás mierdas que se lanzan unos a otros. Acciones dignas de aquellos que escalan posiciones adulando a falta de méritos. Exagerando la nota, Marcela podía festejar algunos de los chistes del gordo, es decir, coquetearle un poco, pero: “eso sí que no, eso que estás pensando, Martín, ni de vaina. Ni que tu amistad esté de por medio, te lo juro como me llamo Marcela Díaz”. Ya le trastabillaba la lengua, el whisky estaba haciendo efecto fulminante y me di cuenta que nos pasamos la hora del almuerzo. Llamé a Pablo y con la carta frente a nuestros ojos pedimos chistorras, champiñones al ajillo, jamón serrano y queso manchego. Esta reunión me iba a costar la mitad del dinero que me había dado el gordo Wilmer, la víspera, pensé.

–Ufff, ahora eres millonario, Martín –se mofó de mi caballeridad.

–Después de ese sí, amor querido, te lo mereces todo, pide lo que quieras y te lo concedo como el genio aquel de ¿Alí Babá?... –soltó la carcajada. Ni sabía quién era ese señor, pero preguntó.

–¿Quién?

–El árabe que descubrió la puerta automática y la patentó gracias a que tenía una banda de cuarenta ladrones –igual no entendió, pero se conformó con la explicación.

5

Culminamos el paseo artístico y Márgaret brillaba como una diosa. Lucía espléndida, reposada y yo, por el contrario, no encontraba la manera de volver al pasado reciente. Tomamos asiento y “pasó un ángel”, ese silencio en que no se sabe qué decir, y se me ocurrió pedirle ir a la biblioteca con el argumento de que me ilustrara, entre libros, sobre el valor de los mismos, y los ojos, le volvieron a brillar.

–Claro, no se diga más. Pero antes pasemos por la cocina a desayunar –no dijo pasemos al comedor, y al llegar entendí el porqué de la invitación a la cocina.

Las inmensas puertas de vidrio permitían delirar con aquel Edén que ni el de Adán y Eva. Creí estar en pleno Jardín Botánico sin el rugir escandaloso de los automóviles a velocidad por la autopista aledaña. Si es que existía el Paraíso, ese era el Paraíso y yo, con la pinta que cargaba, estaba fuera de contexto en ese oasis. Las aves del Edén huyeron despavoridas ante mi presencia, solo me faltaba estar cogido de un palo con la paja saliéndome por las

mangas del saco. De seguro era la mejor versión de un espanta pájaros ambulante. Qué horror, me dije, al verme reflejado en los cristales de la puerta, que permanecía abierta de par en par a la espera de mi completa vergüenza. Al interior, María, la jefa de la cocina, montaba la mesa y el olor del café se colaba por los aires como reconstituyente milagroso para mi resaca.

–Estas se llaman bromelias, es una planta de una belleza sinigual hermafrodita –anoté de inmediato: “hermafrodita”.

–Deben ser de naturaleza griega ¿no? –soltó la carcajada, pero no en son de burla, más bien su gesto fue el de alguien que se ríe de un buen chiste.

–No, estas son originarias del continente y crecen sobre piedras, árboles, cactus. No pertenecen al tipo de las parasitarias porque absorben la humedad y sus nutrientes del aire y no del huésped que les da cobijo. –Anoté “parásitarias”, porque me vino a la mente, el cubiche arrogante de la estatal petrolera.

–Esta otra es una variedad extraordinaria ¿sabe?, la rosa azul. Creada genéticamente por los japoneses en 2004 y para el 2009 ya la tenían en exposición. Antes, las pintaban y eran de uso ornamental.

–Ya veo, yo realmente solo conocía las blancas de los funerales, las rojas, las amarillas y unas que otras rosadas o medio anaranjadas...no sé...

–Sí, claro, las típicas.

–Y cómo mantiene esto, tan bien cuidado –fue una pregunta estúpida– pero ya no podía echarme atrás.

–Lo hago personalmente, igual tengo un jardinero de confianza que viene una vez por semana –anoté jardinero semanal y entre

corchetes puse, posible sospechoso.

—Como verá, este espacio está reservado para las rosas y sus distintos colores, a propósito, ¿conoces el significado de los colores? —me gustó que me tuteara.

—El azul representa los milagros, el rojo simboliza el amor y la pasión. El rosa encarna la tolerancia, el respeto, la gratitud, la admiración, la condolencia y la ternura. El blanco, aparte de lo ya mencionado con sus funerales también personifica inocencia, pureza; mientras que el amarillo abre un camino a la tristeza, es el amor que desaparece por obra de la envidia, los celos y los egos miserables... Bueno, dejemos todo hasta aquí. Venga, venga, cambiemos de ambiente, le voy a mostrar el recinto de las flores. Esta parte me encanta y es el lugar preferido de los colibrís. Conoce el término zoofilia, ¿verdad?...

—Claro es la...—María me interrumpió porque ya estaba listo el desayuno, y me quedé con la respuesta en la boca. Me habría gustado contarle a Márgaret de una de mis detenciones tiempo atrás. Una vecina puso una denuncia por maltrato animal, hastiada de ver a un perverso de la cuadra satisfacer sus bajos instintos con los animales callejeros y... pero ante el olor de aquella mesa, dejé la historia en suspenso para otra ocasión. Asuntos tan asquerosos como la denuncia de aquella vecina, no deben mencionarse en medio de una comida, a menos que te llames Marcela Díaz. Por otra parte, di gracias al llamado de María para el desayuno. Sin saberlo ella evitó que Márgaret continuara el paseo por el valle del Edén. A mí todo me parecía hermoso en su conjunto, pero eso de los detalles, no era lo mío. Entendí su amor por las rosas, pero en lo que a mi concernía todas simbolizaban algún tipo de funeral, el azul para los millonarios, el blanco para los pobres, el rojo para comunistas y el rosado para maricones. Fuesen del color que fuesen, en los velorios me impregnaban el

cuerpo de un olor espantoso que me duraba semanas. Observé el reloj. Eran las 9.30.

–Vamos –exclamó, y me tomó por el brazo para ir hacia la cocina, como a propósito, pensé, para que viera, de nuevo, lo desaliñado que me encontraba, pero resultó todo lo contrario, a su lado, la sombra o la luz produjo un milagro.

–Mire que bien le sentó el paseo por el jardín –y ambos observamos nuestras imágenes en la cubierta cristalina de las puertas abiertas de par en par.

–El vivo ejemplo de que el traje no hace al monje. –Y no le resté razón, mi imagen era otra por gracias divina.

La mesa estaba bien dispuesta: jugo de naranjas y jugo de guayabas, quesos variados, frutas, una torta pequeña, una tetera, una cafetera grande y una mediana del mismo material y diseño de la pequeña con la que fui servido en la biblioteca, una con el café negro especial y la otra con leche. Dos bandejas con rebanadas de quesos diversos y jamón, estaban dispuestas en el centro de la mesa y, a su lado, una montaña de cachitos que ella llamó “crosan”. María preguntó que cómo queríamos los huevos y antes de que yo le respondiera que fritos al 100%, Margaret intervino:

–Poché, María, por favor –y pensé, en un principio, que la palabra era como un llamado de atención a la chica de servicio en algún idioma desconocido, para que no siguiera interrumpiendo nuestra conversa y cuando iba a agregar: “fritos para mí”, María se retiraba complacida. Anoté “puché”. La sentí como una palabra dura y pensé que, en algún momento de arrogancia, me podría servir para un interrogatorio: “Puuu-che”, dicho despacio con media pausa, para darle confianza al interrogado o bien: ¡Puché!, con un golpe fuerte en la mesa, para que el interrogado entrara en

pánico. Márgaret no dejó de cultivarme, digamos, textualmente, sobre las bondades de un jardín como el suyo y continuó...

–Las flores son unas plantas maravillosas y de gran importancia para los seres humanos. Martín –el Martín fue música para mis oídos–. A través de la historia y de las diferentes culturas, ellas siempre han tenido un lugar en la vida de las personas, bien por su belleza, bien por su simbolismo o por su energía. O como se dice hoy en día: por su buena vibra...

–Listo, señora –era María quien nos interrumpía de nuevo y yo pensé “ya la van a puchar otra vez por entrometida”. Llegaba a nuestra mesa con dos platos blancos alargados hacia los polos y abultados en el ecuador, que colocó frente a nosotros.

–Esto se ve muy exquisito, Márgaret, gracias por la invitación.

–Sí, María en la cocina es toda una profesional. Ya lo verá cuando pruebe los poché –entonces caí en cuenta de que con esa palabra nunca podría asustar a nadie obligándolo a cocinar un par de huevos al vapor, muy bien acomodaditos sobre unas rodajas de pan tostado, en pleno interrogatorio.

6

La Policía Judicial se mantuvo incólume hasta el año 2000, luego fue decreciendo con la aprobación del “Nuevo código procesal penal” que le restaba potestad para investigar crímenes y se los otorgaba a la fiscalía. Un defensor de esa postura fue el Fiscal General Interino, impuesto por la presidencia de la república para el momento. En principio no era una mala idea, hasta que se dieron cuenta que los fiscales no estaban listos para llevar a cabo investigaciones criminales, y mucho menos para interrogatorios,

ni para reunir las pruebas o escoger evidencias en la escena del crimen. Lo peor vino más tarde, cuando se facultó a la Guardia Nacional para ejercer también investigaciones en esta índole. Años de esfuerzo y preparación criminal se iban por el retrete de la improvisación. Todo lo construido, desaparecía de un plumazo. Lo mismo que ocurriría un par de años más tarde con los gerentes de la estatal petrolera. Pero “el palo cochinerero” se le asestó a la institución en el año 2003, cuando le cambiaron las siglas por algo que nadie nunca logró descifra. Por ello los agentes se presentaban como “de la criminalística” y listo, aunque el nombre le quedaba grande ante los hechos en los diez años consecutivos, luego del cambio que se le hizo a la institución. En fin, el organismo terminó siendo un apéndice de lo que se decidía en las altas cúpulas del poder. El gordo Wilmer era el mejor ejemplo hoy en día de aquellas decisiones que se tomaron al voleo. Durante el decenio que siguió, los casos amañados abundaron, pero valga la pena citar quizás los más sonados como: el secuestro y asesinato del industrial Filippo Sindoni, el secuestro y muerte de los muchachos Fadúl, el caso de Abraham García Hernández, alias “el estrangulador de Caricuao”; el crimen del diputado Serra, el del actor Yanis Chimaras, el del periodista Javier García, el crimen cometido por el rector de la UCV, Edmundo Chirinos, el de la actriz Mónica Spear, el asesinato de Eliézer Otaiza y el del Fiscal Danilo Ánderon, por solo mencionar algunos pocos de muchos otros. Esa fue y es, hasta ahora, la nueva organización anticriminal con la que contaba el país. Afortunadamente, para ese momento, me habían jubilado ajuro.

Con Marcela había acordado no reunirnos, ni por casualidad en el Vesubio, aunque eso significaba que se iban a elevar mis gastos

en efectivo, pues con Iginio y Pablo siempre existía la posibilidad de un crédito, incluso a largo plazo. Ya a Iginio le habían dado el alta y sin pensarlo mucho se fue a trabajar como siempre lo había hecho. Su condición no era tan delicada como se pensó al principio, de modo que, en el momento menos esperado por Pablo, se presentó en el local y lo encontró con una borrachera de santa luz que te apagaste. Lo mandó a su casa en un taxi cuando apenas iniciaba el trabajo a la 1.30 de la tarde. En la cocina todos estaban atareando, como los buenos, y los tres meseros del salón hacían la rutina de siempre: prestar atención exclusiva a la clientela de años. Unos pocos minutos antes y me hubiera tropezado con el borrachito de Pablo. Entré y me fui directo a la barra a la espera del gordo Wilmer con quien me había citado para sacarle más de dinero a costa de lo último que había investigado. Apenas tomé asiento en la barra, Iginio se acercaba para saludar estrechando manos y le pregunté si se había encomendado a Dios en ese momento que sufrió la angina de pecho.

—Ostia, chaval, que Dios ni que nada, anda a que te den puel culo. No sabes que soy republicano y ateo. Soy bisnieto de bisabuelos republicano, nieto de republicanos y de padres más republicanos que yo mismo, anda que todavía te falta mucha cultura para que entiendas de qué mierda hablo.

—Imagino que te refieres a la guerra civil española, claro —lo dije sin pensarlo, tal como si hablara de las recientes manifestaciones en plena autopista que habían dejado heridos y muertos sin que se abrieran los respectivos expedientes por parte de la fiscalía.

—No tienes ni puta idea —la puerta se abrió y entró una tromba de aire caliente que parecía empujar al gordo Wilmer hasta la barra como si viniese con el diablo pegado al culo.

–Y hablando de culos. Mira quien llega –proclamó Iginio con cierto desagrado.

–¿Y éste gallego está vivo? –fue el saludo del gordo, con su impertinencia de siempre, aunque el chiste no estuvo malo, en esta oportunidad.

–Vivito y “culeando”, gordo, no te descuides que te conozco, eh.

Pedí que le sirviera un trago al gordo de la botella que reservé a su cuenta. Una vez más me lo iba a chulear completo. Con Iginio sirviendo en la barra, los tragos por la casa no existían, ni aun siendo uno su amigo del alma. Con Pablo, la cosa era distinta, afortunadamente contaba con el gordo Wilmer para que cubriera todos los gastos. Iginio colocó otro par de vasos con hielo picado, aunque yo pedí con hielo entero, pero en el Vesubio se hacía lo que a él le saliera de las pelotas. Claro, como buen catalán, tolerante, democrático e independentista.

–Cómo va mi investigación –se atribuyó el crédito de mi trabajo hasta el momento, como si fuese él quien manejaba los hilos. Tenía una pose de Gil Grissom, el célebre protagonista de CSI que ni en sus mejores tiempos y me observaba con los ojos entrecerrados, como si le molestara la luz, recostado con el codo sobre la barra y la mandíbula apoyada sobre su mano derecha, pero interpreté que se trataba de una pose para dárselas de importante. “Qué se creará este gordo de mierda”, pensé.

–Ja n’hi ha prou!... Brètol –soltó Iginio la frase con un ademán de la mano que culminó con la servilleta de tela sobre su hombro, y se fue al extremo de la barra para continuar su trabajo, dejándome en ascuas con la expresión. Imaginé que estaba dirigida al gordo, quien, por supuesto, ni notó el desaire, si es que aquella frase era un desaire.

–Dime, cuéntame, qué nuevas me traes, quién o quiénes están implicados, cuando me entregas algún resultado, cómo van tus pesquisas, donde has estado metido, por qué no te has reportado... Eran muchas interrogantes.

–Ya, ya, tranquilízate gordo, que la cosa cada vez se complica más...

–Cómo es eso. Qué se complica más, si era una vaina sencilla, tú solo debías confirmar lo que yo ya te había mostrado y listo, no tenías que meterte en honduras, bastaba con lo que me contaste la última vez que nos vimos, no me gustó eso de irte a encarar con la gente de la estatal petrolera, no te me vuelvas loco, que no eres Mike Hammer, coño.

Terminó sudando copiosamente, estaba airado, lucía como si quisiera golpearme y en cada intento de darle una explicación me callaba con un “no me digas nada” y estiraba sus brazos hacia mí como aspas de ventilador, de modo que opté por beber un par de tragos en silencio, mientras el gordo calmaba su ira bebiendo todo el whisky como si fuese agua, para de inmediato llamar a Iginio con voz de mando, lo que irritó al dependiente quien desde la esquina le gritó:

–A la mierda, hombre...

–Vamos a una mesa para hablar con calma y pide la botella –me dijo aún mal encarado.

–Y este gallego de mierda que se vaya a lamer culos a su país.

–Es de Cataluña –le aclaré por lo bajito.

–¿Y qué dije yo, pues? Acaso los gallegos no son de Cataluña, España...

—Mejor estate tranquilo, porque te van a escupir el whisky.

Nos dirigimos a una mesa al fondo, alejados de otros parroquianos que compartían tapas y tragos y tomamos asiento.

—Coño, Martín, no me dijiste la vez pasada que ya todo estaba resuelto...

—De verdad, ¿te dije eso? —con razón el gordo comió como una bestia en esa última reunión, brindó como los pobres del barrio cuando ganaban la lotería y salió contentísimo dando buena propina. Yo a estas alturas, ignoraba qué le había contado esa tarde, pero no podía confesar que cualquier cosa que haya inventado o dicho, dicho, pero no inventado había sido producto de la pea que cargaba a cuenta de su cuenta.

—Sí, te confieso que todo estaba resuelto, pero surgió algo que no podemos dejar pasar a última hora...—y lo dejé en suspenso por unos segundos— a menos que no importe estar en serios problemas.

Dejé caer la frase, salió de mi boca sin pensarlo y los ojos achicados del gordo al estilo Gil Grissom se abultaron como globos aerostáticos, a punto de saltar de sus órbitas, cosa que enlodaría nuestros vasos de whisky doce años.

—Qué, que, que. —era el sonido de una gallina clueca— qué me dices, Martín, yo —le temblaba la mandíbula; eso sucede con los interrogados cuando dudan entre confesar o permanecer callados—. Yo no he hecho nada, solo he seguido las reglas, lo que me dicen, Martín, no sé nada de nada, qué lío, ni que lío.

Se secaba el sudor de la frente con las manos y extraje un puño de servilletas del dispensador, casi el paquete completo, pero no paraba de mojarse como si estuviese bajo una regadera, el cuello de la camisa, blanco a su llegada, y las axilas, comenzaron a aga-

rrar una tonalidad amarillenta y me acordé de los colores y sus significados: “el amarillo abre un camino a la tristeza, es el amor que desaparece por la envidia, los celos y *los egos miserables...*” Iba a anotar egos miserables, pero no me atreví a sacar la libreta delante de él.

–Martín, tú eres mi amigo, ¿verdad? Averigua en qué lío me están metiendo...te lo voy a agradecer, hermano mío, te pago con creces, ya sabes, lo que necesites, solo pídemelo, hermano, yo sé que puedo contar contigo siempre, personas como tú no se encuentran hoy en día.

Ahora lo tenía tomado de las bolas, no me imaginé que esa simple frase, al voleo, me resultara tan propicia, tan adecuada y conveniente para mis propósitos. Del resto se encargaría Marcela, ahora le tocaba a ella jugar su juego. Se la había puesto “bombita” y seguro la batearía de home run. Tenía que tomar nota de la frase por lo tanto dije que iba a baño y allí pude sacar la libreta y escribir: “en qué lío me están metiendo”. Era una precaución, pues el whisky pasa suave y olvidas las penas, pero también olvidas otras cosas más importantes que no son las penas.

–Y ¿por dónde anda Pablo? que te voy a pedir otra botella, pero no se la pediré a ese... ¿cómo fue que me dijiste? cataclismo, catajarra...

–Tranquilo, gordo, yo la pido –y me acerqué hasta la barra.

–Iginio dame otra botella de Eti...–no terminé de pronunciar la palabra cuando el gordo gritaba.

–Y que sea de 18 años. Que ese es mi hermano y todo lo que él quiera anótalo a mi cuenta. Amigo “catalustre”. –Como si el dependiente no supiera que todo corría a su cuenta igual, aunque lo sorprendió la generosidad con la que el gordo se engalanó al

pedir Etiqueta 18 años.

–¡Putá madre!

Regresé a la mesa como quien se siente victorioso en la batalla, deber cumplido. Pensé: “A este gordo le saco hasta los interiores, cuando logre descubrir el hueco en que anda metido”.

–Brindo por ti –recién el mesero nos había servido y el gordo, que ya no era gordo sino delgado y algo más ágil, se levantó de la mesa y luego de abrazarme con fervor, chocamos vasos.

–Y por la gran amistad que nos une –agregué yo de “jala bolas”.

–Ahora dime, Martín, de dónde surgió mi nombre.

–Primero, necesito que aclares lo que no me has aclarado, de modo que comienza por aclararme las cosas que no están claras en el paupérrimo sumario que me entregaste.

–Como cuales, por ejemplo –se puso en guardia, pero no creo que haya notado que yo no tenía nada entre manos y solamente intentaba enredarlo en una telaraña de preguntas sin respuestas.

–Mira, Martín, la orden de dejar todo hasta donde llegó la investigación, vino del mismísimo ministro.

–El de abastecimiento.

–Nooo que va, el de justicia, ese mismito. Y que iba hacer yo, pues lo de siempre, Martín, engavetar el caso hasta nuevo aviso. No ves que ellos guardan todo para después usarlo como arma política cuando les conviene. No es que te dicen de una, “Oye gordo, cierra ese caso ya”, no, nada de eso, más bien te sugieren que lo guardes, que lo mantengas vivo, pero como si estuviera muerto.

–¡Perro! Ahora sí que se nos subió la gata a la batea.

–Eso dije yo, pero resulta que la viuda también tiene sus contactos, y tú sabes o te habrás dado cuenta que estos millonarios tienen amigos en todos lados, hasta en la Conchinchina. Y por donde viene reventando la cabuya, pues por el lado más delgado, por este que está aquí.

–Te entiendo, ya veré por donde le entro a lo del ministro y luego te pongo al tanto.

–Ahora cuéntame todo, dónde carajo estoy pisando –en realidad no tenía nada que pudiera tranquilizarlo puras deducciones, conjeturas, especulaciones, pero tenía que sacar algo de la manga del saco y solo se me ocurrió...

–Estás hasta el cuello –su rostro se puso tan blanco que parecía formar parte del mantel sobre la mesa, y a punto de desmayarse, agregué –pero ya tengo la manera de sacarte del hoyo –empezó a coger color, de blanco difunto pasó a rosado maricón, y de rosa maricón a rojo comunista, que era su tez natural.

–Por eso era importante esta reunión. Cuando vi hacia donde me conducía la investigación, me dije: “no le echés esa vaina al gordo, Martín”.

–Gracias, Martín, de verdad te lo agradezco y te voy a filtrar esta perla –miró a los lados como para asegurarse de que nadie no podía oír. Se acercó a mí y en voz baja sugirió– toca, como quien no quiere la cosa, a monseñor Aguilera.

–Quiero que hagas algo por mí, ya que no tengo acceso –en realidad lo tenía, pero en ello no quería involucrar a Marcela. Si la descubrían curioseando perdería mi caballo de Troya.

–Lo que digas, Martín.

—Averíguame quien está abonado a este número de celular. He llamado pero la grabación dice que el suscriptor no existe y, si de algo estoy seguro, es que los muertos no escriben mensajes amenazando.

Lo que vino después fue una bacanal y yo pensaba en lo que se perdía Marcela, Marcela que no podía estar aquí por razones obvias, Marcela que estando aquí podía sacarle más información al gordo Wilmer a costa de lo contento que estaba, Marcela quien por momento me hacía mucha falta; Marcela... ¿por qué estoy pensando tanto en ti?

8

Trabajar a dúo como si no estuviésemos trabajando a dúo dio buenos resultados. Lo que el gordo no me confesaba a mí, se lo revelaba a Marcela y luego atábamos los cabos. En dos semanas, Marcela había logrado entusiasmar al gordo más de lo imaginado y lo tenía como pajarito en grama. Apenas le costó una sonrisa de pasillo; ese gesto fue más que suficiente para hacerlo babear como perro ante una golosina. Se lo metió en el bolsillo. Y de ese bolsillo salió un informe de la morgue más convincente que el que me había dado cuando yo iniciaba la investigación. Marcela por su lado, también consiguió información valiosa sobre monseñor Aguilera usando Thor, la red oscura. Uno de los tantos hackers vinculados a Thor, había logrado entrar en varias cuentas del Vaticano y las puso a disposición para negociantes, políticos, estafadores internacionales, traficantes de armas, y narco-trafficantes. De ello me contaría al encontrarnos como habíamos quedado, dos o tres veces por semana lejos del Vesubio. Yo la invitaba a almorzar y entonces intercambiábamos información. Hasta ahora yo había logrado copiar un número telefónico que nos

condujo a un tal Alfonso Mercader, gracias al gordo Wilmer, y sobre el mismo iniciamos un seguimiento. Fue una mera casualidad el hecho de que yo me encontrara en casa de Margaret, cuando Matilda bajaba a toda prisa por las escaleras luego de leer un mensaje en la pantalla de su celular. Lucía aterrorizada, y no era para menos.

–¡Mamá, ¡mamá! –fuimos a su encuentro.

Venía con el teléfono en su mano y le mostraba a Margaret lo que estaba desplegado en la pequeña pantalla. Esperé desde unos metros pensando que se trataba de algo privado, pero en segundos, Margaret pedía que me acercara.

–Mire, lea... –leí: “dile a la mima tuya y al verraco de detective que se cree Pinky cerebro que no continúen hurgando sobre la muerte de tu padre o habrá serias consecuencias”.

Dos palabras no me sonaron: “mima” y “verraco”. Ambas mujeres estaban asustadas y las calmé como mejor pude, les dije que no se lo tomaran a pecho, así que traté de averiguar quién enviaba el mensaje y desde mi celular marqué el número, pero solo obtuve una grabación detallando que el mismo no se encontraba asignado a algún suscriptor. Me despedí dejándolas atribuladas, y al salir quise asegurarme de que no hubiese algún automóvil que no encajase con el entorno y encontré uno, el mío. Observé el reloj y faltaba poco para el mediodía. Alguien tenía que pagar el almuerzo y los tragos, de modo que llamé al gordo Wilmer.

las lágrimas y cuando nuestras miradas coincidían las carcajadas afloraban de nuevo.

—Definitivamente eres un personaje de película, Martín. Pareces un amargado, pero nada más lejos de serlo —le había pedido vernos en la Posada de Cervantes y al encender el Lada me había acordado del libro de Don Quijote bien ubicado en un lugar de honor en la biblioteca de Ferni. Era nuestra segunda semana de encuentros luego del plan prefabricado en el Vesubio. Para ese momento ya teníamos ubicado al tal Alfonso Mercader: “oye tú, asere” y Marcela volvió a soltar la carcajada.

—Y estos se consideran a la altura de la CIA —lo decía riendo— del MI5 o del MOSSAD. Este G2 cubano no sirve pa una mielda —y volvíamos a reír.

Reíamos como poseídos, por fortuna a esa hora del día, el piso superior de la taberna se encontraba sin un alma, uno de los meseros subía de vez en vez para servirnos. Pedí un par de Etiquetas por trago; luego con la comida quería impresionar a Marcela con una botella de vino.

—¿Cómo es la vaina que escribió?... “Dile a la mima y al verraco...”—y de nuevo las risas.

Wilmer había hecho bien su trabajo descubriendo al suscriptor del número telefónico que yo le había dado. No le quise adelantar mis sospechas de que se trataba de un cubiche, porque el gordo, en realidad, era muy cobarde y de oler que yo sospechaba de unos cubanos de “mielda” del G2, se hubiera echado para atrás sin pensarlo. Para nuestra fortuna solo descubrió al suscriptor y como nunca le dije que estaba ligado a la investigación, se despreocupó por averiguar quién era el personaje. Marcela sí lo hizo, apenas le di las señas. Mercader era o se hacía pasar por periodista de Prensa Latina que es una especie de nicho de espías cubanos a nivel

mundial. La sede central se encuentra en la Habana. En su página web afirma contar con corresponsales permanentes en 31 países con decenas de “colaboradores ad honorem”. “Fue fundada el 16 de junio de 1959, por iniciativa de Fidel Castro y de Ernesto Che Guevara y contó con apoyo del periodista argentino Jorge Ricardo Masetti, quien fue su primer director general. Los primeros periodistas contratados de renombre, entre otros no menos importantes fueron, Gabriel García Márquez, alto conocido por ganar el Nobel de literatura en 1982, Rodolfo Walsh, miembro de la organización guerrillera FAP y quien escribió en octubre de 1976 y enero de 1977 cuatro documentos internos de la organización Montoneros, conocidos como “Los papeles de Walsh”, en los que criticaba el alejamiento del peronismo con respecto a otras organizaciones revolucionarias. En ellos señalaba las violaciones que se estaban cometiendo de los tratados internacionales en materia de guerra. Murió asesinado en 1977 acribillado por un “grupo de tareas”, que terminó secuestrando su cuerpo y desde entonces, se le incluye en la lista de desaparecidos por el Terrorismo de Estado en Argentina. También dentro del equipo se encontraba Rogelio García Lupo de quien no se consiguió mucha información, aunque durante un tiempo fue corresponsal de diarios como El Nacional de Caracas y el Tiempo de Madrid, así como del diario Clarín de Buenos Aires. Y, en cuanto a Carlos María Gutiérrez, la ficha lo ubicaba como corresponsal del diario Le Monde entre 1967 y 1969, buena época del mayo francés. De origen uruguayo, durante su exilio colaboró con la revista “Cuestionario” editada en Buenos Aires, fue corresponsal de El País de Madrid a fines de los años 70; redactor y asesor de El Diario de Caracas que circuló desde 1979 hasta 1995. De modo que, si uno observa los lugares donde se encontraban para las fechas, solo basta atar cabos. El resto, como le diría Holmes a Watson, era evidente.

No tuve que analizar mucho el dossier que me entregaba Marcela, Mercader formaba parte de la nómina de la petrolera estatal. Luego de mi visita y de mi entrevista con el imbécil que se creía Ricky Ricardo, algo había ocurrido a lo interno de la institución. Se prendieron las alarmas y se inició una especie de persecución, de la cual yo no me había percatado, que los llevó hasta la mansión de Margaret. Yo había sido un idiota al no darme cuenta que me seguían desde entonces. Años de experiencia y había dejado pasar aquella visita sin pensar que había generado “roncha” al presentarme como detective privado frente al cubiche. De allí los dos personajes que me habían seguido hasta el Lada, a las afueras de la empresa en La Campiña. Claro que me habían rastreado, para eso están las motos y, si son de alta cilindrada mejor, pueden encontrarte en minutos cuando vas conduciendo el único Lada que existe en el país, y no es nada descartable que sus conductores también puedan asesinar a alguien en plena vía, impunemente. Conmigo no les hacía falta colocarme un aparato rastreador en el vehículo, yo era como una bandera fosforescente. Esos tíos deben odiar un Lada luego de moverse por todo el país en Toyotas blindadas todo terreno y último modelo, por lo que el odio, la inquina y el resentimiento, tenían que ser el doble. Ese cajón gris emparchado por los laterales con mastique, les hacía recordar que el regreso a la isla era como volver en el túnel del tiempo al siglo XIX. Pero ahora, Marcela y yo estábamos a la delantera y ellos eran los imbéciles al creer que yo era el imbécil más imbécil de todos los detectives privados imbéciles que habían sido jubilados de la Central detectivesca por unos imbéciles que siguen viviendo el cuento de la guerra fría.

—Y cómo te va con los piropos del gordo —abrí un paréntesis.

—Qué, estás celoso, Martín.

—¡Por favor!...

–Mira que el gordo tiene lo suyo. Yo, por arrogante, no lo había notado, pero...

–No me vengas con el cuento de que ahora el gordo no te cae gordo...

–Celos, malditos celos, porque me matan si no hay razón –parafraseo el viejo bolero de Felipe Pirela y no me quedó más remedio que aceptar que algo me estaba pasando. Entonces regresé a lo nuestro, luego de soltar un soplido de espiche de llantas con un gesto de “y qué me importa”. Pedí la carta y ambos decidimos compartir platos.

Sugirió el bacalao y se anotó los langostinos para ella

–¿Te parece bien así? –y pensé: “cuando invites a una chica a un restaurante, no permitas que revise el menú porque ten por seguro que va por el plato más caro. Por fortuna se habían terminado las langostas”.

–Bueno, pero ni tanto, el gordo sigue y seguirá siendo un... ¿cómo es la palabra cubana... verraco?, aunque creo que siento lástima por él. No ha sido precisamente un tío con suerte en la vida.

–¡Ay! no me vengas con el cuento de que el gordo ahora el flaco Wilmer es un angelito, un bebé de pecho. Un desafortunado en la vida. ¡Un perro! eso es lo que es en realidad, ¡un perro! Tal cual como lo oyes. Un corrupto y corruptor de policías, espero no vayas a caer en sus redes, porque el gordo es como una tarántula venenosa y fui, éste que ves aquí, el mejor ejemplo de su maledicencia y tú lo sabes muy bien.

–Bueno, bueno, tranquilo, Martín que nadie está afirmando aquí que el gordo Wilmer es un dechado de virtudes, ¡no me jodas! que

vamos bien y no me eches a perder la velada.

Tenía razón, estuve a punto de meter las cuatro patas y el talón como era la letra de aquella canción mejicana que una vez se la escuché a Pedro Infante. Manuela sí era un dechado de virtudes, un ejemplo de fidelidad a toda prueba, un ser incorruptible, honorable, “pobre, pero honrada” y me eché a reír para mis adentros con esta última frase. Wilmer quería ascender a comisario y en el medio de su ascenso me encontraba yo. Era mi asistente y tenía la habilidad de pasar desapercibido, pero estando continuamente como una sombra detrás de ti. Donde menos lo esperabas, podías tropezarte con él. Era el típico espía que escucha tras las puertas, intrigante como nadie más. Experto en enmarañarlo todo, sin aclarar nada. A estos seres hay que tenerles miedo, pero lo subestimé más de la cuenta, aunque siempre he sospechado de todo aquel ser que te coloca la silla antes de que el culo decida sentarse. Armó toda una trama para que me jubilaran a destiempo, algo que desde el ministerio no se atrevían a hacer porque no existía alguien en toda la institución que pudiera sustituirme en el departamento de criminalística. Era imprescindible y aún la revolución no había formado funcionarios en esa área. Los investigadores nuevos y malos vegetaban en sus oficinas y los antiguos, buenos en lo que hacían, se habían marchado una vez que vieron hacia dónde se dirigía la institución. Muchos huyeron al extranjero y otros terminaron en las grandes transnacionales que aún quedaban en el país con altos cargos en las oficinas de seguridad. Yo había sido bien entrenado por Armando Guillén y todos sabían quién había sido Armando Guillén. “Van a venir por ti algún día, pero no se la pongas fácil”. Y así lo hice durante los primeros diez años, y, como hizo Guillén, guardé documentos, clasifiqué información y convertí mi cerebro en un archivo. Sigo siendo una piedra en el zapato. Aún no saben, y esto me mantiene vivo, que soy el único en toda la institución que conoce quienes

son los culpables de los casos más sonados que la prensa reseña durante estos diez años. Ni siquiera Marcela está al corriente de todo el archivo que guardo en la nube a fuerza de claves que debo cambiar cada cierto tiempo, y seguiré cambiando. Esto gracias al hijo de Guillén, un muchachote especializado en software, un nerd que encriptó a pedido de su padre toda la verdad que algún día, el menos esperado, saldrá a la luz. Y entonces: a Dios luz que te apagaste.

Ver a Marcela trabajando juntos en busca de una verdad oculta, me llevó a reflexionar acerca de un relevo. Ella reunía todas las cualidades necesarias, pero yo, aún temía, la experiencia con el gordo Wilmer, un chico simplón que parecía incapaz de matar a una mosca, me detenía. No lograba confiar en nadie y entre palos y tragos, me cuidaba de jamás mencionar, ni hablar sobre esos casos. Llegaron los platos y entonces pedí la botella de vino. No sabía nada de añadas, ni de uvas, ni de cepas, ni de nombres como Carmenere, Sirah, Merlot, Malbec, Pinot Noir, pero Iginio se hizo cargo de ilustrarme y como estudiante suelo ser el mejor.

—Tráenos el Carmenere blanco, por favor —y de reojo miré el rostro de Marcela que se alumbró como un arbolito de navidad.

—¡Dios! —fue lo que escuché. Lo dijo muy bajito, casi susurrando, como para no dar pena o para no demostrar tanta inocencia.

No dijo palabra y no sabía si comenzar a comerse los langostinos o esperar la llegada del vino. Yo sí probé el bacalao al pil pil. Era como si hubiese subido al cielo. Y pensar que de niño odiaba la Emulsión de Scott. Llegó la botella y el mesero preguntó que quien lo cataría. Yo iba a señalarla, pero ella me ganó de mano y dijo:

—Él...

Hice lo recomendado por Iginio. Primero, tomé el corcho entre mis dedos y me lo llevé a la nariz. Olí con los ojos cerrados y en realidad no sé si estaba haciendo el ridículo ante el camarero, pero, de seguro, no lo hacía delante de Marcela. Aspiré suavemente y aunque no olí nada, dije: “buena añada”. Luego removí circularmente la copa, metí la nariz dentro de ella y finalmente probé algo que me sabía a vino y dije: “excelente”. El hombre sirvió las dos copas y nos dejó la botella en el centro de la mesa.

No fue suficiente con ambos platos. Compartí con Marcela el Bacalao y confesó que nunca había comido “esa variedad de pescado”. Yo, ni de vaina, le dije lo mismo. Pero atento a las instrucciones de mi amigo Iginio, le comenté que, acerca del vino, el Carmenere era una cepa francesa de Burdeos.

–El nombre de Carmenere proviene de la palabra francesa carmín, en referencia al color. Y, ¿sabes que simboliza el color carmín? –Yo no tenía ni idea, pero se me ocurrió que podía asemejarlo a las rosas rojas de Márgaret– “amor y pasión”.

Para completar la velada cerramos con una ración de jamón serano y queso manchego. Finalmente le sugerí la crema catalana como postre. Ya satisfechos volvimos con el Etiqueta. Dirigí la mirada al reloj de pulsera. Ya estaba oscureciendo.

El resto de lo ocurrido en la Posada de Cervantes con Don Quijote y Sancho Panza, en la fila delantera con quienes estuve discutiendo toda la noche, en un sueño perturbador de ritos haitianos, entremezclado con deja vú, María Lionza, Yemanyá y Obatalá, no lo recuerdo, pero nada malo debe haber sucedido en el restaurante. Giré mi cuerpo desnudo y a mi lado había otro cuerpo, tan desnudo como el mío. Lo toqué y estaba vivo. No se trataba de un cadáver.

–Buenos días, ¿podría hablar con el señor Alfonso Mercader? –
Me encontraba en la recepción de la estatal petrolera. La chica de
la recepción me atendía con la amabilidad de una azafata cuando
se viaja en primera clase.

–En cuál departamento trabaja, el señor Mercader.

–En el de seguridad.

–Déjeme ver –tecleó en la computadora, revisó si el nombre
aparecía entre los miembros de esa oficina y luego tomó el
teléfono y marcó un número. Ya para mí era suficiente. Lograba
comprobar que mi personaje era personal de la institución, aunque
no supiese el rango que poseía en la misma.

Cuando al otro lado de la línea le respondieron, ella preguntó
por el funcionario y agregó que lo solicitaban en recepción. Deben
haberle inquirido sobre la persona que deseaba verlo porque se
dirigió a mí.

–¿Su nombre es?

–Martín, Martín Zanabria –y me vino a la mente el cubano y su
mal chiste sobre el agente 007.

Acto seguido, me pidió la documentación, anotó los datos en la
computadora y me extendió un pase para que lo enganchara en un
lugar visible de mi vestimenta.

–Piso 6, oficina 62-01. Derecho por el pasillo y tome el segundo
ascensor

–Sí, ya la conozco gracias.

Al traspasar la puerta de “polivinil”, un químico utilizado en la

mayoría de las puertas de seguridad, me encontré de frente con la secretaria mal encarada de mi última visita, ahora más amable que antes. Tanto que, luego de pedirme tomar asiento, preguntó si deseaba una taza de café o de té. Era la tercera vez que pedía una cita con el funcionario y finalmente se me concedía, las dos anteriores fueron de excusas; en la primera se encontraba en una reunión de “suma importancia” y en la segunda la recepcionista, luego del protocolo, me respondió que Mercader estaba de permiso o día libre. Creo que tenían claro que yo iba a insistir e imagino que una vez que sopesaron los “pros y los contras”, decidieron por lo que más les convenía: averiguar que sabía yo de lo que ellos sabían, o, mejor dicho, qué sabían ellos que yo sabía que ellos sabían. O más complicado aún; que sabía yo de ellos, sin que ellos supieran que yo sabía lo que ellos sabían o bien qué querían saber ellos de lo que yo sabía que ellos no sabían que yo sabía. No esperé más de diez minutos para que me hicieran pasar y en el interín de pensar en tantas sapiencias acepté dos tazas de café. Culminando la segunda, la ahora simpática secretaria descolgaba el teléfono y luego de un sí, señor; como no, señor. Claro, señor, se levantaba y se dirigía a mí desde su escritorio para pedirme que la acompañara.

—Venga, por aquí, por favor —otra puerta de vidrio del mismo material que la anterior se desplegaba y recorrimos unos veinte metros de pasillo con vidrios también de polivinil a ambos lados y detrás de ellos un personal imbuido frente a las pantallas de las computadoras y otros que corrían de lado a lado como robots llevando y trayendo papeles y carpetas que otros autómatas recibían y distribuían por los escritorios y cubículos de oficinas, quizás para ser evaluados, chequeados y guardados o desechados por los androides prefabricados que tecleaban sus tableros sin descanso. La típica sala situacional que me tocó visitar como turista, si mal no recuerdo, en el año 2005, ahora mejor sofisticada,

y recordé a Marcela: “Esa es la guerra de las fake news” cuando me explicaba, cómo se usaban las redes sociales para crear los llamados falsos positivos...o negativos, o sumativos o multiplicativos, en uno de nuestros primeros encuentros...A la mierda, dije yo en esa oportunidad y Marcela soltaba la carcajada: “tan viejo y tan inocente...”

Llegamos a otra oficina y la chica abrió la puerta, una igual a las anteriores de polivinil. Al parecer en esta empresa abundaban las puertas de seguridad...y de polivinil. Asomó la cabeza, saludó, me hizo entrar y me presentó.

–Adelante, siéntese por favor –se trataba de una mesa redonda como las de un viejo restaurante chino cercano a la avenida Baralt en donde acostumbraba a ir cuando me tocaban las guardias en la oficina de identificación y extranjería. Tomé asiento rodeado de cubanos y el más anciano del grupo se presentó.

–Hola, yo soy Fidel –probablemente era hijo de padres aduladores o comunistas hasta la médula– él es Ernesto, aquel es Lenin, a su lado tiene a Federico, por acá esta Marck, al frente tienes a Stalin, al lado de Stalin tienes a León, Ramón Alfonso y Camilo. –Vaya que clase de comunistas todos estos que me ha tocado, sonreí a mi interior.

–Claro, como Alfonso Mercader, el asesino...–lo hice adrede para verles las caras y agregué... de Troski, el que conspiraba contra Stalin, si mal no recuerdo –Fidel soltó la carcajada y los otros ni un gesto.

–Que buen humor, asere, se nota que has leído sobre la historia de la URSS.

–En realidad no, apenas una vieja película que vi acerca de ese señor y a la mitad me quedé dormido.

–La próxima vez no se duerma y así se entera mejor del porqué del asesinato, ya que veo que es algo que le apasiona...–Nos quedamos mirando uno al otro. Cada quien en busca de alguna reacción que no se dio en ninguno de los dos y agregó– pues bien, cuente en qué cosa te podemos ayudar. Ya sabemos que investigas la muerte de...–lo paré en seco.

–Asesinato –aclaré.

–Sí, cierto, del asesinato del empresario Fernando Rodríguez, pero qué tenemos nosotros que ver con eso y, dígame a qué se debe tanto empeño –dejaba en claro que era el jefe del grupo y como yo lo había supuesto, se hacían los idiotas para que yo soltara la lengua sobre mis sospechas y averiguaciones, yo preferí escoger el camino paralelo, ellos a un lado y yo al otro rodando hacia una meta común.

–Estoy seguro que ni la empresa y menos alguno de ustedes tiene que ver con mi caso, solo ando en el proceso de reconstrucción del crimen y pues no me quedó otro remedio que partir desde aquí ya que este fue el lugar en que la víctima fue vista por última vez...

–Ahh ok, ahora entiendo mejor su preocupación

–Y si Ernesto Guevara, aquí presente, me hubiese, al menos, ayudado con algunas respuestas en mi primera visita, pues no habríamos ahorrado mucho tiempo y también muchos malos entendidos.

–Ya veo, ya veo, tiene usted razón, pues he nos aquí a su completa disposición –el juego comenzaba, me tocaba batear y se iniciaba el primer inning.

A todas estas, mientras yo paseaba mi vista por todos sus rostros

y todos sus rostros la paseaban por el mío los notaba risueños como diciendo, “no estás en nada Pinky cerebro, pero te vamos a seguir la corriente”. El más sonriente de todos era Mercader. Lucía como un Humphrey Bogart en “Casa Blanca” a punto de encender un Cohíba. La silla hacia atrás, una pierna cruzada y el mentón elevado. Evidente que no tenía idea del seguimiento que le había hecho Marcela, una vez que el gordo descubriera que el número de celular utilizado para amenazar a las Rodríguez le pertenecía. Ernesto, el del mal chiste sobre Bond, lucía más serio y no dejaba escapar uno solo de mis gestos. Lenin y Marck se distraían con el celular, cada uno le mostraba al otro el contenido, seguramente fotos de chicas venezolanas en trajes de baño, o a lo mejor eran pedófilos. Federico, con el lapicero, rayaba algo sobre una libreta, era evidente que no tomaba nota, sino que lo hacía para que el jefe pensara que estaba atento a cualquier dato que fuera de interés para ellos. León cabeceaba como adormilado y se despabilaba por momentos cuando su cabeza estaba a punto de darse el porrazo contra la mesa. Usaba lentes oscuros que les servían para ocultar una mirada engañosa, quizás, la típica de los embusteros; o para disimular las ojeras producto de una resaca, debido a una noche de juerga del día anterior a fuerza de mojitos. ¡Dios!, pero que digo, a fuerza de whisky 18 años. Finalmente, Camilo, un chico temeroso que jugaba con el lapicero entre sus dedos para que nadie notara el temblor de sus manos. Lo mordía y sudaba a mares como si se le hubiese elevado la tensión a pesar del aire acondicionado que estaba como caja de cristal para pingüinos, en un acuario de La Florida. Noté que era el más débil de ellos y seguramente no aguantaría cinco minutos de interrogatorio. Mirándolos, así como lo hacía, desde mi ángulo me preguntaba: ¿Qué podían saber ellos que yo no supiera? o bien, ¿qué podía saber yo que ellos necesitaran saber? “El dilema del prisionero” y más de un sospechoso.

“La policía arresta a dos sospechosos de un crimen. No hay suficientes pruebas para condenarlos y, tras haberlos separado, el fiscal encargado visita a cada uno y les propone el mismo trato. Si uno confiesa y su cómplice no, el cómplice será condenado a diez años de prisión, y el primero será liberado. Si uno calla y el cómplice confiesa, el primero recibirá la pena establecida y el cómplice será liberado. Si ambos confiesan, serán condenados a una pena reducida de seis años. Si ambos lo niegan, todo lo que podrá hacer el fiscal será encerrarlos poco tiempo por falta de pruebas...”

Imaginaba que los cubanos del G2 conocían lo relacionado con la teoría de juegos, pues tras la cortina de hierro se aplicaba rigurosamente, con la diferencia que, si uno de los prisioneros traicionaba al otro o bien ambos se ponían de acuerdo para no traicionarse, igual terminaban habitando el barrio de Hohenschönhausen, donde se encontraba la prisión de la Stacy o bien en Siberia en el caso de la URSS. En fin, ellos pichaban y yo bateaba y no me la iban a poner bombita.

—Entonces, díganos ¿hasta dónde ha llegado con el caso? —me clavaron el primer strike.

Pensé mi respuesta, si les asomaba algo, quizás obtendría una pizca de información de su parte. Si no, entonces ¿qué estaba haciendo aquí?, si el juego era precisamente dar para recibir o recibir para dar; o dar y dar de ambas partes, o bien recibir sin dar dando algo de una parte y no recibir nada por lo dado de la otra parte. También podía “jugar al guabineo”, a ver si enredaba el pastel que teníamos entre las manos entre el dar y no dar repartiendo los trozos y que cada quien sacara provecho del suyo. En ese caso yo perdía porque para aquel lado se iban siete porciones. Vaya que lío este de dar y no dar, sin dar nada.

—En realidad no he avanzado lo suficiente. Muchos obstáculos se han presentado —bola alta— por eso he venido hasta aquí, porque tengo la creencia, aunque aún no tengo pruebas suficientes, de que en este caso están involucrados funcionarios de alto rango.

—Bueno cuente con nosotros si en algo le podemos servir — abaniqué una bola baja y me cantaron strike.

—A eso me refiero, como ya saben ustedes, ahora soy detective privado y mi cliente está interesado en descubrir lo que realmente sucedió, pues hasta ahora no ha tenido respuesta de ninguno de los organismos que tienen competencia en el asunto y yo no tengo contactos en el ambiente policial —mentí a ver si con su respuesta podía llegar al menos a la segunda base.

—Por supuesto, cuente con nosotros. Trabajamos con la dirección general de Contrainteligencia. —Es decir, pensé, los brutos que se creen más inteligentes que los brutos que se consideran inteligentes de la Dirección de Inteligencia— Así que dígame a su cliente que usted va por buen camino.

¡Vaya recta!, me dije al oír la respuesta y boté la bola fuera de la cerca. Primero, me dieron el dato que necesitaba saber: trabajaban directamente con la Contrainteligencia y segundo, yo había dicho mi cliente y no mi cliente. De modo que conocían mi relación con Margaret, no así la que tenía con el gordo Wilmer, lo que me daba una ventaja, pues no suponían, con toda su contrainteligencia inteligente que yo tenía dos caballos de Troya al interior de la dirección de criminalística y uno en la Fiscalía. El juego se ponía interesante, pero hube de suspenderlo por lluvia, aunque no caía ni una gota. Lo que vino después fue relaciones públicas, tomar café mientras me contaban sobre la reunión a la cual, por supuesto, ellos no tuvieron acceso, y claro que en ella estaban personajes públicos, nadie que llamara la atención y

aparentemente no se suscitó ningún acontecimiento que ameritara la presencia de algún funcionario de su departamento. Ni siquiera como escoltas, pues todos tenían los suyos propios. Y del suceso, se habían enterado por las redes sociales.

–Y como usted bien sabrá, asere, nosotros solo nos encargamos de la seguridad muros adentro de la empresa.

La reunión la dimos por culminada con choques de manos, pero antes de irme no pude dejar pasar una de las mías; me acerqué a Mercader y como quien no quiere la cosa pregunté.

–¿Conduces una moto de alta cilindrada? –lo negó con la cabeza, pero el chico sudoroso puso una cara que me lo decía todo.

11

Informe de la morgue

La balística es una técnica que analiza el proyectil utilizado para determinar el calibre del arma con la que una víctima ha sido asesinada. De igual manera constata la correspondencia entre los casquillos y la bala. También verifica los residuos de pólvora en el fallecido. De esta manera precisa la distancia a la que fue o fueron realizados los disparos a la víctima. Yo, ahora, poseía algo mucho más tangible, gracias a la ayuda de un alumno de nuestro forense, Andrés Lozano. Lo importante habría que buscarlo cuando se capturara a los sospechosos, se recuperara el arma homicida y se hicieran las comparaciones de las estrías interiores del cañón del arma con las estrías de los proyectiles que impactaron a las víctimas. Una copia del informe me llegó por intermedio de Marcela, yo le había sugerido que averiguara quién de los forenses, si aún quedaba alguno, que trabajara en la morgue

había sido alumno o colega de Lozano. Pude haber llamado a Guillén a México, tenía su teléfono. Me lo había dado en su fiesta de despedida y seguramente él me habría dicho a quién acudir porque conocía a mucha gente de su confianza en la Central, incluyéndome, o, en última instancia, me habría facilitado el correo electrónico de Lozano quien, ahora, vivía en Miami. No hizo falta esto último.

—Mira, cariño mío, llama a la morgue y pregunta por algún alumno de Andrés Lozano. Te identificas y de una vez, sin esperar permiso, le dices que lo llamas de su parte porque necesitas un gran favor y... —lo había hecho y quien le respondió la llamada solo agregó:

—No se diga más, deme su correo electrónico y avísame cuando lo reciba. —Cinco minutos después ya lo estaba imprimiendo.

Dentro de los campos de la balística forense había una que me interesaba mucho, aquella que examina la relación entre las muescas producidas en la vaina del arma y en la bala; así como aquellos elementos de dicha arma que producen las citadas trazas; si se trató de un revolver o de una pistola, escopeta, fusil, carabina... así como también su proveniencia, y su marca: Glock, Colt, Beretta, S&W etc, el modelo, la matrícula, el calibre, el sistema de disparo. Son elementos que nos conducen al país de origen, al fabricante y al comprador. En el informe preliminar, el que me había entregado Wilmer como si fuese el definitivo, se hablaba de una pistola Glock, igual sucedía con el que me entregó el “fiscal chimenea”, es decir dos casualidades, no son casualidades y opté por aceptar que el asesinato se produjo con una pistola de esa marca, de origen austriaco. Ese tipo de armamento lo ofrecía para Venezuela Indumil, la Industria Militar colombiana a un costo de tres mil dólares por unidad. Si bien es la más utilizada por nuestra policía, también lo es por quienes

ejercen el sicariato. Y esto dificultaba la investigación ya que era un arma de uso común y terminaba siendo como el arroz chino. Por ello lo más importante entonces era localizar al asesino y su cómplice y esperar que al ser capturados tuviesen el arma con ellos, porque si se deshicieron de la misma, el caso estaba perdido. De darse ese escenario, el gordo Wilmer podría sacar una cantidad de dinero con la viuda Márgaret, como para jubilarse. Yo me habría quedado con una miseria como jubilado, y al menos habría pagado mi deuda de condominio, si acaso el gordo Wilmer afloraba algo de generosidad conmigo. Marcela y yo dejaríamos de disfrutar unos almuerzos exquisitos y pasaríamos de beber Etiqueta Negra a la Perdiz. Los chicos de la estatal petrolera continuarían con su whisky de 18 años en vez de beber mojito cubano a las riberas del malecón. Los ministros seguirían en sus despachos. Los hijos del negro Pascual continuarían en la miseria y serían futuros sicarios, y la viuda de Ferni no sabría jamás quién o quiénes asesinaron a su marido. Pero ¡qué estás pensando, Martín! ¡te has vuelto loco!

No, no, no, no, como se te ocurre, y como que me llamaba Martín Zanabria, eso no iba a ocurrir, más bien debía buscar que el moja manos de Wilmer, fuera expulsado de la dirección de criminalística, y Marcela se ganaría una pasta como para comprarse un mejor apartamento y seguiríamos disfrutando de nuestras veladas. Los cubiches de la petrolera se irían de regreso en la isla por encubridores. Los hijos del negro Pascual tendrían una buena indemnización como para estudiar en una universidad, graduarse y ser buenos ciudadanos. En cuanto a los ministros, su futuro era incierto aun emigrando a Turkía, a China o al lado de Putín y Márgaret, ahh, la bella Márgaret junto a Matilda terminarían su vida en la Costa Sur, en Francia, viendo museos, comprando y vendiendo obras de arte...en fin, primero había que llegar al charco y ya estábamos a punto de cruzarlo,

Monseñor no era tan señor

La vi al lado izquierdo de la cama y le dije, vamos a misa. Había pasado una semana desde nuestra íntima cena y esta era la segunda vez que terminaba en mi cama. Eran 15 años de diferencia. Si yo hubiese tenido una hija a los 15 años, cosa que no era tan anormal en el país, Marcela podría ser hija mía. ¡Qué barbaridad! y no es que me sintiera un viejo verde o que me diera pena estar con ella en público, bueno que sí, que sí hombre que sí me daba pena y me sentía como un viejo verde. ¡Qué coño podían pensar! cuando me veían festejando con ella en la barra al lado de Sancho Panza. “Mira a ese vejstorio, ni vergüenza andar de borracho con esa niña”.

–¡A misa! –Saltó ella como si le hubiese pinchado el culo con un alfiler– ¿Qué bicho te picó, Martín? evangélico, musulmán, ahh, cristiano, ahora crees en Dios...

Me reí de esa ocurrencia, pero de inmediato le aclaré la propuesta del porqué debíamos ir a misa. Habíamos pasado una tarde de sábado divertida, burlándonos de los cubanos, del gordo Wilmer y de Manuel Terán, la chimenea humana; y cuando a Marcela se le ocurrió preguntar por Márgaret, yo cambié de tema porque el solo mencionar su nombre se me iluminaba el rostro y eso no se podía esconder, y Marcela no era tan tonta como para no darse cuenta de que existía un halo misterioso entre la viuda y yo. Bebimos y comimos como millonarios a costa de la mesada semanal que salía de los bolsillos del gordo Wilmer, bolsillos que a su vez eran rellenos por la cartera sin fondo de Márgaret. La idea de pasar por la iglesia era llegar a punto de finalizar la misa. Cuando monseñor se metiera al confesionario para escuchar los

pecados de los pecadores, entraríamos nosotros y le haríamos confesar su participación en esta telaraña que había culminado, o aún no, con la muerte de Fernando Rodríguez.

–Ah, finalmente te decidiste a entrarle a la curia – insinuó y mostro esa risa ligera que me encantaba.

Era bastante sólida la información que Marcela había encontrado sobre monseñor, una vez que el gordo Wilmer me había soplado su nombre al oído. Ella manejaba todo lo que asociaba a monseñor con hechos ilícitos desde que éste estuvo en el Vaticano, apenas Bergoglio hubo sucedido a Benedicto.

–Después de la “A” viene la “B” y la sigue la “C” de culpable – ríe Marcela cuando hizo la relación entre Aguilera y Bergoglio. A mí sí me pasó por la mente, de nuevo, la canción de las letras.

El año 2013 sorprendió. En Venezuela renunciaba el presidente de la república, y dejaba en su cargo al Canciller. La pobreza creció de forma descomunal y se esbozaba la propuesta de un mecanismo nacional de distribución de alimentos entregado casa por casa denominado el CLAP. El ministro de abastecimiento señalaba que a partir de ese momento el pueblo organizado y el Ministerio se encargarían de llevar la comida a las puertas de los más desposeídos. El CLAP logró materializarse tres años después. Ferni se encontraba en primera fila para ello, no como un desposeído precisamente, pero sí como recién salido por la puerta trasera de la estafa a 6 mil personas con la venta de unos automóviles que jamás llegaron a sus dueños. Ahora, tocaba la otra puerta y ésta se le abría de par en par: la puerta de las importaciones que eran tan grandes que las calculadoras analógicas se dañaban al no poder sumar tantos números. Los principales cinco productos que se importaban a nivel de 6 dígitos se iniciaban con medicamentos y alcanzaba la suma de

1,829,373.09 millones de dólares. La carne en segundo lugar se llevaba la bicoca de 863,449.78 millones de dólares. La soja comprada en Argentina se calculó en 747,184.76 millones de dólares. El maíz para nuestras arepas alcanzó los 744,108.79 millones de dólares y para cerrar con broche de oro en fundición de hierro y acero, se invirtieron 709,573.45 millones de la divisa norteamericana, teniendo la siderúrgica más grande de América latina. Eso apenas era un bocadillo de lo que Marcela había investigado. Es decir, para esa fecha se habían juntado todos los mochos para “ayudarse” y Ferni les vendía las prótesis. Pero lo de la corrupción, probablemente nada tenía que ver con el asesinato o sí, de Ferni, pero de forma aleatoria o bien pudo haber sido una especie de daño colateral. Lo que me importaba era la conexión de monseñor Aguilera con una de todas las partes del abanico. Por alguna razón Wilmer lo había relacionado con el caso y si él no pudo hacer nada al respecto, yo tenía la obligación de averiguar el porqué. Por esa razón este domingo la despertaba con un beso en los labios y le pedía que fuéramos a misa.

Lo mejor era llegar a la iglesia de la Chiquinquirá a eso de las 11.30 de la mañana. A esa hora la última misa ya estaría a punto de culminar, así que nos haríamos pasar por fieles mientras tanto y luego, como ya lo teníamos identificado, atraparlo dentro de su madriguera. Llegamos puntual, pero resultó que el sacerdote que celebraba la misa esa mañana no era monseñor Aguilera sino un joven imberbe que en la homilía pedía a todos que rezáramos por la salud de monseñor. Algo nos estaba saliendo mal. Por llegar tarde no nos enteramos que, en el sermón, el imberbe contó que monseñor había sido llevado a una clínica luego de sufrir un percance de salud. Una vez que todos los feligreses se habían retirado, pidiendo por la salud de monseñor, sorprendimos al imberbe en la sacristía, quien se dio un susto nada digno de un servidor del Señor.

–¡Ay Dios! –gritó pidiendo ayuda divina, cuando al abrir la puerta para dirigirse al templo se encontró frente a mí con el puño cerrado y en alto a punto de dar unos toques de precaución, por si se encontraba en paños menores. Mi presencia no era tan diabólica para que diera ese salto, pero tampoco era nada santa como para redimirlo de alguna culpa. Detrás de mí estaba Marcela quien se adelantó para presentarse, a sabiendas de mi mal humor cuando no tengo plan B y el plan A se me va a la mierda como nos acababa de ocurrir. Ya con la chapa de Marcela era suficiente para que el curita pensara que yo también era de la criminalística, de modo que nos hizo pasar con la amabilidad de un mesonero que espera recibir una buena propina al verte la pinta.

–Vienen por lo de monseñor ¿verdad? –claro que no, pero si nos la ponía de la ostia pues...

–Sí, claro –me adelanté a Marcela que era muy buena cristiana y creía en Dios y no iba a mentir delante de un hombre con sotana.

–Ya me extrañaba que, a pesar de la denuncia, no se hubiese aparecido por aquí ningún funcionario policial.

–Bueno, así es la burocracia en el país. Presentas una denuncia, pasa a un departamento, se elabora un memo para la otra dependencia, llega a manos del jefe y entonces comienza la búsqueda de a quien asignarle la visita de rigor. Pero no la de rigor mortis –Marcela me pegó con el codo en un costado, en realidad el chiste era tan malo que el curita ni se preocupó en entenderlo.

–Ahora bien, puede refrescarnos lo que sucedió porque el informe estaba bastante fallo, es decir o bien tipearon mal o entendieron todo al revés. Cosas de novatos.

–Sí, claro, yo mismo fui quien lo encontró en tan mal estado que lo creí muerto. La ambulancia del seguro llegó antes que la policía

y se lo llevaron de inmediato, el paramédico de los “Ángeles de la vía” dijo que estaba en shock producto de un golpe en la cabeza. Le pregunté por qué no sangraba si lo habían golpeado tan fuerte y él enfermero respondió que probablemente le habían dado con algún objeto de goma o forrado con algo para causar daño solo en el interior y no en el exterior. Y cómo sabe que el shock era producto de un golpe en la cabeza, les pregunté de nuevo. Porque tiene hundido el lado derecho, a menos que sufra de plagiocefalia como el hombre elefante, me dijo, y yo como no sabía quién era el hombre elefante, solo atiné a responderle que no, que monseñor tenía una cabeza normal porque si no, no le hubieran elaborado un solideo estándar para su cabeza. Luego me preguntaron que si sabía cuánto tiempo tenía en el suelo desmayado y yo que ni sabía porque cuando llegué a la sacristía no lo vi y se me ocurrió venir al templo y tampoco lo vi, y de nuevo me fui a la sacristía y lo llamé varias veces, pero no me respondió, así que me vine de nuevo al templo y al pasar el primer pasillo, note que alguien estaba en el piso, pero como aquí entran los indigentes y hasta hacen sus necesidades y yo tengo que limpiarlo todo: pipí, caca, vómitos, pensé que era uno de ellos y me fui con el palo de la escoba para darle una tunda y entonces vi que se trataba de monseñor y

–Sí, sí, sí, está bien, ya nos dio la información necesaria, ahora dígame, a qué hora se hizo presente la policía.

–En verdad aquí, a la iglesia, nunca llegaron, pero en la clínica estaban todas las policías que conozco, con uniformes y sin uniformes. Yo llegué retardado porque tuve que tomar un taxi y el hombre hablaba mucho, y corría poco, así que, a paso de morrocoy, me hice presente cuando ya había más policías que médicos pendientes de monseñor.

–Y nos podrías decir en cuál clínica lo internaron.

–Eso sí lo sé, en la que se encuentra subiendo hacia la Cota Mil, por la urbanización La Castellana.

–Bueno, ok, gracias por su ayuda.

Marcela no soltó palabra y yo noté que no le había gustado que yo jugara con el curita de la manera en que lo hice. Nunca le tocó esta tarea y no es sencillo entenderla. Hay que ser un verdadero hijo de puta para ser detective.

–¿Entonces? –Lo preguntó con la frialdad de un cadáver en la morgue– ¿vamos a la clínica?

–No es buena idea, es domingo y cualquier intruso que husmee por esos lados no sería bien visto. Debe haber muchos chivos y, mejor...te invito a comer. No desayunamos bien esta mañana. En la semana hablo con el gordo Wilmer, a ver qué nuevo embuste me inventa.

13

Fue el arzobispo de La Habana. Uno de apellido Talavera, quien dio a conocer un documento de Bergoglio ante los cardenales, cuando estaba a punto de llevarse a cabo el cónclave que lo elevó a la cima. En éste se hablaba de cuatro objetivos a cumplirse una vez que saliera humo blanco de la chimenea del Vaticano. El que me llamó la atención, luego de una rigurosa lectura fue el cuarto, los anteriores ni en cuenta los tomé, eran irrelevantes para el caso que yo investigaba. De modo que lo leí con detenimiento buscando alguna referencia que me permitiera ligar una cosa con la otra, una vez que Marcela había descubierto la relación intrínseca entre la Santa Sede y monseñor. El cuarto punto del documento se refería a una salida de la iglesia hacia las periferias existenciales para no

permanecer encerrada en ella misma. Si mis sospechas tenían algún motivo real, monseñor Aguilera había interpretado la frase a su manera. La otra casualidad, para los que creen en ellas, era que, antes de que Benedicto renunciara, había designado a Bergoglio como miembro de la Pontificia Comisión para América Latina. Y allí, de nuevo, se producía otra casualidad, pues monseñor Aguilera formaba parte de la misma y más luego, una vez designado Bergoglio como el alto jerarca de la iglesia era nombrado asesor del directorio que coordinaría la gestión financiera y administrativa del Vaticano para “optimizar el uso de los recursos, y mejorar la ayuda económica para varios programas destinados a trabajar con los pobres y marginados en distintos países de América Latina”. Para completar las casualidades, antes de asumir el cargo, monseñor Aguilera había estado destacado como subdirector del museo de arte del Vaticano.

–Quiero pedirte disculpas por mi actuación con el curita –me atreví a espantar el silencio estruendoso que nos incomodaba.

–Cura, se dice, y no curita. Curita es la “bandita” que te pones cuando te cortas el dedo –entendí que el berrinche no era un problema de semántica y entonces se me ocurrió uno de los míos como respuesta.

–Si me corto un dedo, me quedo mocho y no creo que, si me quedo mocho al cortarme un dedo, una “bandita” pueda servir de algo para devolverme el dedo mocho.

–¡Ay no! algunas veces te pones insoportaaaable –y se río. El hielo se derretía. Gracias a Dios, que viniendo de mí ese gracias a Dios, era algo más que una simple frase.

Los personajes de los sueños crean una nueva “realidad” para quien los sueña. Surgen de la nada y originan conexiones bajo un marco de tiempo distinto al tiempo real.

De los carros viejos se puede denigrar, pero el Lada ruso merece elogios. Mi Lada o Niva como la llama mi mecánico es todoterrreno. La compré nueva en 1992 y le cambié los rines y neumáticos por unos más anchos para dármelas de “sabrosón”. Una vez jubilados tuve que cambiarlos por los originales de nuevo, lo “sabrosón” me salía costoso. Ella es como las novias que te han abandonado por otro galán y que te la encuentras gorda y fea al pasar el tiempo. Su carrocería que viene siendo un monocasco de tres puertas, está carcomida por el óxido y algunas de sus partes más comprometidas fueron emparchadas con mastique por un amigo latonero, pero aún le faltaba echarle una mano de pintura, para darle cierto toque a su belleza original. Utiliza bastidor y transmisión desarrollada por Lada, pero la mecánica es de origen italiano, no de la Maserati, pero sí de la Fiat. Mi mecánico ha ofrecido comprármela desde hace un tiempo, pero yo me niego, sería como ver a tu misma vieja novia gorda y fea, pero en esta ocasión, con un galán de película, como para morirse de la rabia. Los cubanos la consideran uno de los mejores vehículos producidos en la antigua URSS. La llamaban “El Tanque ruso”, quizás Hitler, en su momento, también llamó a su Volkswagen Escarabajo el “Range Rover alemán”. En fin, para demostrarle a Marcela lo fiel que era mi Niva, tomé la decisión, sin preguntar su opinión, de irnos a comer al Hatillo. Era hora de abandonar los lupanares del centro de la ciudad cercanos a la estación policial y no hay nada como un domingo para deambular por las solitarias avenidas de la capital rumbo a la montaña. Así que tomé la Cota mil desde la urbanización Las Palmas saliendo hacia la avenida principal de La Florida, bajé por Sebucán, y desde la Francisco de Miranda tomé la principal de los Ruices y encaminé hacia el

Cafetal para empalmar con la subida hacia los Naranjos. Las nuevas camionetas Ford 4X4 Runner y los automóviles de lujo últimos modelos de los nuevos millonarios que predominaban, aunque las importaciones estaban por el suelo, nos hacían lucir como un par de viejos indigentes subiendo la cuesta en sillas de ruedas. Pero, uff, finalmente llegamos al Hatillo y finalmente se acababa el traqueteo de los tripoides que tenían nerviosa a Marcela, pensando que en cualquier momento se le salía una rueda y sufríamos un accidente por estarme burlando del curita en plena sacristía. Solo restaba dejar el Lada en el estacionamiento, si es que nos la recibían, e iniciar nuestro periplo por las aceras angostas de ese pueblito colonial de Baruta y recorrer sus callejones sin salidas, su plaza Bolívar mostrando su estilo colonial y esperar a que Marcela saliera luego de explorar el interior de la iglesia. Recorrimos los negocios que venden productos artesanales, dulces artesanales, pinturas artesanales “naif” como decía la chica de la galería, que no hablaba como Márgaret y, finalmente, las cervezas artesanales, “el templo de la perdición”, gritaba un pastor evangélico frente a las puertas con un altavoz en mano, aturdiendo a la clientela. Nos llamaba almas perdidas, hasta que la policía lo retiró del lugar mientras el cambiaba la frase dirigida a los clientes y les berreaba a ellos: “Fariseos” “Fariseos”.

–Recé por ti –me dijo apenas brindamos con la primera ronda. Se refería a su estancia dentro de la iglesia.

–Ah, pues, que bueno –no quise salirle con otra de las mías, pero no aguanté una pedida: “y por qué no aprovechaste para rezar por el curita Aguilera”

–Deberías tener más fe, Martín, creer más en las personas y dejar ese resentimiento que te carcome el alma –primer strike. Y antes de poncharme preferí cambiar el tema de conversación. No quería seguir con lo referido a la investigación, lo había obviado y

deseaba un día de charla sin fantasmas, pero ahora no me quedaba otro remedio si quería evitar un interrogatorio que revelara parte de mi pasado oculto.

–¿Crees que haya sido un atentado lo de monseñor Aguilera?

–Tú eres el detective, Martín, yo soy el apoyo, pero de que algo huele mal, huele mal.

–Ajá, ya comienzas a pensar como un detective –mi estrategia dio el resultado previsto.

–En contra de las matemáticas podemos sumar naranjas con zanahorias y agregarle remolachas...

–Y a la licuadora para obtener al instante un “tres por uno” –agregó Marcela a sabiendas que era la mezcla de jugo y vegetales que yo tomaba por las mañanas para aliviar la resaca.

–Bueno, déjame cancelar las cervezas y visitemos otro local hasta que se nos habrá el apetito.

La librería del Hatillo, no es artesanal, es decir, no hay libros artesanales, como los libros antiguos de serigrafías expuestos en la biblioteca de Margaret, todos ellos tienen sellos de editoriales reconocidas e incluso de multinacionales. Varios fueron los títulos que Marcela tomó en sus manos. Acariciaba la tapa, luego leía lo escrito en la contratapa, pasaba a las solapas internas y leía la pequeña nota sobre el autor al lado de su fotografía.

–¿Qué has leído últimamente? –me agarró fuera de base con la pregunta.

La acompañé al interior del local porque recordé la biblioteca en la que Margaret me había sumergido durante mi primera visita. No esperaba que fuera una entusiasta y me sorprendió.

–No leo mucho y debería hacerlo desde que un viejo inspector me lo sugirió si quería ser un buen detective.

–¿Entonces? –en sus manos tenía un título que vi de soslayo: “Herejes” –no encontraba cómo salirme del aprieto: “quién me manda a entrar a una librería”. La puta que te parió. Mi memoria funcionó como la de un detective avezado recordé un nombre, pero no un título.

–Leo las novelas de Dashiell Hammett –eran las policiacas que el inspector Guillén me prestaba, el detective se llamaba Sam Spade.

–Ah, sí, pues vamos a intercambiar. Te compro esta y tú me prestas una de esas –otro error porque luego de leerlas, la había tirado– ¿sabes?, los míos son esos detectives que parecen de verdad, no se batan a trompadas con siete tipos y salen sin un rasguño. Los norteamericanos en su mayoría son de mentira. En esta novela te vas a sorprender con Mario Conde.

Que conde, ni qué coño, en que condenado lio me estaba yo hundiendo ahora

–El otro detective que me gusta es Pepe Carvalho, el personaje de Vázquez Montalbán porque cuando uno las lee sus novelas te da hambre.

La sorpresa me había dejado boquiabierto, y con un libraco en las manos que estaría obligado a leer, si quería continuar follando con Marcela. De seguro, luego de ver cómo le brillaban sus ojos ante tantos títulos y la forma en que acariciaba cada libro como con ganas de comprarlos todos, no iba a tolerar mucho tiempo a un “analfabeta funcional” a su lado, como yo.

–La próxima vez que salgamos te lo llevo –daba así por entendido

que al terminar la faena la dejaría en su casa y me libraría, que no es lo mismo que decir librería, de que al llegar al apartamento me obligara a buscar unas novelas que no tenía. De hecho, nada con páginas que no fuesen casos policiales, informes y memos, existía en mí sala. ¿qué responder cuando me visitara de nuevo?

–Y... ¿Dónde los tienes? porque nunca he visto una biblioteca en tu departamento.

–Todos se los llevó mi última pareja, –me salió sin premeditación– hasta los discos de acetato, una gran colección – mentía, por supuesto– Apenas me dejé con lo que has visto.

–¡Perra!, no todas las mujeres somos así. –uff, respiré profundo.

Hubiese querido escoger un libro para ella de regalo en reciprocidad por el que me entregaba, pero dudé, no me atreví. Intenté recordar alguno de esos nombres que en ocasiones me sugería el inspector Guillén, pero fue en vano. Lo único que tenía en mente era la biblioteca de Márgaret Rodríguez, y, entonces, me llegó el flash y mientras Marcela cancelaba la cuenta de los dos libros: el que me obsequiaba y otro de un tal Mankell, yo le pregunté por, lo bajito, al dependiente del negocio si tenían algo de Shakespeare.

–No, clásicos, lamentablemente, tenemos pocos, “La Divina Comedia” y “Los Miserables”, pero de Shakespeare no tenemos nada –la había sorprendido de verdad.

–Me hiciste recordar a un novio que tuve hasta hace poco –dijo, y mostró una sonrisa insinuante con una mirada pícaro, cuando escuchó el secreto que tenía con el dependiente quien no era nada discreto. Yo, por primera vez escuchaba de ese novio. Se llamaba Romeo.

Salimos para continuar con nuestro recorrido. Le compré el

clásico “Los miserables”, recordando a varios colegas de la Central, entre ellos al gordo Wilmer, el más miserable de todos. Estábamos tan contiguos a la casa de Márgaret, que me hubiese encantado llegarme hasta allá con Marcela, y que Marcela viera la biblioteca de Márgaret y Márgaret le hiciera el mismo recorrido que hizo conmigo junto a Matilda, y que Matilda, al verme, me saludara con un “cómo se encuentra mi señor shakesperiano”. Marcela se habría babeado y ya no me preguntaría más sobre el porqué no hay estantería de libros en mi departamento.

Nos dio las tres de la tarde y el apetito nos condujo a un restaurante campestre especializado en carnes, Antes pasamos por uno suizo y salimos huyendo al ver el menú. No tanto por los precios, sino por los nombres de los platos.

–Desean la carta –nos preguntó el mesero a los minutos de vernos tomar asiento en una mesa algo alejada de los demás comensales.

–No, de una vez queremos una parrilla para dos con todo – Marcela estuvo de acuerdo y a los 15 minutos, ya el mesero traía el pedido. Durante la espera nos dio tiempo para tomarnos dos rondas de cervezas.

Eran las seis cuando decidimos abandonar nuestro paseo dominical y 45 minutos después, yo la dejaba a las puertas de su edificio en la Candelaria. Se despidió de mí con un beso sencillo y observé como se alejaba hasta perderse dentro de la residencia. Respiré profundo, me invadió algo de nostalgia y me fui directo a casa. Aun pensaba dónde y cómo encontrar una novela del detective Sam Spade. Al llegar lo primero fue ducharme y luego al acostarme abrí el paquete con el libro “*Los Herejes*” era el título. Abrí la contratapa y leí: “*En 1939, el S.S. Saint Louis en el que viajaban novecientos judíos que habían logrado huir de*

Alemania, pasó varios días fondeado en...” Y al descubrir que el autor era cubano *Leonardo Padura*. Se me ocurrió que debí lanzarlo por la ventana de la Niva a las primeras de cambio, pero ya era tarde. Estaba obligado a leer 515 páginas. ¡Por Dios! Marcela. Esto es como para un año. Le eché una mirada y lo abandoné a un lado de la mesita de noche. Ya vería que hacer con él al día siguiente.

15

Ese lunes me levanté tarde, el paseo dominical había sido agotador y no tenía ningún deseo de moverme de la casa. Así que decidí colocarme frente al computador y revisar todos los documentos que Marcela me había enviado por el correo electrónico. Intentaba descubrir en ellos alguna conexión que me permitiera relacionar a monseñor Aguilera con los socios de Ferni. También con las personalidades gubernamentales involucradas. De existir algo, los cubanos de la estatal petrolera formaban parte de la conspiración de un crimen premeditado. Margaret no se quedaba atrás como sospechosa y sus secretesos con el gordo Wilmer y Matilde eran un misterio. También Huguito estaba en mi lista de sospechosos, así como el jardinero “de confianza” de Margaret, y a todas estas yo me preguntaba: cuál era el “nudo gordiano” que unía a estos personajes. Antes que nada, llamé a Marcela para que buscara en Google el significado de la expresión nudo gordiano. Cinco minutos después recibí como respuesta este texto en el celular. Wikipedia: *“La expresión nudo gordiano procede de una leyenda griega según la cual los habitantes de Frigia (región de Anatolia, en la actual Turquía) querían elegir un rey, para ello consultaron al oráculo y este respondió que el nuevo soberano sería el hombre que entrase por la Puerta del Este, acompañado de un cuervo posado sobre su carro. El que*

cumplió las condiciones fue Gordias, un labrador que tenía por toda riqueza su carreta y sus bueyes. Cuando fue electo como monarca, fundó la ciudad de Gordio y, en señal de agradecimiento a sus electores, ofreció al templo de Zeus su carro, atando la lanza y el yugo con un nudo cuyos cabos se escondían en el interior; tan complicado que nadie podía desatarlo. Según se dijo entonces, aquel que lo consiguiese conquistaría el Oriente". Pues sí, ahora mi problema entonces, no era atar cabos, sino desatarlos. ¿Cuál fue el móvil del crimen? Era la pregunta que atormentaba. De antemano descarté la corrupción. En el país todo el mundo era corrupto y no mataban a nadie por eso, todo lo contrario, era motivo de halagos. ¿Venganza?, la relegué a un segundo lugar, pero de ser así: el deseo de venganza saca a relucir lo peor de uno mismo, nos pone a la altura de la persona que nos ha ofendido o hecho sufrir y nos llena de un insano rencor. ¿Quién o quiénes podían odiar a Ferni? Y en todo caso si fuesen pocos o muchos: ¿por qué razón lo odiarían? También se puede asesinar a alguien para encubrir algún hecho o acción, lo que no significa venganza ni odio, solo un acto necesario para el asesino y hasta banal, algo cotidiano o poco trascendental cuando se está acostumbrado a matar personas de un plumazo para robarle un celular. ¿Envidia? La lógica me dice que es posible mandar a asesinar a alguien por envidia. Y en esto del asesinato podía haber mucho de eso, solo bastaba fijarse en una mujer como Márgaret y su riqueza material y espiritual. ¿Una gran equivocación? Los sicarios se confundieron de blanco: algo que suele suceder, pero con el agregado del intento de asesinato de monseñor, esta opción la descarté de inmediato. Ningún asesino se equivoca dos veces. ¿Berrinche? Era otra opción traída por los cabellos. Ocurre sobre todo en la vía pública: el negro Pascual habría provocado a los motoristas sin darse cuenta debido a sus vidrios ahumados y estos indignados lo persiguieron hasta llegar al semáforo y pagaron la rabia contra el

conductor y el pasajero. En la ciudad las rabietaas son el pan de cada día entre motorizados, buseros, camioneros y automovilistas, algo que luce normal y cuando las vías son un total caos, cualquier cosa puede suceder en cuestión de segundos. Entonces lo ocurrido con monseñor en su iglesia no estaba ligado al caso y ambos hechos eran casuales.

En esta ciudad, el peligro está en todas partes y donde uno menos lo espera salta la liebre. Las cartas estaban echadas, ahora había que colocar cada cosa en su lugar. Me preparé la siguiente agenda para iniciar el juego:

1.- Visitar a Márgaret para entrar al mundo del absurdo en donde yo siempre preguntaba algo y ella siempre respondía, sin responder nada. Podía presentarme a la hora del desayuno, bien en el almuerzo y quizás, quizás cayendo la noche en una cena íntima, en medio de unas velas encendidas. Descarte esta última propuesta.

2.- Reunión con el gordo Wilmer. Sacarle dinero para gastos operativos, beberme media botella de Etiqueta Negra y hacerme el tonto que le creía las mentiras que tendría preparadas sobre el “accidente” de monseñor Aguilera.

3.- Visitar a los cubiches de la estatal petrolera con algo sobre el caso para forzarlos a un intercambio de información.

4.- Pasar por la clínica con el fin de averiguar el estado de salud de monseñor...Eso si me dejaban los chicos policiales que le hacían custodia.

5.- Leer unas cuantas páginas del cubano llamado Padura, para cuando me encontrara con Marcela, y preguntara ¿Qué te ha parecido Los Herejes? poder responderle: “Padurar un año leyéndolo”, pero algo tendría que decirle si quería continuar

compartiendo parte de mi vida con ella como: genial, muy bueno, estupendo, este cubano...este cubano... se las trae, una obra merecedora de algo, un algo que ni idea de qué algo podría ser, en fin, tendría que decirle algo de algo de lo que había leído.

6.- Parir al detective Sam Spade cuando en el país ya no quedaban casi librerías.

Me llegó la noche revisando nudos atados y cabos sin desatar. La cabeza me estallaba. Aparte de los informes de Marcela, consulté varias páginas de periódicos con las noticias del caso, las leía y releía una y otra vez, quizás con la esperanza puesta en periodistas que, incluso, trabajando para los medios gubernamentales, y conociendo que son vigilado por sus superiores, escribiera una que otra información imparcial y objetiva sobre el caso, pero no lograba encontrar nada parecido. Harto de tanto husmear decidí irme a la cama, sobre la mesa de noche me esperaba un sacrificio. A punto de sueño, ululó el celular, ¡maldita sea! tengo que cambiarle el tono. Leí en la pantalla: “Matilda”. Me vino un susto, pero no era nada grave, solo llamaba de parte de Márgaret para invitarme a cenar al día siguiente. ¡Cenar!, me dije.

–¿Cenar? –pregunté

–Sí, para cenar, Martín. Mi mamá dice que no se preocupe en conducir –probablemente la Niva no lucía muy bien aparcada frente a aquel palacete– que ella lo manda a buscar con nuestro chofer y después a la hora que usted lo desee lo vuelve a llevar a su departamento. Eso es por si tiene problemas con la bebida al manejar.

Lo dijo a manera de chiste, pero igual me sentí medio ofendido. Ofensa que de seguro se me pasaría cuando me sirvieran ese whisky Swing de 18 años que vi de reojo al pasar por el bar de

camino a la cocina, el día del desayuno.

16

Solo sucedía en las películas; cuando el dueño de un casino en Las Vegas es conducido por su chofer a un lugar recóndito donde lo espera una amante y arrellenado en el asiento trasero de su Rolls-Royce abre una especie de guantera. Neverita, vitrina o qué se yo, y aparece una botella de champaña junto a dos copas cristalinas estilo flauta; en mí caso, por arte de magia, apareció una de whisky y junto a ella un par de vasos en cuyo cristal se leía: “old fashioned para servirse a gusto”, y así lo hice. El chofer tomó por la Cota Mil y desde las alturas yo observaba con aire presuntuoso una ciudad totalmente desconocida para mí. Con dos tragos me creí artista de cine. Desde la ventanilla del automóvil, forrada con vidrios de seguridad, contemplaba ese mundo que solo ven los ricos y que no miran los pobres ni los jubilados. Una sociedad ajena que les pertenece. Cada quien ve lo que ve a su manera. Entonces me vino un recuerdo lejano: Una canción de Rubén Blades y yo apostado en la barra de “La Bajada”. El coro decía algo así:

“Todo es según el color

del cristal con que se mira

Esta tierra está llena de gente

Cada cual lleva un mundo en su mente, diferente.

No sabría decir cuánto duró el recorrido, quizás minutos, horas, quizás días o semanas. Cuando el carro se detuvo frente a las puertas de la mansión, se acabó el sueño, desperté del delirio y si me hubieran permitido escoger entre una cosa y la otra, jamás me

hubiese apeado del automóvil. El chofer se apresuró a abrirme la portezuela como si yo estuviese feliz de culminar el trayecto, y, ciertamente, no lo estaba. Habría deseado en realidad pasar más tiempo en ese sueño intergaláctico imaginario que me llevó a un pasado triste y anodino y no en este despertar en pleno presente perfecto y sabrosón, frente a las puertas de la mansión de Márgaret. Apenas puse un pie fuera del auto, Márgaret, salía a recibirme. ¿Qué estaba pasando? Me pregunté. “Es solo un sueño, Martín, aun es lunes y no has despertado”. Todo era tan real como cuando estás meando en un sanitario distante y de pronto despiertas con las sábanas mojadas. Pero era real y era martes, y eran las ocho de la noche y ciertamente era Márgaret y no el señor Spock quien me recibía en su residencia, complacida por mí visita. Igual me volví a preguntar ¿qué está pasando, Martín?

Compartimos besos en cada mejilla e hizo el ademán con el que sugería adelantarme, pero mi caballerosidad correspondió con el mismo gesto, una vez que traspasé la entrada, y entonces, a partir de ese momento, ambos continuamos uno al lado del otro por la ruta ya conocida, viendo yo las nuevas pinturas en exhibición que lucían soberbias gracias a la iluminación de los bombillos blancos adosados a un riel central desplegado a todo lo largo y ancho del pasillo. Era como estar en el cielo, volando libre entre las nubes. No logré contener una exclamación de aturdimiento. Hasta los más ignorantes en ciertas cosas sentimos emociones intensas ante la belleza excesiva y esto era el sumo de lo que yo entendía por belleza. Márgaret lo notó de inmediato

–Son las luces blancas, Martín, esa sensación que te lleno de gusto. Ellas renderizan los colores de las obras a diferencia de la iluminación halógena, que tiende agregarles matices generalmente amarillos y naranjas.

–Si ya veo, me siento como dentro de una nave espacial.

—Esta luz no genera calor. Y a diferencia de los rayos ultravioleta, no oxidan los pigmentos ni dañan los lienzos. Lo mismo hace con las fotografías y las pinturas.

—Jamás lo hubiera imaginado. Mantener un museo o una galería debe ser sumamente costoso.

—Nadie se lo imagina, ni yo —y se señaló a sí misma levantando el índice de la mano derecha a la altura de sus estupendos senos— no manejo mucho lo de la ambientación, pero los concedores recomiendan usar iluminación ajustable, porque ofrece una mayor flexibilidad y así los rayos apuntan adecuadamente a cada una de las obras.

Mientras yo me sentía en coma como si estuviera en un quirófano, rodeado de médicos y enfermeras, ella, por el contrario, estaba a sus anchas. Aquello era su escenario, su rin de pelea y yo entrando en él cubierto con una toalla blanca en contraste con una oscuridad negra que me impedía observar al público. Apenas logré ver entre sombras a María quien, junto a otras dos mujeres ataviadas con sus uniformes de servicio, subían apresuradamente por las escaleras de mármol al segundo nivel de la casa. A un lado, como petrificado, el viejo mayordomo esperaba por nosotros. Permanecía al pie de las escaleras con una capa de sabanitas blancas, en su regazo aguardando el regreso de las mujeres del servicio esmeradas en colocar la vajilla para la cena. Imaginé que el festín no sería en la cocina, y no me atreví a preguntar por las sabanitas que sostenía aquel hombre mientras levitaba. Lucía como un personaje tenebroso de las novelas de Agatha Christie, también podía formar parte de mis sospechosos, pero a decir verdad no me lo imaginaba sobre una moto de alta cilindrada, a menos que fuese un vampiro. De Agatha Christie había yo leído varias novelitas ya que eran de bolsillo y en esta ocasión me vino a la mente que, en vez de haberle hablado a Marcela de Hammett,

le hubiese comentado lo buena que son las novelas de Agatha Christie, seguramente habría salido mucho mejor plantado y no estaría en esta búsqueda de Sam Spade.

Salimos de la galería de arte directo a la biblioteca. Huguito nos vio a la distancia y corrió para auxiliar a Márgaret con la puerta. Aún no la había reparado. La abrió de par en par y el frío casi me congela los testículos. Yo, para una mejor impresión que la dada en mi última visita, había tomado una ducha con agua tan caliente que se me abrieron los poros como en el sauna, me había rasurado una barba de dos días, había sacado mi traje azul marino que usé durante mis mejores tiempos en la criminalística y opté por la camisa blanca que desde hacía meses no la usaba luego de rescatarla de la tintorería; al ponérmela, me hizo ver como el hasta de una bandera, se notaba que había bajado de peso desde la jubilación, pero el saco cubría la apariencia. Dudé sobre llevar corbata y finalmente decidí que era lo mejor, por si había otros invitados a la cena. Escogí la roja púrpura por aquello de simbolizar “amor y pasión”.

–Se ve que sintió el golpe del aire frío –cualquiera se hubiera dado cuenta pues crucé los brazos y alcé los hombros como si estos fuesen a protegerme el cuello para no agarrar un resfriado. Un poco más y me levantó las solapas del paltó.

–Tenga, póngase esto –me entregó una bufanda de la percha colocada a la entrada.

–Y yo este chal –y soltó su risita juguetona como la de una adolescente. La última vez que yo había estado en el salón no estaba tan helado, y pregunté, por supuesto.

–Es que viniste en la mañana –al fin comenzaba a tutearme– y el aire de mantenimiento para los libros se enciende al mediodía. Hay libros muy valiosos aquí, tal como te explique, aunque ellos

conviven con otros, juntos, pero no revueltos, que son parte de la colección de Matilda, como los de este lado, por ejemplo.

Y justo ahí, como un milagro, vi la colección de novelas policíacas: Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Patricia Highsmith, Arthur Conan Doyle, Agatha Christie... Y se me perdían de vista el resto de ellos. Un tramo largo como de veinte metros de lomos multicolores. En el segundo tramo de la biblioteca vi otros títulos y nombres interminables, entre ellos los de Shakespeare, pero yo solo miraba el de Hammett y en ese momento entraba Matilda, al igual que la vez pasada de sorpresa y me pescó revisando su vitrina de libros. Ya Margaret me lo había avisado: “Toda esta basura es de Matilda, salvo algunas excepciones”.

—Vaya, vaya, el señor Shakespeare, hurgando en mis libros. Tres pasos largos y paro frente a nosotros mostrando su sonrisa a lo ancho de sus labios. Los pequeños dientes tan blancos como todo lo blanco que me rodeaba eran perfectos. Esa chica era bella desde los pies a la cabeza, como su madre. Imagino que así era Margaret en su juventud. El padre no parece haber dejado la más mínima huella de sus genes en esta chica.

—Cómo policia que es, debe gustarle algunos de ellos —lo dijo como si predijera el futuro.

—¿Quiere que le preste el de Hammett?... o bien cualquier otro, el que desee. Los libros son para eso, para prestarlos o regalarlos —dijo en el clavo con la última palabra— Para mí mamá todos los de este lado no tienen valor. Para mí son excelentes. Ella estaría encantada si los enviara al reciclaje de papel.

—Me conformo con uno de Hammett, gracias.

—Alguno que aún no haya leído. Revise y escoja varios, si quiere —no era necesario, cualquiera habría servido para mi propósito, No

quise dar a entender que, en mi vida, apenas había ojeado el de Hammett y el de Agatha Christie sin mucho interés puesto en ellos.

–Bueno, bueno, bueno, Matilda, el detective es mi invitado, no lo agarres para ti sola, sube a ver si ya María y las chicas arreglaron los detalles de nuestra cena. Vamos a darle una sorpresa a Martín –sonaron campanas en mis oídos. Me había llamado Martín como el viejo amigo de toda la vida.

–Ya me encargo de eso, porque este frío es para pingüinos –Y salió dando pasitos cortos en zigzag para acentuar el movimiento de la cadera, como lo hacen las modelos de pasarela o bien lo aprendió de su madre.

–Tiene razón Matilda. El frío es macabro.

–Sí, pero es necesario, Martín. Al igual que con la luz y las pinturas, los libros deben estar protegidos para evitar la degradación de los materiales, sobre todos los de tapa de piel impresos en xilografía, una técnica antiquísima usada antes de que Gutenberg inventara la imprenta –registré el Gutember en mi cerebro, pues debido a la ocasión no traje conmigo la libreta de anotaciones–, la temperatura adecuada para evitar hongos debe estar entre los 14 y los 18 grados, y los puntos de luz no deben estar demasiado próximos a los libros, la humedad también debe controlarse con ventilación y filtros especiales. Las estanterías, por otro lado, deben estar separadas de la pared para permitir la circulación del aire, cada volumen debe limpiarse por personal especializados y, para cerrar con broche de oro, hay que desinfectar toda el área al menos dos veces al año. Por eso se colocó esa puerta tan gruesa y pesada por donde entramos. Nada sencillo ¿verdad?, pero vale la pena. Esto cuesta más que la casa entera y que mi cuenta bancaria. Pero venga, salgamos de aquí que ya lo debo estar aburriendo con mí perorata sobre libros

antiguos y demás. –Ciertamente, ya me resultaba tedioso el paseo por la cultura universal y solo esperaba que Márgaret me preguntara si quería beber algo para soltar las ganas que tenía de probar el whisky Swing de 18 años que seguía presente en mi memoria.

El proverbio dice que de noche todos los gatos son pardos. Habría que deambular por este templo del que escasamente yo conocía una galería de pinturas, y una biblioteca llena de libros de valor incalculable, según Márgaret, una cocina que ni en mis sueños y un jardín en donde deben haber nacido Adán y Eva. Nada más falso, aquí, de día o de noche, los gatos eran de colores.

“Las personas que buscan entender el significado de sus sueños deberían pensar en lo que significa para ellos cada parte de sus sueños”.

–Vente, vamos a subir para que conozcas la parte alta de la casa.

La escalera con sus peldaños de mármol de unos dos metros de largo, eran tan blancos como todo el resto en esa casa, estaban cubiertos en su justo medio por una alfombra gruesa de un rojo púrpura mucho más acentuado que el de mi corbata que enarbolaba como bandera la pasión y el amor desenfrenado. Descendía desde las alturas como una cascada de sangre, abarcando uno 110 centímetros de ancho para darle respiro al mármol de un lado y del otro. Si bien aquello se parecía a la entrega del Oscar, no era, precisamente, la película que a mí me habría gustado imaginar. El misterio me embriagaba y aún no me habían invitado un trago. A mitad de las escaleras volví el rostro para ver al pie de ellas al mayordomo que parecía sonreír, o realmente sonreía. Yo subí por el costado derecho tomado del pasamano para evitar que mis zapatos se posaran sobre la alfombra, no fuese parte de las obras de arte de la mansión y me

sucediera como me sucedió en el pasado en virtud de servir de apoyo a un ministro que inauguraba un museo y yo, en un descuido, lanzaba unas servilletas embadurnadas de salsas en una papelera sobre una llanta de automóvil, acodada a un rincón rodeada de latas de sardina y de refrescos. Me reí ante el recuerdo. Se trataba de una obra modernista.

—Quien ríe solo, de sus maldades se acuerda, —Márgaret había captado mi gesto desde el otro extremo de los peldaños. Quizás me emuló para evitarme el bochorno de sentirme como cucaracha en baile de gallina sobre la alfombra. Llegamos, y si los sueños se vuelven realidad o al contrario la realidad no es más que un sueño despierto, esto era lo más parecido a una de esas dos cosas. Pero el misterio que se inició con la sonrisa del mayordomo seguía pesando en mi conciencia. Una risa que más bien parecía una contorsión. Una especie de truco utilizado en las películas de terror. Volví el rostro y allí estaba, disecado, sosteniendo sus servilletas de tela, una sobre otra mientras el servicio terminaba de montar la mesa. Finalmente, la cima y allí las luces. Nunca las había visto desplegadas de esa manera. La mejor prueba de que vampiros no eran. Estaban las lagrimales de techo, las empotradas en las paredes, las de pedestales, las de mesa, las de lecturas en los rincones, italianas o francesas, españolas, alemanas, belgas. Por donde quiera que uno volviera la vista había lámparas.

—Todo en este salón es Bauhaus en otro momento le puedo mostrar un Kandinsky de su período en la Bauhaus —asomó Márgaret ante mí estupor y yo sin libreta de anotaciones— Los de mucho valor están en la galería del sótano, ya le haré un tour para que se impacte como lo hizo a su llegada en el pasillo. Lo hubieras visto, —se dirigió a Matilda—, parecía un niño en Disneylandia.

Márgaret corrió o más bien caminó apresurada hacia la esquina más lejana del salón, superó los 40 metros en unos 15 segundos,

de nuevo me asaltó el misterio de las escaleras; tomó asiento en el rincón y encendió otra lámpara que parecía un hilo curvado de unos 90 grados colgando en su extremo una luminaria parecida a un ojo humano y desde allá gritó.

—Ven, Martín, prueba esto. —Para donde me movía, el ojo me apuntaba.

Matilda me agarró del brazo como si fuera su padre su abuelo o su próxima víctima y casi me arrastra hasta el punto en donde Margaret se encontraba. —el ojo no nos perdió de vista, si es que un ojo como ese tenía vista, que sí la tenía y sí nos seguía en cada movimiento.

—Prueba, siéntate, como si fueras a leer un libro —lo hice casi obligado, el ojo me miró, no entendía en absoluto qué querían hacer ambas mujeres conmigo, estaba a punto de entrar en pánico y salir huyendo hacia las escaleras ensangrentadas, llevarme por el medio al embalsamado del mayordomo y ver como se esparcían sus cenizas, pero estaba paralizado: ¿me irán a electrocutar? ¿Me encuentro en un lugar de paranoicos? ¿Te invitan a cenar y luego enterrado en el jardín del Edén? ¿eres tú la cena? ¿el mayordomo realmente está muerto en vida? ¿María y las chicas de servicio son fantasmas o vampiros?, ¿la casa es una ilusión y por eso no aparece cuando se busca en Google map? ¿El GPS, de la Niva estaba dañado o embrujado? porque jamás me indicó como llegar hasta aquí y el chofer de Margaret, al traerme, nunca pronunció una palabra por el camino, y cuando me dejó en el portón desapareció con carro y todo, de un plumazo. Aparte me pregunto si las pinturas de la galería se cambian a placer cada vez que vengo. Ni hablar de las rosas del jardín que parecían llorar cuando las toqué, y esa alfombra roja más bien parece un río de sangre bajando por las escaleras. Nadie sabe que estoy aquí, ni siquiera Marcela. Debí haberle dicho a alguien que venía, es una de mis

reglas el dejar huellas y ya había cometido varios errores. Me senté porque no me quedó más remedio. Matilda me colocó un libro en las manos, el ojo, entonces, de inmediato se ilumino y el haz de luz se fue directo a las páginas del libro. ¡Guao! fue lo único que atisé a decir al ponerme cómodo, y si no fuera porque soy un hombre a carta cabal, y mero macho, diría que, al sentarme, esa silla me conquistó el trasero, el goce me llevó a pronunciar solo una palabra: “maravilloso”.

–¡Es una silla Bauhaus! –Gritó Mágaret– ves, Matilda, que no eran ideas nuestras, sentarse en ella es como un orgasmo intenso –salté de la silla, por si acaso. Carraspeé la garganta y agregué a su apreciación que:

–En realidad es una experiencia única –las dos se abrazaron y rieron como niñas como si acabaran de dar las doce de la noche de un 31 de diciembre y fueran a lanzar al patio luces de bengala. El ojo dejó de verme finalmente, le di gracias a Dios.

El segundo piso, a vuelo de pájaro abarcaba unos 40 metros de largo por unos 30 metros de ancho y había plantas por todos lados compitiendo con las lámparas. No existían las paredes y las divisiones se notaban por su contenido, siempre a los lados porque toda la parte central eran arbustos con sillas y mesitas a todo lo largo para escoger en donde sentarse y esperar que María o alguna de las chicas te traiga tú trago preferido. En una esquina y en la otra los ventanales tan amplios como el salón te obsequiaban una vista de esas que jamás olvidas: hacia el este o hacia el oeste. Por el lado que te asomaras, disfrutabas de un paisaje espectacular con vista al norte y al sur.

–¿Quieres beber una copa?

–Lo que tú quieras, Mágaret –le devolví el tuteo, pensando en el Swing 18 años que había visto en la estantería del bar de la

planta baja.

–Si te gusta el whisky, tengo algo que te va a encantar –ahogué el grito de alegría a punto de denunciarme y tosí para disimular. Cuando se pasó el trance me encontré con Huguito frente a nosotros disfrazado de barman.

–Trae una botella de Macallan, de la caja de 18 años que se encuentra en el sótano. –Huguito tomó nota en su cerebro musculoso y se alejó con presteza hacia las escaleras macabras, mientras Márgaret me comentaba que esa marca era la preferida de Ferni– Si no te agrada, en la bodega hay toda una variedad. Recuérdame obsequiarte un par de botellas cuando decidas partir... aunque aquí sobran las habitaciones para huéspedes.

–Mami, será que abrimos la Don Perignon –no era una pregunta, sino un gran acontecimiento digno de celebración. Y no lo podía atribuir a mi presencia, pero me equivocaba.

–Tú llegada, Martín en nuestra casa, es bienvenida –y a cuenta de qué, me pregunté, pero lo dejé pasar. ¿Se traían algo entre manos? ¿Tenían unas cámaras ocultas mostrando a un corrupto siendo corrompido en vivo y en directo? ¿Creían ellas que yo sabía algo sobre la investigación que ellas no sabían y que les contaría en la velada, luego de una borrachera de padre y madre mía? ¿Sería que el gordo Wilmer por sacarle una super tajada de dinero a la viuda, le había inventado una de las tuyas metiéndome en uno de esos paquetes chilenos con los que solía embaucar a los novatos de criminalística? ¿Me preparaban para una follada en trio? ¿Ambas eran unas pervertidas? ¿Algo estaba pasando o yo me estaba volviendo loco? Llegó Huguito con las bebidas y brindamos.

Estábamos en el lado este del observatorio. La ciudad vista a nuestros pies con sus luces titilando embriagaban tanto como las

bebidas que Huguito servía sin cambiarnos de vasos ni de copas. Márgaret decidió aflojarme el nudo de la corbata. Me asusté. Su rostro estaba tan cerca del mío que pude sentir su aliento a barrica de roble. La magia pasó fulminante, atropellada, porque si se tarda unos segundos más la beso. Sonrió.

–Así se ve más interesante, si deseas quitarte el paltó, estas en confianza –podía, pero si bien la camisa blanca de antaño encajaba en mi cuello, no sucedía lo mismo más abajo de éste.

–Aún siento el frío de la biblioteca, Márgaret, pero cuando el whisky haga efecto lo pondré en manos de Huguito –sonrió complacida.

Yo iba por el cuarto o quinto Whisky y ellas ya se habían acabado la botella del “don pepe” ese que se estaban tomando, cuando María se nos acercaba para preguntarle si servía la cena, vi la hora en su reloj Bauhaus de pared, marcaba las 10.30 pm. Pensé: “algo tarde para dejarles el pelero a estas chicas”. Lo pensé sin pensar, pensando en lo que había pensado, cuando Márgaret me habló de “las habitaciones para los huéspedes”. No era una mala idea quedarme en una de esas habitaciones hasta el día siguiente, pensé de nuevo, pensando en la oferta con algo de miedo, mientras pensaba si la idea era buena o era mala. En fin, lo decidiría más tarde. Quedarme era preferible a arriesgarme a altas horas de la noche con un chofer más lúgubre que el viejo mayordomo. Entre tanto, mi cabeza daba vueltas pensando en lo que pensaba decirle a Márgaret en medio de la cena, pero al ver que Huguito se acercaba, me olvidé de lo que estaba pensando decirle y no le decía, porque, aunque mi cerebro pensaba bien con respecto a lo que quería manifestar a viva voz, mi lengua no respondía a lo pensado, y, con cada servida del Macaca, se me olvidaba lo que estaba pensando decir y pues... Le hice una seña al cerebro musculoso de Huguito, que pensaba igual que mi cerebro en estas

ocasiones, y entendió, a la perfección, la mueca de mi rostro. Por lo tanto, no hubo necesidad de emitir sonido alguno desde los metros que nos separaban, para que me rellenara el vaso, sin pensarlo mucho, con otro de esos “Maculo”: “puro, por supuesto y sin hielo” como lo había recomendado Márgaret: “para que disfrutes el “buqué”, dijo. Pasaba como agua bendita y sabía a dioses. Si el Etiqueta 12 años era lo máximo para el gordo Wilmer, al pobretón no le pasaba por la mente lo sublime que era beberse un “Maqueto” como éste. Diciembre estaba cerca y la viuda me había ofrecido un par de botellas del que yo escogiera en su bodega. Me olvidaría del Swing 18 años y me llevaría dos del “Maximiliano”, un whisky que me tenía pensando en un par de carajitas ricas que estaban como locas para follar en trio ¡Viva Carlos Andrés, carajo! Estuve a punto de gritar.

Nos dirigimos hacia el ala derecha del castillo. La vista, ahora, cambiaba hacia el sur. La iluminación de las bombillas que eran las dueñas del recinto se atenuó para darle paso a las velas colocadas en sus candelabros sombríos, y se apropiaron del ambiente. No hay cosa más sorprendente y espeluznante, a la vez (dependiendo de cómo se mire) que observar el mundo desde la estratósfera. Y, si no me encontraba en otro planeta lo más seguro es que estaba soñando, o había sido abducido por una nave espacial. Abajo, estaba el mundo, arriba estaba yo frente a un mirador absorto ante una ciudad que no era la mía, esa de los crímenes a diario, de la prisa ante el miedo, de la miseria, del robo, de los odios, conflictos, peleas callejeras, abusos, violencia y peligros en cada esquina. Esquizofrenia generalizada y ceguera ante la bala perdida de un sicario.

—Después de cenar te paseamos por la galería del sótano, Martín. ¿te parece una buena idea, Matilda? —Matilda respondió la pregunta con unos aplausitos que se alargaron ante la llegada de

las bandejas que colocaba María, auxiliada por las otras dos chicas de servicio a lo largo de la mesa. Cada chica destapó la suya. La de María contenía tres langostas medianas o tres langostinos gigantes. Yo comenzaba a ver doble.

–Estos son espárragos envuelto con prosciutto a la parrilla – señaló María, y, sirviendo como portavoz de las otras dos chicas que la acompañaban, agregó– aquí están las papas Hasselback, los panecillos de queso con coliflor, también la ensaladilla cesar y el risotto de champiñones. ¿Quiere que sirva?

–No, María, está bien, nosotras nos encargamos.

–Entonces buen provecho. Ya el señor Hugo trae el vino blanco que usted le exigió, señora Márgaret –y las tres salieron hacia el fondo en donde se encontraban las escaleras ensangrentadas. María presidía la columna. No terminaron de llegar cuando se toparon con Huguito que venía, bandeja en mano, con la botella de vino y tres copas más cristalinas y brillantes que las que Iginio solía utilizar para servir en el Vesubio.

– Chardonnay blanco, como sugirió, señora. –Colocó las copas y se dirigió a Márgaret, quien lo cató con delicadeza y no con la bestialidad con la que me había explicado Iginio en cierta ocasión.

Brindamos y comimos. Yo trataba de guardar en mis neuronas perturbadas por los tragos de Maculo, toda esa experiencia para compartirla con Marcela en algún restaurant fino de la ciudad. Vestiría el mismo flux azul marino y mí corbata roja purpura, simbolizando el amor puro y la pasión, y llegaríamos en taxi para evitar las malas lenguas de los valet parking al no poder llevar la Niva a su puesto en el estacionamiento.

Cuando Márgaret me pidió mi opinión sobre la cena solo atiné a decir lo mismo que escuchaba de los clientes del Vesubio: “mis

felicitaciones al chef”. Ellas rieron. No hizo falta más. Estaban conformes y divertidas con aquella frase que reemplazaron al femenino: “mis felicitaciones a la Chef”. Un par de tragos más de sobremesa nos condujo hacia el ala norte del salón. Desde allí contemplamos otra parte de la ciudad y Margaret sugirió luego un recorrido por la galería del sótano.

17

El aterrizaje desde la nave nodriza en una cápsula aerotransportable llamada Mercedes Benz fue todo un éxito. Bajamos por la pendiente de Los Naranjos hasta llegar a lo que yo sentí como tierra firme justo frente al centro comercial del Cafetal. Lo blanco seguía dominando todo el paisaje desde que desperté en una habitación que nada tenía que envidiarle a un hotel de siete estrellas en Abu Dhabi. Habían tocado la puerta y salté del susto porque confundí el sonido con disparos de una Glock 9 milímetros. Era María quien siguiendo instrucciones de la noche anterior venía a despertarme, a la vez que me anunciaba que el desayuno estaría listo cuando lo deseara. También me participaba que la señora Márgaret y la señorita Matilda estaban indispuestas y no me acompañarían y me preguntó si lo deseaba en la habitación, a lo que me negué agradeciéndole el gesto.

—Muy bien, señor Martín, aquí, entonces, le dejo las toallas, una bata y varios productos para su baño de espumas —y, acto seguido, escuché unos pasos tímidos que se alejaban de la puerta.

Había desayunado como un príncipe ¡qué digo! como un rey en un espacio del jardín rodeado de plantas que parecían gravitar a mi alrededor. Lo último que me vino a la mente de la noche

anterior, antes de perder la memoria, se limitaba a un leve estar presente dentro de una inmensa caja de cristal con decenas de obras de arte y a unas palabras mías a modo de preguntas impertinentes, que tenían que ver con una puerta sellada al fondo de la galería que, me llamó la atención. “aparejos, lienzos inservibles, madera para marcos y potes de pintura que antes servían para algo y ahora solo son recuerdos”, había aclarado Márgaret.

El chofer siguiendo mis instrucciones no me dejó en mi edificio, sino a un par de cuadras de la central policial. Me urgía hablar con el gordo Wilmer sobre lo acontecido a monseñor Aguilera. Faltaba poco para el mediodía y si alguno de los oficiales me veía bajar del automóvil y le iba con el chisme, podía generar suspicacias. En lo que respecta al chofer, sordo, mudo, pero no ciego, me convenía que, si Márgaret preguntaba por mí, le comentara el lugar en donde yo me había quedado. Al abandonar el automóvil caminé un par de cuadras al Vesubio. De seguro, Pablo, estaba levantando la Santa María del negocio y yo necesitaba con urgencia tomarme una cerveza bien fría.

“El sueño es una sucesión de experiencias cognitivas acontecidas en el transcurso de la vida real; ya que soñar es un subsistema de la red neuronal por defecto. La RND es un conjunto de regiones del cerebro que colaboran entre sí y que podría ser responsable de gran parte de la actividad desarrollada mientras la mente está en reposo. Esto demuestra que el cerebro no se encuentra al ralenti cuando no interviene en actividades conscientes, por ejemplo, cuando se está bajo los efectos de una anestesia”.

El gordo Wilmer llegó empapado en sudor, como siempre, tal vez se ejercitaba dando saltos de rana para demostrar que se

encontraba en forma. Entró al local junto a una tromba de aire caliente. Lo saludé desde la esquina de la barra con un gesto como diciéndole: “aquí te espero gordito para bajarte de la mula una vez más”. Por fin, desde nuestro reciente encuentro, luego de un largo tiempo sin vernos, noté que el gordo no era gordo. A sabiendas que era flaco, siempre lo veía como el gordo Wilmer, pero en esta ocasión reparé en su camisa, que, al igual que la mía, le ondeaba, pero peor que a mí. Sí, definitivamente, al gordo Wilmer había que llamarlo desde ahora el flaco Wilmer y apenas tomó asiento a mi lado en la barra del Vesubio lo salude con afecto fingido.

–Y entonces, flaco –los ojos casi le saltan de sus cuencas.

–¿Lo notaste? Parezco un atleta ¿verdad?

–De alta competencia, flaco. Eres un ejemplo de disciplina y constancia. Qué más te puedo decir que no sea felicitarte, por no parecerlo, sino por ser un galán –soltó una carcajada desagradable llena de emoción.

Yendo al grano, acercó su cadavérico rostro y me enrostro su mal aliento en el mío

–¿Qué noticias nuevas hay de la investigación?

–Primero, lo primero. Pide un par de tragos y vamos a la mesa del rincón para hablar en confianza.

Los pidió con una señal de levantamiento de codo, la mano como si en ella estuviese un vaso invisible que se llevaba a los labios. Pablo, al otro extremo de la barra, algo atareado, entendió, sin ninguna duda, que había que destapar una botella de Etiqueta. Nos fuimos al rincón.

–Hemos adelantado bastante.

Esta vez no le mentí como en anteriores ocasiones. Mis conjeturas eran lo suficientemente sólidas para sospechar de una conspiración internacional, cuyo asiento era la industria petrolera. Saltó de la silla e hizo tambalear la mesa, un temblor le recorrió desde las pantorrillas hasta su cabeza rapada que parecía estar debajo de la ducha por tanto sudor. El rostro se le torció como quien sufre un trastorno neurológico producto de un ACV.

–Y ¿eso de dónde salió? –preguntó al recordar aterrado nuestra anterior conversación en la que yo dejé caer la sospecha de que él podía estar implicado en el asesinato del empresario Fernando Rodríguez.

–Hacia allá me ha llevado la corriente por ahora. Solo me falta cruzar el puente y caso resuelto. Por cierto, necesito algo de dinero urgente.

Abrió la aplicación en el celular sin pensarlo. Hizo varios toques con el índice sobre la pantalla y...

–Listo, ya te transferí una cantidad grande. Si ves mi nombre por ahí, procura sacarme del paquete. Tú sabes que lo único que he hecho es aprovecharme de la situación, para obtener un dinero de la viuda. Del resto, no tengo nada que ver, pero también en esta investigación puede estar presente la envidia y no me extrañaría que otros funcionarios se hubiesen enterado de mi...–calló, pero seguro iba a decir “negocio”– interés por llegar hasta las últimas consecuencias del caso y me quieran involucrar para presionarme, o hacerme una advertencia... No sé...

–Tranquilo, flaco, que de eso me encargo yo, ¿no? en fin, si no, para qué son los amigos. Ahora necesito información del atentado que le hicieron monseñor Aguilera.

–¡ATENTADO! ¿cuál, cómo, dónde, Martín? La noticia es que

lo llevaron a la clínica porque sufrió un ABC –que ignorante es este gordo de mierda, pensé, pero no le quise corregir el alfabeto– y se encuentra en terapia intensiva...

–Pues no, yo llegué cuando apenas le acababan de reventar el lado derecho del cerebro con una pieza modificada para no romperle la crisma por fuera, sino, por dentro y zas, lo dejaron largo a largo en plena iglesia.

–¡Coño! me asustas, Martín, –realmente lo estaba– yo te pasé el dato sobre Monseñor porque escuché que en el departamento mencionaron su nombre, pero lo menos que imaginé es que estuviera tan involucrado como para que le hicieran un atentado de esa naturaleza.

–Pues, al parecer, lo estaba, y no me he podido acercar a la clínica porque está rodeada de chivos de Inteligencia y quien sabe de qué otras dependencias ya que, en este país, gordo, digo, flaco, sobran los signos y los símbolos policiales. Siglas que ni los mismos funcionarios saben pronunciar

–Eso es cierto, y volviendo al tema: si la vaina es como tú me la mencionas, Martín, estoy sumergido en un mierdero.

–Tú lo has dicho, pero tengo una posible solución para sacarte del paquete y no te va a ser muy difícil cumplir con el recado.

–Lo que sea, Martín, dime lo que tengo que hacer y dalo por hecho.

–Necesito que te llegues a la clínica e indagues, yo no puedo acercarme sin generar recelos. Habla con los médicos, con las enfermeras con las limpiadoras, con quienes lo visitan y si es posible hasta con los chivos que mantienen la vigilancia. Pero trata de que sea esta misma tarde, no podemos perder tiempo.

No lo pensó mucho y se tomó un par de tragos para no estar indispuerto. Pidió la cuenta, canceló y se despidió. Salió con premura y eso me dio seguridad de que estaba preocupado con la nueva noticia. Por mi parte, me sentía bastante bien, sin nada de resaca a pesar de la bacanal de la noche anterior en casa de Márgaret. Eso es lo bueno de beber buen whisky. La botella de “La Perdiz”, eso que parecía, pero que de whisky solo tenía el nombre, seguira en su estante hasta nuevo aviso, pero que digo, coño! ojalá se quedara ahí para siempre. Tomé el celular y pulse el número de Marcela.

18

–Guao! y esa pinta –fueron sus primeras palabras al verme– esa corbata aflojada, así como está, te da un aire de artista que ni te cuento.

–Estuve temprano donde la esposa y la hija de la víctima –no las quise llamar por sus nombres y de paso le mentía para evitar explicaciones– por eso me ves disfrazado, es la mejor manera de pasar por las alcabalas de esa urbanización.

–Y qué del carro –se ponía quisquillosa, como buen policía– lo dejé en casa y tomé un taxi, igual me regresé en otro. La mesada del gordo Wilmer alcanza para todo eso.

Desde el Vesubio había caminado muy lento, las cuerdas que me acercaban a la Posada de Cervantes. Así le daba un poco de tiempo a Marcela para que dejara la oficina sin generar sospechas, sobre todo si se tropezaba con el gordo Wilmer a la salida. Allí habíamos quedado en vernos luego de mi fugaz llamada. Necesitaba verla, hablarle y sentía cierta culpabilidad al no compartir con ella momentos tan grandiosos como los que había pasado en casa de

Márgaret y su hija. Cuando entró la vi más bella que nunca, la culpa siempre nos cobra con creces los secretos que guardamos. Todos tenemos secretos le había dicho yo a Márgaret en uno de mis primeros interrogatorios, todos, y los guardamos hasta que nos vemos frente a la muerte, aunque otros, incluso, se los llevan a la tumba, sin ningún vestigio de culpa. Nos gustaba estar en la barra, pero en esta ocasión como en otras que teníamos que hablar de trabajo, nos íbamos al segundo piso de la taberna donde a esa hora no había clientes y en una mesa arrinconada, nos dedicábamos a planificar las acciones a seguir.

–Mira, te cuento, que le encargué al gordo Wilmer que se fuera a la clínica a averiguar todo lo referente sobre el atentado a monseñor Aguilera.

–¡No me digas! ¿Y lo hizo?...

–Lo está haciendo ahora, salió raudo del Vesubio y me aseguró que, a más tardar, para esta noche, me tenía toda la información sobre el suceso. Esperemos ver con que cuento nos llega, pero está más asustado que langosta en bandeja cuando ve que el agua está hirviendo. –Desplegó una risa única, mostrando esa dentadura, esos labios sensuales, esos dos agujeritos que me enloquecían que se le formaban a los lados de la boca cuando se alegraba por algo, esa boca que me hacía delirar cuando hacíamos el amor.

–Ahora dime ¿a qué conclusiones has llegado en estos días, antes de tu aparición, luego de varios días sin verte?

–Creo que tengo el caso a punto de ser resuelto. Depende de lo que el gordo pueda averiguar sobre lo ocurrido con monseñor, si logra hacer hablar a los médicos y al personal de la clínica. Los chivos de Inteligencia que lo cuidan no deben tener ninguna información y solo están ahí para vigilar a quienes llegan de visita. El gordo puede pasar como un funcionario que necesita rellenar

algún formulario sobre el suceso. Además, es el jefe del departamento de criminalística. No debería generar suspicacias.

—O sea, que en unos días nos veremos libre de todo esto y...—no terminó la frase, porque me acerqué a su rostro y besé sus labios con pasión metiendo mi lengua en su boca despacio y acariciando la suya con la mía cuando ella hacía lo mismo en ese juego erótico que habíamos iniciado desde hacía unas semanas y que iba creciendo prodigiosamente en contraste con el deseo promiscuo que invadía mi mente en mis encuentros con Márgaret y con Matilda. Estaba seguro que nunca me acostaría con ninguna de ellas, pero con Marcela lo estuve desde el primer día en que la vi entrando por las puertas del Vesubio. Y no había errado. Tampoco en la cama porque si bien no recuerdo cómo fue la primera vez, las veces siguientes fueron memorables.

—Tenemos todo el tiempo para dedicarnos a nosotros y con la paga, creo que vamos a disfrutar de todo lo que durante años no hemos logrado disfrutar.

—Que Dios te oiga.

—Dios nada tiene que ver en esto, Marcela.

—Ah, ya me olvidaba que eres ateo y no crees en nada, ni en nadie.

—Creo en ti, que es como creer en Dios.

—¡Uy Dios! Qué halago, mira que me estoy enamorando de ti.

—Yo pensé que ya lo estabas.

—Bueno, follar es una cosa y enamorarse es otra. Esa es tu filosofía ¿o no?

—Ustedes las mujeres cuando agarran un tema, nos sentencian

para siempre. Hasta a punto de morir nos piden explicaciones.

—¡Ay! Martín, por favor. Ya tienes días con ese temita de la muerte. Déjate de eso, chico.

Sí, la muerte siempre estuvo fija en mí, pero ahora, con Marcela que era un ángel, la muerte se convertía en vida.

Nos llegaron los tragos juntos con el menú. En esta ocasión la deje escoger y decidió por una paella a la marinera. Entre tanto, le pedí que averiguara algo en su red de Thor, esa, la cosa oscura opuesta a la cosa “clara” del doctor Google, sobre pinturas y libros valiosos. No tenía idea del porqué esa ocurrencia mía, pero me latía en el cerebro algo que no entendía qué era, quizás un leve recuerdo del paseo por la galería particular de los Rodríguez, yo envuelto en nebulosas, quizás fingiendo muy bien que estaba en mis cabales cuando en realidad tenía una voladora de padre y señor mío. Es algo que los borrachos, con cultura etílica, manejamos muy bien. Mantener la cordura, aunque no entendamos nada de lo que nos dicen, solo basta con afirmar y nunca negar con la cabeza y de vez en cuando también es bueno una que otra frase: “Claro que sí”; “estupendo”, “genial” y así hasta el infinito. Jamás una frase negativa para evitarte problemas o entrar en polémicas. Lo más importante es caminar sin tropiezos, hablar poco porque en casos extremos la lengua te delata. Pero con el tiempo, las nebulosas se van disipando una vez que el hígado va procesado todo el alcohol y los recuerdos afloran juntos con el dolor de cabeza. Las frases, entonces, empiezan a tener sentido y eso me estaba pasando, precisamente ahora en este instante, mientras veía a Marcela enrollarse con el dedo índice un mechón del cabello con el que jugueteaba vuelta y vuelta, mientras me miraba fijamente como queriendo adivinar mis pensamientos cuando yo intentaba a la vez adivinar los suyos: ¿Qué estará elucubrando? Pensaba yo o pensaba ella. ¿Hacia dónde nos conducirá todo esto? ¿Qué

somos? ¿Pareja? ¿Amigos con derecho? Los recuerdos, en mi caso, llegaban y se iban, venían y se alejaban, estaban y desaparecían. Marcela hablaba y yo no escuchaba, acaso ¿había perdido el audio? Sabía que estaba con ella, que se encontraba frente a mí, que nos encontrábamos en la Posada de Cervantes, que había hablado con el gordo, ahora flaco, Wilmer en el Vesubio, que le encomendé una tarea específica, que me vine caminando dando tiempo a que Marcela dejara su oficina sin generar sospechas, que...esta blancura me está matando, todas las luces ahora son blancas, las ahorradoras de energía, las que permiten apreciar mejor las obras maestras, las que no le producen calor a los libros valiosos que necesitan una temperatura entre 16 y 20 grados centígrados, las que se empotran o se colocan en rieles para evitar un deterioro de las pinturas, las que se usan en los museos, en las galerías, en el Vaticano...en los quirófanos, en la terapia intensiva, en la sala de recuperación. Esa, precisamente esa, donde en este instante está monseñor Aguilera...Luz blanca de la morgue horas después que el pitico de la máquina a la cual estabas conectado comenzó a sonar y los picos de su pantalla se volvieron una línea recta. Luz blanca sobre una plancha fría donde te descuartizan y te llenan de cicatrices que serán cubiertas por los seres amados con un traje azul marino y una corbata roja púrpura, que simboliza amor y pasión... ¿Qué estará pensando Marcela?

—¡Epa Martín! ¿Te me fuiste a la estratósfera?

—Sí, perdón, me quedé en blanco, como...

—¿Cómo qué? Aclara el camino para no perderme en ese mundo tuyo de tinieblas.

El “cómo que” me dejó a mí también fuera de foco. Vi como levantaba las manos moviendo los dedos haciendo un gesto igual al de las brujas que salen en las películas de terror frente a mi ros-

tro. Algo le pedí que hiciera para mí y de pronto lo había olvidado.

–Mira que mañana es Halloween. ¿O tampoco crees en brujas?

–No, no creo en brujitas como tú, pero de que vuelan, vuelan – y estuve a punto de narrarle la extraña experiencia que había vivido en casa de Márgaret.

–No me terminaste de aclarar lo del camino ese, cuando te quedaste ¿en blanco? ¿eso fue lo que me dijiste? ¿en blanco?

–Sí, aún continuó en blanco, pero recuérdame ¿en qué estábamos?

–Me decías que necesitabas que entrara a la zona oscura de Thor para investigar algo sobre pinturas y libros perdidos en el Vaticano en estos últimos años.

–Sí, y para qué te pediría hacer algo como eso...

–Dime ¿cuántos tragos te tomaste con el gordo Wilmer en el Vesubio?

–Canceló la botella, pero no creo haber pasado de tres o cuatro tragos a lo más.

–Qué tal si vamos a mi departamento que está más cerca que el tuyo, ya que andas sin carro y te quedas a dormir. Así descansas algo, porque te veo agotado. Podemos ir caminando. Está apenas a unas cuabras de aquí, ahí cerca, en la Candelaria.

A todas estas yo no había soltado el sobre manila con el que dejé la casa de Márgaret. El otro bolso de tela de yute rotulado con la marca “Macallan” se la había dejado a Pablo para que me la guardara antes de que el gordo (ahora flaco) Wilmer llegara a la taberna. El sobre paso inadvertido para todos, pero no se había despegado de mi antebrazo como cuando usaba sobaqueras con

mi Beretta 9 mm con cartucho M882 de toda la vida. De pronto entre en cuenta que al abrazar a Marcela lo coloqué a un lado de la mesa recostado de la pared. Lucía normal, un sobre lleno de papeles y quizás por eso, Marcela no pregunto acerca de su contenido. Recordé que, dentro de él, Matilda había guardado las dos novelas de Dashiell Hammett y canté: ¡bingo!

–Mira lo que te tengo aquí –lo abrí y extraje a Sam Spade con la misma habilidad del malabarista que extrae un conejo de su sombrero en medio de un teatro de niños que gritan de emoción. Marcela no gritó, pero se me lanzó encima de un brinco y terminó en mis piernas para luego besarme como no lo había hecho antes, en ese teatro solitario, en donde solo las mesas y sus manteles blancos eran testigos de lo que sucedía entre dos actores en un mundo de fantasmas, en la víspera del día de las brujas. La amé más que nunca. Su lengua penetró mi boca como una lagartija y se movió como un tornado. El pene se me levantó de inmediato y me provocó tirármela ahí mismo. Ella lo notó, río provocativamente y estiró su mano para colocarla sobre el pantalón en donde aquello lucía como un volcán en erupción. Lo acarició con suavidad tomando las previsiones del caso. Me besó de nuevo con pasión desbordada y no aguanté, mojé todo el interior junto al quejido que ella ahogó con su otra mano.

Cuando desperté no la vi a mi lado, pero supuse que el ruido de trastos fuera de la habitación se debía a ella. Estaba a punto de salir de la cama cuando la puerta se abrió.

–Ya se despertó el bebé, dormiste profundamente. Cuando llegamos te lanzaste en la cama y tuve que desnudarte...

–No puede ser y no hicimos...

–No, no hicimos nada, bastó con el preámbulo que te manufacturé en el restaurant luego de la sorpresa que había en el

sobre. Llegaste y caíste muerto. Yo aproveche de leer algo de Hammett. ¿Quieres un café? También puedes esperar al desayuno, en eso estoy, será como un desayuno almuerzo, –miré la hora y me sorprendí – me dio tiempo de pasar por el supermercado y en la tienda cercana te compré esta camisa, porque la que tenías parece que se la pediste prestada al gordo Wilmer antes de que fuera el flaco Wilmer.

–¡El gordo Wilmer! Coño, el gordo Wilmer –salté en busca del celular, 11 am, y había varias llamadas perdidas.

–Sonó varias veces, pero no te quise despertar.

–Diez llamadas del gordo Wilmer, algo debe haber averiguado para insistir tanto, menos mal que no se te ocurrió responder.

–Yo en cosas privadas no me meto –y me lanzó a la distancia la camisa beige mientras daba media vuelta para continuar con su labor en la cocina. Por el camino apuntó:

–Esa te combina bien con el azul marino.

Pulsé el número del gordo Wilmer, pero no obtuve respuesta, y decidí esperar a terminar el desayuno junto a Marcela. A punto de llevarme la taza de café a los labios me llevé un sobresalto con la sirena del celular, “tengo que cambiar ese tono, pensé”. Era un mensaje de texto del gordo diciendo que le urgía verme al mediodía. Le respondí pidiéndole una hora más de tiempo. Pensaba que Marcela y yo podíamos recuperar lo abandonado la noche anterior, no me quitaba de la mente el preámbulo erótico, pero ella prefirió postergarlo para otra oportunidad y me dejó con las ganas.

Llegué al Vesubio en pantalón y camisa, el saco lo abandoné donde Marcela, faltaba un cuarto para las dos de la tarde. Apenas

tomé asiento en la barra le envié un mensaje al gordo Wilmer. Respondió que en diez minutos estaría conmigo. Preferí pedirle a Pablo una cerveza. No había bebido casi nada el día anterior, apenas un par de whiskies con el gordo y media botella con Marcela en medio del almuerzo, pero me dio por someter a mi hígado a un reposo obligado. No la había terminado cuando apareció el gordo.

—¿Cerveza? Como que finalmente el cuerpo te está pasando factura. Ya era hora porque de seguir como ibas me dejabas en la ruina.

—Deja los chistes malos, gordo, que te quedan gordos, y dime cuál es la emergencia, debe haber sucedido algo muy importante para que me repicaras tantas veces y luego este encuentro “tan urgente”.

—Pues, hermanito, el curita está muerto. Cuando llegué le estaban dando la noticia a los familiares, igual me quedé toda la tarde husmeando por ahí.

—Ajá, y ¿entonces?

—Entonces, esto fue lo que pude conseguir de una enfermera de terapia intensiva. Según su versión, el cura padeció más que el mismísimo Jesucristo en la cruz. Contó que, eran muchos los movimientos que realizaba el cura durante las noches, y eso no era normal en un paciente en estado de coma, lloraba, se movía, de pronto habría los ojos y los movía de un lado al otro como si estuviera poseído, pero siempre pronunciaba un nombre: “Tiziano”. Algo extraño porque según el neurólogo que lo asistía, nadie habla cuando se encuentra en esa situación y asumí que era producto de la imaginación de la enfermera. Esto se convirtió en un rumor que los otros comenzaron a repetir por toda la clínica sin ser testigos de ese fenómeno. “Por supuesto, siendo un

monseñor el paciente, no es de extrañar que sobre él se tejan este tipo de supercherías. El misterio de la vida y la muerte será siempre algo que escapa a la ciencia” fue la sentencia final del neurólogo de la cual tomé nota, al igual que haces tú en tus investigaciones ¿qué te parece? ¿Me la comí o no?

Los últimos avances científicos han demostrado que los pacientes en un estado de conciencia mínima pueden sentir dolor, emociones y hasta cierto punto entender lo que se les dice, aunque no puedan dar respuestas fisiológicas. Gracias al uso del escáner se ha logrado detectar respuestas cerebrales de los pacientes cuando se le hacen preguntas en su lecho vegetativo.

Sí, en realidad el gordo se la había comido, pero yo aún continuaba en blanco, con una sensación de mariposas en el estómago como cuando te enamoras y se combinaba con una especie de pinchazo en la cabeza. Había una sombra a punto de aclararse en mi cerebro, un pensamiento oculto, secreto, un algo que no acababa de recordar, pero que estaba ahí, latente a la espera de un estímulo que lo desencadenara.

—No veo aún la relación entre su delirio y nuestro caso, pero ahora todo se enreda más que antes. Vivo, seguramente no habría soportado un interrogatorio. ¿Sabes lo que es un nudo gordiano?

—No te burles de mí, Martín, que ya bajé bastante de peso.

—No, chico, no seas bestia —no me pude aguantar esta vez— esa es una vaina que inventó un tal “Gordio” en la ciudad de “Gordias”, que al atar su yegua a la carreta, lo hizo tan arrecho que nadie podía desatar los cabos y quien lo lograra desatar conquistaría el oriente, por ahí va la cosa, pero bueno, lo que te quiero decir es que yo venía atando cabos, luego vino lo del nudo

gordiano y me dije que más que atar los cabos, tenía que desatarlos, pero ahora una vez que ha muerto monseñor, vuelvo al bendito nudo gordiano y a los cabos atados que no puedo desatar ¿Me entiendes?

—Para nada, viejo. Tú hablas muy enrevesado —y tenía razón, yo tampoco entendí mucho el texto que al respecto me había enviado Marcela, pero me hice el polaco, ya le daría la vuelta, pero de que el gordo era más bruto que yo, lo era. En eso no había dudas.

Para la cita con el gordo Wilmer, caminé desde el departamento de Marcela hasta el Vesubio. Varias cuadras que me despejaron un poco la mente. Ella decidió cogerse el día para trabajar en lo que le había sugerido. “Al fin y al cabo, Martín, atando cabos, en esa oficina nadie anda desatándolos, pendiente de quien trabaja y quien no”, dijo. Pedí otra cerveza y el gordo me secundó, brindamos entre espumas. Lo blanco aun con matices personifica la inocencia y la pureza. Se la tomó de un solo golpe y pidió otra que bebió más despacio.

—Bueno y qué nos toca hacer ahora, luego de este fiasco.

—Lo primero que voy a hacer mañana temprano es acercarme a la oficina de seguridad de los cubanos. Les lanzo un anzuelo y a ver si pesco algo. Tengo la sensación de que en esa oficina hay secretos bien guardados.

—Y cuándo interrogarás de nuevo a la viuda, mira que necesito sacarle algo de dinero.

—Pronto, pronto, gordo, por el momento me voy a casa, necesito un buen baño, afeitarme y echarme a pensar.

Por primera vez, desde que me encuentro con el gordo en el Vesubio, pagué la cuenta. Salimos juntos del local y él cruzó la

avenida directo a su oficina. Hizo muy bien su trabajo averiguando lo sucedido con monseñor Aguilera, ahora me tocaba culminar lo que él había iniciado. El nombre de Tiziano me daba vueltas en la cabeza. Debe tratarse de alguien muy importante para el prelado. ¿Un familiar lejano, quizás? ¿Un hijo no reconocido? porque estos curas desde hace siglos se las traen. ¿Era pedófilo el cura? ¿Se había follado a un niño llamado Tiziano? Acaso ¿existe San Tiziano a quien se encomendaba ante la muerte? ¿Por qué repetiría tanto ese nombre? Y ¿por qué morir tan perturbado? Si se supone que cuando se está en coma no puedes mover ni una pestaña. ¿Qué lo perturbaba tanto? ¿Qué pecado tan terrible lo acosaba? Pare un taxi, empezaba a lloviznar y seguro en lo que tarde en llegar, las calles estarán insoportables.

“Los pacientes en estado vegetativo, tienen una disociación entre estar despiertos y estar dormidos, pero no tienen contenidos de conciencia. Parecen estar, pero no están, se les puede ver despiertos y en las noches cierran los ojos, alternando entre estados de sueño y vigilia, pero el gran misterio está en descubrir si sueñan con algún hecho del pasado o del presente”.

Las sirenas se oían a lo lejos, una y otra, y otra vez. El sonido, cada ocasión era más cercano. Soñaba con ambulancias, esas antiguas de blanco con la insignia de la Cruz Roja en rojo que ni de milagro podía representar la pasión y el amor. Eran muy parecidas a las que uno ve en las películas de los años cuarenta. Ambulancias de las II guerra mundial que alternaban con otras más modernas y llegaban a una esquina de una avenida desconocida, había también muchos modelos de automóviles policiales y motocicletas. Un cuerpo ensangrentado se encontraba

en plena vía pública. Los uniformados encauzaban el tránsito vehicular. ¿Quién es la víctima? preguntaba uno de los detectives de CSI. “Un tal Tiziano”, respondía el otro. La alarma de la ambulancia que se encontraba cercana al cadáver se hacía insoportable y uno de los detectives gritaba ¡calla ya esa sirena hijo de puta! No ves que estamos trabajando...

Salté de la cama, el celular no paraba de sonar, esa sirena que tengo presente cambiarla y nunca lo hago, lo tomé entre dormido y despierto.

—Aló, Martín, hola, me tenías preocupada, te estoy llamando desde anoche y pensé, ¡Dios! En realidad, no sé lo que pensé... ¿por qué no respondías?

—¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana.

—Uff, que sueño tan profundo el mío, llegué a casa temprano bastante cansado, me di una ducha y luego me acosté a ver la televisión y hasta este instante que me llamas, no sabía en dónde andaba.

—En las nebulosas, claro. Imagino que sigues en blanco —y se echó a reír.

El televisor seguía encendido, me fijé y estaban dando la serie “*La ley y el orden. Unidad de víctimas especiales*”. Olivia Benson se encontraba encerrada en un sótano a merced de un pervertido que la había secuestrado. Estaba herida, y, aun así, había logrado someter al criminal. A las afueras del lugar llegaban decenas de uniformados en patrullas para rescatarla, pero ya no hacían falta... todo había acabado.

—Al menos sé que te encuentras bien. Puedo respirar tranquila.

Me sentir culpable, ahora yo era una preocupación más para ella y, de pronto, advertía que también ella, ahora, era una nueva preocupación para mí. Vivir sin nadie a tu lado, tiene sus pros y sus contras cuando pasas de cierta edad, los contras sobran en mi caso, basta con mencionar la hipocondría y en cuanto a fortalezas se refiere, tengo pocas, pero al contrario que los contras, estas “pocas” van ganando terreno con el tiempo y se llama experiencia.

–Recuerdas lo que me encomendaste anteayer para que lo buscara por internet, y luego lo olvidaste. Mejor dicho, te quedaste en blanco –y escuche su risa fina, delicada, amorosa.

–Para nada y sé que te vas a burlar de mí, pero sigo en blanco.

–Pues estabas interesado en saber acerca de obras de arte: pinturas, libros y esas cosas, propiedad de El Vaticano, y que se hubieran robado en los últimos años.

–La verdad, aún no imagino para qué te pude haber pedido algo como eso, pero, dime, qué conseguiste, acabas de despertar mi curiosidad.

–Había mucha información al respecto, y te copié los enlaces que consideré más importantes, aunque no tengo idea de que buscas con esto, en fin, te los envió tal cual, sin ningún tipo de selección porque, como te dije, no tengo idea para que necesitas toda esta información. Espero que te sirva de algo, amor –dijo “amor” y eso me llegó hasta el alma, y no me pude aguantar...

–Necesito verte, podrás venir a casa cuando salgas de la oficina o quizás mejor yo me acerque a la tuya.

–¡Me necesitas! No me digas –y volvió a reír.

–Bu, bu, bueno... yo...–interrumpió mi balbuceo.

—Sí, mejor voy yo, espérame pasadita la tarde y por el camino llevó una pizza, by, te quiero, loquito —y cortó la llamada sin darme tiempo a más. No era que me despidiera.

Me levanté e hice planes para recibirla. Lo primero que tenía que hacer era acicalar el departamento que estaba vuelto un desastre, luego me sentaría frente a la laptop para ver el material que seguramente me estaba enviando por correo en este instante. Tenía flojera de hacer el desayuno, así que preferí bajar a la panadería del frente: “La petite folie”. Quizás en algún momento podría pedirle a Margaret que me tradujera el nombre al español. “La pequeña locura”, me apuntaría en la ocasión, pero al momento me estoy adelantando a lo que me diría una semana después, cuando fui a visitarla para que me hablara de un tal Tiziano.

Por ahora, terminaba de limpiar todo sin olvidar el baño que siempre olía a orines, la habitación la dejé pulcra. Cambié sábanas y fundas de las almohadas, abrí las ventanas para que entrara el sol y despejara mis transpiraciones alcohólicas. Aspiré el polvo de las cortinas porque Marcela era alérgica y la última vez que vino no cesaba de toser. Seleccioné de mi colección, los mejores discos de acetato, entre ellos uno de Ismael Rivera por aquella canción: “Si yo pudiera”, que, para su edad, ella no recordaría. Hacía tiempo no usaba mi Garrard con aguja de diamante. Esperaba que no tuviera la ocurrencia de invitarme a bailar porque ahí, si es verdad que yo era lo que en el barrio llamaban “el propio pata sorda”. No bebí ni una gota de alcohol y preferí unos zumos de frutas mientras limpiaba. Quería estar sobrio a su llegada. La nueva moda era el Viagra, pero con Marcela, eso no hacía falta.

“En un sueño lúcido, la persona que sueña está consciente de que está soñando. En esta etapa puede tener cierto control sobre su sueño. Esta medida de dominio o de mando, puede variar en cada uno de ellos y es normal que así sea, cuando la persona que

duerme, de repente, se da cuenta de que está soñando”.

Al término de la labor doméstica, opté por un café y la laptop. *Correo de entrada: “Marcela 2020”:* “Ahí te va en un anexo lo que me pediste”.

20

–Si fueras norteamericano, seguro serías como Sam Spade... Bueno un Spade criollo. Ya me leí completa una de las novelas. Sabías que en el año de 1530, los Caballeros de la Orden de Malta le habían regalado al emperador Carlos V una estatuilla en forma de halcón llena de piedras preciosas. Pues te cuento que ese es el argumento de la novela: “El halcón Maltés” de Hammett. Durante siglos la estatuilla fue objeto de robos, pero de pronto aparece en San Francisco, donde es codiciada por una banda internacional de criminales ya que el bicho vale un dineral. En esa trama entra Sam Spade, quien al igual que tú tiene que bregar con mentirosos como el gordo Wilmer, traidores como los cubanos de la estatal petrolera y con ciertas chicas seductoras que son sus clientes y ocultan secretos siniestros –me asustó con esas comparaciones– claro que en tu caso la única chica soy yo y ni soy siniestra, ni guardo secretos.

Comiendo, sentados en la mesa nos dividíamos los trozos de pizza. Había traído con ella una botella de vino, “porque la cerveza embucha” y yo le contaba todo lo sucedido con el gordo Wilmer y lo que había investigado en la clínica, una vez que monseñor había fallecido. Durante la semana –le dije– pensaba visitar a los cubanos de la estatal petrolera. “Ten cuidado con esos bichitos”, me respondió. Y claro que los cubanos me estaban empezando a caer más gordos de lo que me caía el gordo Wilmer antes de ser el flaco Wilmer, pero también esperaba que ese peso no me cayera

encima y arrastrará a la viuda de Ferni y a su hija.

–¿Revisaste los documentos que envié por correo?

–Algunos, pero aún no tengo idea del porqué te pedí que hicieras esa investigación. Quizás sea la impresión que me causó el ataque a monseñor en su parroquia o también el haber visi...–iba a decir visitado la galería de Márgaret, pero me delataría.

–Visi qué...

–No, nada, algo que me pasó por la mente y...

–Bueno, ya te acordarás, de verdad que eres como Sam Spade – y pensé: si continua con eso, me voy a ver obligado a leerme al espadachín ese.

–Lo más importante que me contó el gordo fue que monseñor, en su lecho de muerte, sufría espasmos y pedía ver a un tal Tiziano ¿Te suena para algo ese nombre?

–Me suena, ya sabré de dónde. Creo haberlo oído recientemente, pero no, no, ya me contagiaste con tu mala memoria.

–Si te llega algo avísame, podría ser importante para el caso.

Terminamos con la pizza y con la botella de vino y me sentía algo agotado, en realidad quería ir a la cama con Marcela, besarnos, desnudarnos, hacernos el amor y dormir hasta el día siguiente, pero a ella se le ocurrió que podíamos revisar los documentos en la laptop y la secundé por respeto a su investigación.

–Deja la jodienda, asere –Fidel no resistió más preguntas– no

ves que esto se está complicando.

–Y ¿cuál es tú preocupación?

–Pues ninguna, asere, aquí ni yo ni nadie está preocupado por la muerte de un corrupto de los tantos que abundan, en este país. Eso sucede cuando las cuentas no son claras entre socios y eso fue lo que recogió toda la prensa. Está en las noticias, asere, solo tienes que buscar los periódicos de la fecha y leerlos. Aquí no hay nada que buscar.

–El que busca encuentra, como bien dice el refrán.

–Pues comienza a buscar por otro lado y trata de no acercarte más por esta oficina, porque más bien nos puedes meter en problemas serios, asere –y dio por terminada la conversación.

La reunión con Fidel, el jefe de seguridad, no duró más de diez minutos, el hombre, en realidad, había perdido la paciencia y mis intenciones de lanzar un anzuelo para pescar al menos una sardina no dio los resultados esperados. Salí de la empresa sin nada. “Busca por otro lado” había sugerido, y, al parecer, tenía razón, por ese lado las pesquisas se me habían agotado. Todavía me quedaba parte de la mañana y toda la tarde para pensar, ¿qué me faltaba en toda esta telaraña? ¿En qué me había equivocado? Tomé una ruta para encontrar algo y salí con las manos vacías. Había dejado la Niva en el estacionamiento de siempre a un par de cuadras de la Central. Un taxi me había traído hasta la estatal petrolera y a la salida, decidí caminar hacia el bulevar de Sabana grande. Quizás una caminata ayudaría a disipar las nubes negras que me impedían ver con claridad. O, quizá, podía llamar a Márgaret, acercarme a su casa y por primera vez encontrarme con ella ¿qué excusa podía usar? “hola Márgaret, vine por...” Si no me hubiera traído las dos botellas de Macallan aquella mañana habría sido la excusa perfecta: “hola Márgaret, vine por lo que me ofreciste para

emborracharme como un príncipe” y ella, toda encantada, habría llamado a Huguito...Qué horrible es encontrarse ciego. Que enloquecedor es no poder rellenar ese espacio vacío en tu memoria. Ese Macallan habría sido el mejor remedio cuando Aída me abandonó. Andaba en esas cavilaciones mientras caminaba y ¡de pronto! sufrí un cortocircuito cerebral. Acababa de ver el nudo gordiano, el otro lado sugerido por Fidel, quien de seguro no tenía ni idea de quien era Gordio. El otro “lado” de al lado, como una línea paralela fantasma de un lado inexistente. Paré un taxi y me fui directo al apartamento, más tarde pasaría por la Niva, pero, por ahora, necesitaba verificar algo con urgencia y desatar el nudo. Para ello tenía que revisar de nuevo los documentos que Marcela me había enviado por correo. Mientras el taxista hablaba en solitario sobre la situación del país, pensando que yo estaba atento a sus opiniones, yo extraía la libreta del bolsillo del saco y buscaba frases sueltas a lo largo de todas sus páginas, salté una tras otra, todas con el pequeño logo de la compañía “Fermi Import”. Leí:

“Shakespeare”.

“Gumersindo Vargas, Bruno Amengual, Antonio Vegas y Emilio Villalba”.

“Libros que minaban la habitación del piso al cielo, eran Joyas de la literatura universal con alto valor financiero”.

“Todo lo que tiene que saberse al respecto”.

“Mis contactos”: “puedo averiguar algo, aún tengo contactos”.

“Todo en la vida es un riesgo”.

“Claro que locos sobran, hay quienes invierten miles de millones en pinturas, solo por el placer de poseer la obra y admirarla cada vez que se les antoje, mostrarla a los conocidos y amigos, jactarse

de ellas...

“El ego mi estimado detective, el ego. Algo útil en los negocios, pero nefasto para el espíritu”.

“Todos tenemos nuestros secretos”

“Cinzano”

El taxista me estafó con la carrera, pero no tenía tiempo para discutir con él, así que pagué y me dejé estafar. Cinco minutos y frente a la lapto, abría el correo que me había enviado Marcela. Eran decenas, pero no duré mucho en escoger los que necesitaba y desechar el resto. Tenía claro en mi cerebro todo lo sucedido la noche de los Macallan, el Macallan nubla, pero luego despeja la mente con una lucidez más brillante que la lucidez misma. Me carcajee al recordar a mi exnovia Aida, no, definitivamente, el Macallan no hubiese servido para olvidarla, porque al despertar del sueño habría muerto de pena al recordar los peores momentos junto a ella. Porque cuando el Macallan disipa las nebulosas, recuerdas hasta el momento en que naciste. Sí, al igual que en las viejas películas en cinemascopio, yo recorría la galería de los Rodríguez dentro de esa caja de cristal de luces tan blancas como las paredes de un hospital: “este es un Poussin, y este un Quizpez, aquí ves un Rivera, este otro es de Sánchez Perrier, por acá se encuentra esta belleza de Toulouse-Lautrec y para sellar con broche de oro, nada más y nada menos que Tiziano”. ¡Tiziano! Yo, en mi libreta, había escrito “Cinzano”

Márgaret junto a Matilda habían iniciado el tour, alrededor de la galería, por la “A” siguiendo una ruta para analfabetas hasta llegar a la “Z”. Jamás hubiera recordado a Tiziano en medio de esa sopa de letras pictóricas y tampoco nunca se hubiese develado la cortina de una puerta sellada a unos diez o quince metros de distancia: “trastes, maderas para marcos, lienzos bastante deteriorados y

potes de pintura”. Así había respondido Márgaret, dubitativamente, a mi pregunta. El caso daba otro giro, prácticamente de 360 grados, el círculo de contactos de Márgaret.

“Mi padre era un amante del lienzo y mi madre un genio de la escultura. Aunque ambos estudiaron arte en Europa, él lo hizo en la Nouvelle  cole de Paris. Ella, en cambio, prefirió Barcelona, y se matricul  en la Escuela de Bellas Artes de Olot”. Los apellidos de soltera de Márgaret eran Hor y Keating. Su padre hab ya muerto en 1976 y fue uno de los falsificadores más conocido a finales de la II guerra mundial. Su madre fue Gerardine Keating, quien era hija de un famoso falsificador, llamado Armand Keating, y era especialista en la fabricación de colores. Combin  la química con la botánica y logr  matices ancestrales. Ambos fueron la pareja perfecta de “vendedores de arte falsificado”, pero como siempre lo confesaban, nunca estuvieron en la cárcel.

Pierre Hor y, durante su estadía en París, después de haberse terminado la segunda guerra mundial, quiso convertirse en un artista de renombre, pero el destino no le abrió esas puertas y en medio de la hambruna, la mejor manera de subsistir fue la de usar su ingenio. Así, para mediados de los cincuenta su colección personal incluía dibujos, acuarelas y pequeños  leos falsos de Matisse, Picasso, Degas, Modigliani o Renoir, entre otros artistas no menos brillantes. Márgaret aprendió el oficio de sus padres desde pequeña y, a su mayoría de edad, estudiar a arte en la “nueva Bauhaus”. Para ese momento, ya sus padres habían cambiado París por Barcelona y hasta que ambos murieron su calidad de vida fue elevada, así como sus finuras, sensibilidad que Márgaret cultivará y heredar a en vida a su hija Matilda. Esa es la historia que me contar a Márgaret una semana después de que el Macallan hiciera su efecto milagroso. Con ella yo fijar a el norte que me llevar a finalmente por la ruta hacia el motivo del crimen.

–Dime loquito mío –era Marcela respondiendo mí llamada desde su celular– en qué te puedo meter una mano. ¿Está todo bien?

Todo estaba de la puta madre, me provocó decirle, contuve mi emoción porque todavía me quedaba un ápice de dudas sobre el caso, que no podía resolver hasta que no confrontara a las Rodríguez. No dormí en toda la noche, en esta oportunidad, atando cabos. Así como logré o esperaba haber logrado desatar el nudo gordiano producto del móvil del asesinato de Fernando Rodríguez, ahora me tocaba descubrir al asesino, no a los que dispararon en su oportunidad, eso se lo dejaba a la criminalística que ya vería qué hacer con sus sicarios. A mí me interesaba el asesino intelectual, el hombre que dio la orden al verdugo, el criminal tras bastidores que pagó con transferencia. Cuatro eran mis sospechosos: Gumersindo Vargas, Bruno Amengual, Antonio Vegas y Emilio Villalba; cuatro empresarios de renombre. Y cuatro posibles asesinos, por ahora, no estaba seguro si incluir a Márgaret y a su hija (todo era probable), a Huguito y hasta, ¿por qué no?, al mayordomo, si seguía el ejemplo de Agatha Cristie. A salvo quedaban María y las vampiras Macallan.

–Será que puedes investigar la actividad bancaria de estas personalidades. Necesito esos datos lo más pronto posible.

–Una de tus corazonadas, Sam Spade –y dale con el espía este.

–Más que una corazonada, espero que sea una certeza y caso resuelto.

–Ok, me monto ya en eso y te aviso.

Me levanté con la pesadez de no haber conciliado el sueño, me

preparé un par de huevos fritos, pan tostado y café. Desayuné y me fui directo a la ducha. El agua caliente me quitó la modorra, también me achicharró el cabello. Del hervidero de ideas que parecían saltar en medio de las burbujas del champú, una resultó provocativa: pasaría por la oficina del “asere” para darle la noticia de que había cerrado la investigación, en vista de no haber encontrado el lado ese que me había sugerido en nuestra última conversa. “Ese lado era como un agujero negro en donde la luz no tenía presencia”, le señalaría. Era como rendirse, pero igual le confesaría: “cobré mis honorarios” y agradecería su colaboración. Tenía la esperanza de que cuando todo el escándalo saliera a la luz pública pudiese verle la cara. La venganza es dulce, pensé para mis adentros.

—Buenos días, señor Martín ¿Me acompaña a la biblioteca? ya la señora Márgaret baja para atenderlo —era el mayordomo de siempre que me recibía esa mañana y sabía mi nombre.

—¡Martín!... Estabas desaparecido, qué te hicimos esa noche que no habías vuelto —corrió hasta donde me encontraba para abrazarme con efusividad, como los viejos amigos que tienen años sin verse.

—Mucho trabajo, Márgaret y...

A punto de hacerle un par de preguntas cuyas respuestas tenían como propósito eliminarla de mi lista de supuestos implicados, apareció Matilda, la otra sospechosa y solo me faltaba que Huguito, el “mis pectorales”, asomara la cabeza tras la puerta de la biblioteca. No sucedió, afortunadamente.

—Hoooooaaaa, Martín, qué alegría verte de nuevo, estabas como perdido ¿no?

–Sí, precisamente le decía a Márgaret que he estado bastante ocupado con el caso de tu padre.

–¿Y cómo está todo eso? –Márgaret se sumó a la preocupación de la hija y esto me perturbó un poco ya que yo abrigaba otro tipo de reacción de su parte.

–De eso, precisamente, vengo a hablarles

–¿No me digas que ya descubriste al asesino?

Márgaret casi da un brinco de alegría y esa actitud espontánea me perturbó aún más porque bloqueó mí ofensiva. La hija se le lanzó en un abrazo y ambas entre sollozos de alegría saltaban como niñas.

Yo no tenía el caso resuelto, me había acercado bastante a una hipótesis que solo podía comprobar con la colaboración de ambas mujeres, pero frente a ese acontecimiento me quedé con la mente en blanco nuevamente y el Macallan prodigioso no llegaba en mi auxilio. Estuve a punto de pedirles un trago. Nunca he podido lidiar con las lágrimas de una mujer, en este caso de dos. Ese era mi talón de Aquiles. Ahora estaba más frito que pescado en sartén de playa y aquella escena me cogía totalmente desprevenido. Contuve las lágrimas con honra hasta que volvieron sus rostros hacia mí y me hicieron parte de ese sentir. Entonces, también lloré y quedé desarmado ante ellas.

María se asomaba a la puerta de la biblioteca y le avisaba a Márgaret que la mesa para el desayuno estaba servida. Margaret se enjugó las lágrimas con los dorsos de las manos y luego con sus palmas y dedos se las secó a Matilda. Entonces nos invitó a la cocina con un ademán de mano, ahora parecía que la alegría inicial se había transformado en tristeza y yo era el único invitado al funeral. El silencio era tan sordo que no se escuchaba ni el

deslizamiento de los cubiertos sobre los platos de cerámica; ni el chirriar de los huevos en el aceite sobre la sartén, ni los colibrís acostumbrados a revolotear sobre las rosas del jardín. Alguien tenía que romper la barrera del sonido y lo hizo Marcela con una llamada a mi celular que nos hizo saltar a todos de las sillas y soltar la risa ante aquel susto. El silencio se había roto, el ángel pasó de largo y apenas dejó una estela.

—Esa sirena del tu celular es horrorosa, Martín —opinó Matilda entre risas.

El desayuno estuvo de maravilla y la conversación también. En toda la mañana no me atreví a hacer lo que venía a hacer y que no hice. Me conformé con narrarles una historia inverosímil unida con mentiras y verdades a medias, la verdad verdadera podía esperar, no había apuro, aunque la verdad verdadera era una verdadera mentira que se me había ocurrido mientras el ángel estuvo posado sobre la mesa. Pero quién puede atribuirse el derecho de juzgar a alguien por mentir, cuando todos mentimos para no juzgar y guardamos secretos para no ser juzgados. La verdad no existe en sí misma, es relativa, no hay verdades, solo hay mentiras disfrazadas, tan bien elaboradas que se convierten en verdades absolutas y eso yo lo tenía como cierto en este mundo de incertidumbres. Fueron muchos los años de interrogatorios y si algo aprendí durante todo ese tiempo es que nadie dice la verdad verdadera nunca. Esta siempre está rodeada de ficción, de subjetividad, de *“todo es según el color del cristal con que se mira”* y le toca a uno extraerla con pinzas, suponerlas y hasta imaginarlas, quizás, incluso soñar con ella. Y lo peor, somos tan vanidosos que hasta en nuestro lecho de muerte, mentimos. A todas estas me pregunto si monseñor inconscientemente mentía a propósito en su lecho para vengarse de alguien. Todo es posible cuando, como humanos, nos dejamos llevar por las pasiones, (el

rojo) los odios y los resentimientos, (el amarillo). Nos dieron casi las doce del mediodía, lo que me sirvió de excusa para abandonar aquel palacete de la cultura al que tenía en recelo y me despedí de ellas prometiendo que pronto regresaría a verlas...

—Esta es su casa, Martín, venga cuando quiera...y, por cierto, no necesita avisar que viene a visitarnos y esperamos con ansias el final de la historia que nos dejó en suspenso, pero entiendo que forma parte del secreto sumarial y estoy segura que tú sabrás cuando desenmascarar a los culpables del crimen. También estoy clara que en esta investigación hay demasiados secretos que espero descubras como buen detective que eres.

—Es cosa de días, Margaret y en mi próxima visita les revelaré todo lo concerniente a mi investigación y ya ustedes tomaran las medidas que consideren necesarias —fueron mis últimas palabras mientras ambas me acompañaban hasta el portón en donde esperaba el mayordomo funesto.

Tardé 45 minutos para llegar al centro y estacionar donde siempre. Braulio salió a mi encuentro con su braga mugrienta y alargó la mano para saludar que rechacé cuando ya estaba a punto de hacer lo mismo. Soltó la risa porque esta fue la segunda vez que no caía en su maldad, la de estrecharme la mano llena de aceite de motor, pues a diario tenía algún cliente que necesitaba de sus servicios.

—Lo veo en el Vesubio en media hora, comisario, para que me invite un par de cervezas.

—Seguro, si no estoy, igual dile a Pablo que las anote a la cuenta del gordo Wilmer —apenas pasaría por la tasca un momento mientras le daba tiempo a Marcela a dejar la oficina y encontrarse conmigo más tarde en la Posada de Cervantes.

Pablo no se había incorporado al trabajo, cosa que me pareció extraña, pero Iginio se encargaba de todo ese mediodía. Al parecer, Pablo le había hecho el quite la noche anterior y quedó encargado de cerrar el negocio a la hora de costumbre, sin embargo, el establecimiento permaneció abierto toda la noche y al día siguiente, cuando Iginio llegó en la mañana, encontró al dependiente dormido sobre los manteles de las mesas junto a tres prostitutas pintarrajeadas que laboraban en un burdel cercano. Aquello fue de contarlo y no creerlo. Había prendas íntimas distribuidas por todo el salón. Las chicas retozaban desnudas en pelota en hilera, una tras otra, y Pablo como un adonis roncaba a placer sobre sus piernas. Iginio no perdió tiempo para tomar unas fotografías con el celular y me las mostraba muerto de la risa mientras me contaba lo sucedido. Por supuesto que lo había reprendido y el hombre no encontraba cómo disculparse mientras las muchachas corrían de un lado al otro buscando sus sostenes y sus pantaletas y colocándose las primeras que tuvieran a mano. Una de las chicas, delgada como cuerda de guitarra se colocaba la prenda íntima de la otra cuyo culo era como un contrabajo, mientras la intermedia peleaba porque no encontraba uno de sus zapatos de tacones altos. Al final las tres mujeres salieron como pudieron dándose tropezones en la puerta insultando al vagabundo de Pablo que les había comentado que él era el propietario del inmueble. Se habían bebido como cinco botellas de whisky y para completar, el Pablo no les había cancelado el servicio. De ahí venían los insultos, pero este atinó a responderle que “qué más querían si ya se habían bebido las cinco botellas y se habían comido media pierna de jamón serrano y casi una torta de queso manchego”. “Son ustedes las que tienen que pagarme a mí la estadia”; me decía Iginio que el Pablo les había dicho a las chicas, para que, al final, las chicas frente a esta realidad pasmosa, no dijeran ni esta boca es mía y salieran huyendo del local como alma que lleva el diablo, antes

de que Iginio sacara las cuentas y la escopeta recortada de dos cañones que guardaba camuflada debajo de la barra. Disfruté un montón con la historia del halloween lujurioso del Pablo y tenía que contárselo a Marcela apenas la viera más tarde.

Por diferencias de minutos nos tropezamos en la puerta de la Posada de Cervantes. No había yo cerrado cuando ella entraba tras un encontronazo con Sancho Panza, un maniquí de casi metro y medio que era tan gordo como el gordo Wilmer antes de convertirse por milagro y obra de Márgaret en el flaco Wilmer, que se encontraba apostado a un lado del salón en la planta baja.

–Cuando quitarán este espanta pájaros de aquí

La queja de Marcela era razonable pues el pasillo era el único lugar despejado en horas del mediodía, pero con el mamotreto de Sancho Panza a la entrada, más que un homenaje al personaje de Cervantes, era un estorbo para el libre tránsito de la clientela. Nos dimos un beso rapidito y nos fuimos directo a nuestra mesa habitual de la segunda planta. Tenía tantas cosas que contarle y estaba tan ansioso de hacerlo que ella lo notó al verme.

–Mírate, pareces un adolescente.

–Será por fuera, cariño, por fuera, porque por dentro de este cuerpo todo duele... y se aguanta –y al oír como me quejaba, Marcela dejó salir su risa cautivadora y contagiosa y ambos reímos buscando limpiar los lagrimones que bajaban a mares por nuestras mejillas,

–Y ahora te vas a reír más con la historia que sobre el Pablo me acaba de contar Iginio –y le narré de cabo a rabo, todo lo que Iginio me había contado de las “Mil y una noches pornográficas” (en una sola noche de Halloween) que el Pablo había pasado en su propio botiquín con tres putas locas del burdel de la esquina.

Chicas que en sus vidas habían tomado whisky caro y habían comido jamón de Jabugo, sin saberlo, pensando que se trataba de pan y mortadela, y el queso manchego, lo dejaron porque sabía rancio. Reímos hasta que nos dolieron las mandíbulas y ella casi se orinaba con aquel cuento, al que yo aderezaba más con historias inventadas.

Una vez, pasado el buen rato, Marcela me increpó sobre la investigación. Ella era muy buena intuyendo y tenía madera para ser una estupenda detective porque intuir es una condición que no todos los seres humanos tienen y a muchos se les atrofia por falta de uso. Le dije: “caso resuelto”.

—¿Cómo? No me digas...

—Sí, pero no le vamos a decir nada de nada al gordo Wilmer, por ahora.

—¿Y a las Rodríguez?

—A ellas en su momento, necesitamos comprobar algunos detalles.

—Pero sí me lo vas a decir ¿verdad? Cuéntame, cómo resolviste este cangrejo tan pronto. Pensaba que apenas estabas comenzando. Realmente nadie te puede quitar que eres un estupendo detective, Martín

El halago de Marcela hizo que se me inflara un poco el ego y ante su pedido yo no sabía por cual lado iniciar la historia, puesto que yo mismo estaba sorprendido de mí mismo en el caso mismo que yo mismo investigaba, como si fuera otro y no yo mismo quien había descubierto toda la trama del crimen del empresario.

Muchos de los documentos que había pescado Marcela en la red oscura sobre las obras robadas en el Vaticano habían sido

irrelevantes hasta que el Macallan me recordó a Tiziano con su pintura muy bien expuesta en la galería de Márgaret. De no haber sido por monseñor Aguilera, habría sido complicado resolver el caso en cuestión, por eso es que existen las casualidades. El inspector Guillén, mi jefe de homicidios en la central policial, no creía en ellas, sin embargo, vivía propiciándolas. Era una manera de hostigar o, mejor dicho, acosar a los delincuentes y estafadores con quienes lidiaba. Primero descubía la rutina de los sospechosos y se aparecía en los lugares que estos frecuentaban y entonces usaba la frase: “qué casualidad”. Así se ganaba la confianza de los indagados quienes en cada encuentro soltaban alguna confidencia que él iba anotando. A eso él lo llamaba los cabos sueltos. Pistas que seguía con olfato de perro hasta dar con los culpables. “Yo sí creo en las casualidades”, le había dicho a Marcela, en cierta oportunidad que le contaba las hazañas del inspector Guillén. Ella no conoció al inspector en persona, pero estoy seguro que le había caído tan bien como a mí.

–Bueno, bueno –me había quedado en blanco otra vez ante Marcela y me hizo reaccionar con un tronar de dedos frente a mi rostro– ¿en qué estás pensando, Martín?

–En todo y en nada, querida mía. Fíjate que cosa tan paradójica; mientras buscaba por un lado a los culpables del asesinato de Fernando Rodríguez, la telaraña se expandía hasta convertirse en una selva de árboles gigantesco que no dejaba entrar la luz.

–Pero finalmente la viste

–Una vez que cambié la ruta, sí. El primer lado era todo un laberinto tan bien elaborado que conducía al cansancio. En cambio, el otro camino era tan claro como el agua de manantial. Lo invisible, visible se encontraba frente a nuestras narices, solo había que verlo.

–Cuéntame ya, mira que me tienes en suspenso y no aguanto tanto.

–No, la cosa no es tan sencilla, así que prepárate para manejar conjeturas, atar y desatar cabos

Se le notaba la emoción, estaba llena de curiosidad y también de deseos de aprender como el niño que asiste por primera vez a la escuela con su caja de creyones dispuesto a poner su imaginación a prueba. Entonces, se me ocurrió un juego de colores; quise ver como elaboraba trazos en el mantel de su mejor investigación.

–Ah, un examen como en la escuela.

–Algo parecido, pero con más emoción, será como escribir una novela policiaca de las que a ti te gustan como pintar un cuadro o bien la escena del crimen.

–¡Sí! eso me encanta –y se levantó para cambiar de silla, esta vez sentada a mi lado y no a la distancia que la mesa imponía.

Estaba seguro que con este juego de adivinanzas, Marcela se graduaría y con el tiempo brillaría como buena detective. Ella investigando tras bastidores, encerrada en una oficina frente a una computadora, era hábil, pero ahora le faltaba algo de burdel, es decir salir del mundo digital, de eso que los jóvenes llaman lo virtual y posarse sobre el terreno de lo real. Yo carecía de una de estas habilidades. Era un zorro viejo, era o soy lo que nos da la experiencia, la edad, el tiempo implacable que nos deja huellas por fuera, pero fecundos de primavera por dentro. Le puse el rojo con la clave en sus manos: pasión desbordada y amor.

–¿Qué te dice el nombre de Tiziano?

–No me dice mucho, solo que lo pronunció durante su coma

monseñor Aguilera antes de morir.

–Y ¿qué relación puede tener este Tiziano con un ex miembro de la curia del Vaticano?

–Ahí sí que me coges fuera de base, porque no tengo la más mínima idea –se quedó en blanco como me había quedado yo hacía unos minutos.

–A ver, a ver, piensa un poco. Te doy otro dato. De los documentos que me entregaste sobre el Vaticano y los robos de las obras de arte en los últimos años, hubo alguno que te llamara la atención.

–Sí. ¡Tiziano!

–Bingo, acabas de batear un home run –la animé y aunque tenía mis dudas de que pudiese establecer la relación entre Tiziano y la galería de arte, puesto que nunca había estado allí, yo pensaba dejarla con la idea en su mente, pues haría que me acompañara en mi próxima visita a la casa de las Rodríguez. Allí le entregaría el título.

–En uno de los documentos que te baje de internet, se hablaba del robo de una pintura atribuida a este artista con un valor de casi ocho millones de dólares y... –Comenzaba a recordar y a unir piezas, lo bueno es que no tuvo que tomarse una botella de Macallan, ya lo probaría cuando llegáramos a casa.

–Ahora te pregunto: ¿en qué fecha desapareció la pintura del tal Tiziano? Está en los documentos... ¿lo recuerdas?

–Sí, creo que fue a finales de los años noventa ¿o no?

–Ajá, y donde se encontraba monseñor Aguilera para la época como custodio.

–Claro...en el museo de arte y...

–Ya lo tienes –le vi cómo se le alumbraba el rostro.

–Nooo puede ser. Monseñor no llamaba a alguien en su delirio, sino que hablaba del cuadro robado

–Exacto.

–Y ¿qué tiene que ver eso con el asesinato del tal Fernando? –preguntó Marcela, ahora enredada en la telaraña que alguien tejió para desviar el verdadero motivo del asesinato.

–Primero que nada, pidamos una botella de vino para celebrar y el menú para escoger el mejor plato de la casa. ¿Qué opinas?

La pregunta estaba demás y ella lo sabía porque de un tiempo a esta parte, yo tomaba las decisiones en estos menesteres. Llamamos al chef quien se acercó presto a la mesa y le pedimos que nos sorprendiera con su mejor plato. El mesonero quiso meter sus narices en la conversa al sugerir delicias del menú, pero Marcela lo paró en seco: “siempre lo hacen para salir de lo que tienen en el refrigerador”.

–Y ¿no hará lo mismo el cocinero?

–No creo, si le gusta su trabajo se va a esforzar, por su ego o por una buena propina.

La botella de vino llegó a los minutos, la pusieron a atemperar y luego el mesero realizó el respectivo protocolo. A mí ya no me interesaba pantallear con las lecciones de Iginio y apenas el mesero nos llenó las copas, brindamos, yo sintiendo la nostalgia del primer día en que la invité a cenar y ella con la alegría que la caracterizaba en estas ocasiones tan especiales.

–Ok, ahora continúa con las pistas a ver cómo me porto.

–Qué tal el amarillo

El amarillo abre un camino a la tristeza, es el amor que desaparece frente a la envidia, embarrado por los celos y los egos miserables...Pinta mi querida Marcela, pinta, aquí te dejo tu creyón y un lienzo, tan blanco como el mantel sobre el cual reposan nuestras copas colmadas de vino como el rojo de la sangre que manchó las manos de un cura que siendo culpable quiso pasar por inocente.

–Me estás sugiriendo que había una relación entre el empresario y monseñor Aguilera y que todo tiene que ver con obras de arte robadas, Martín.

–Ata, desata cabos, y vemos hasta donde llegamos, espero no sea lo que estoy pensando, pero es lo más seguro y sólo hay una manera de averiguarlo, pero continuemos –“pinta, Marcela, pinta: amarillo es el color del oro, si acaso y el del Santo Grial”–, pensé mientras le daba más pistas a seguir.

–Entonces tenemos que monseñor, en su lecho de muerte intentaba buscar el perdón de algún pecado mortal.

El que en gracia de Dios se acerca a comulgar, recibe una prenda de la gloria; más quien a sabiendas llega en pecado mortal, él mismo, imitando al traidor Judas, se traga su propia condenación, de modo que, si a tiempo no hace verdadera penitencia de tan horrendo sacrilegio, va irremisiblemente al infierno.

–Recuerdas que el dato de investigar a monseñor Aguilera vino de la boca del gordo Wilmer. Dime, cuáles eran las intenciones del gordo cuando nos facilitaba esta ruta.

–Tendríamos que preguntarnos: ¿quién conocía la relación entre monseñor y la víctima y quien y porqué le paso el dato a Wilmer?

–Eso ya lo tengo resuelto gracias a las páginas de sociales de la prensa: Márgaret Rodríguez.

–¡La viuda!

–Por ahora, sí. Wilmer era asiduo al palacete de los Rodríguez y tuvo encuentros con monseñor, incluso pudieron desayunar o almorzando juntos, luego del sepelio.

–Todos los caminos conducen a Roma –con el refrán, Marcela me daba a entender que ya tenía claro hacia dónde la conducían las conjeturas. Un rompecabezas al que aún le faltaban unas pocas piezas para observar la imagen en todo su esplendor.

–Veamos ahora el rosa. Según Márgaret simboliza la tolerancia, el respeto, la gratitud, la admiración, la condolencia y la ternura. Toma el color y haz trazos sobre el blanco mantel que tienes sobre la mesa –tomó en su mano el creyón imaginario y se lo llevó la punta los labios mientras pensaba. Observé, en aquel momento, cómo los trazos se iban delineando en el iris de sus ojos aceitunados.

Márgaret aguantaba las impertinencias y también los negocios mal habidos de su marido, quizás por obligación o por agradecimiento de algún favor en el pasado. Ella habría confesado al cura su secreto, buscando la indulgencia y la forma de aminorar una pena que la martirizaba y... ¿cuál pecado sería ese?

–Ahora te regalo el color blanco como la espuma de la cerveza, como el de las rosas de los funerales y que también personifica inocencia y pureza.

Los neurólogos hasta hace unos pocos años pensaban que un paciente en estado de coma no manifestaba conciencia alguna, pero en estudios recientes se descubrió que los pacientes en ese

estado podían entender perfectamente todas las peticiones que le hacían sus cuidadores. Esto se descubrió gracias a la resonancia magnética. Los científicos comprobaron así que dichos pacientes, eran capaces de visualizar las órdenes que se les daban, porque los escáneres iluminaban la región del cerebro que se activa cuando nos movemos o imaginamos que lo hacemos en un ambiente determinado.

—Pues, ahora si me dejaste totalmente en blanco —y se echó a reír al momento en que llegaban los platos con la sorpresa del chef.

Capítulo III

1

Despertamos temprano y ambos permanecemos en la cama abrazados sin pronunciar palabras. Verla en su desnudez era todo un prodigio y me vino a la mente el color azul de las rosas de Márgaret que lo dejé pasar intencionadamente en nuestro almuerzo de la víspera. El azul que simbolizaba los milagros. Sí, los milagros existen y yo era testigo de tres de ellos. No los podía tipificar como casualidades. El primero resultó ser el gordo Wilmer, quien luego de un largo tiempo sin vernos, me llamaba para poner en mis manos un caso para investigar que me sacaba de un atolladero financiero. El segundo llegó con Márgaret cuando me mostró su galería oculta, una vez que apareció el nombre milagroso pronunciado por monseñor Aguilera en su estado de coma y el tercero se encontraba a mi lado, yo abrazado a su espalda, dos cuerpos desnudos que podrían muy bien representar una pintura clásica de los artistas que Márgaret exhibía para satisfacción de su ego. Qué más podía yo pedir a los 50 años.

El celular sonó con otro tono distinto al anterior. Finalmente lo cambié por el jingle bells de navidad. Al pulsar el dedo sobre su pantalla escuché la voz de Margaret que me invitaba a su mansión. No quise abandonar a Marcela y respondí desde el lecho. Ella despertó tocada por la curiosidad. Le susurré al oído: “Margaret, la viuda”. Me pedía que me acercara en el transcurso del día para que le contara sobre los avances en la investigación y como gratitud me tenía a mano una caja del whisky que tanto me había gustado en “la última cena”.

–Un regalo para que pases una navidad estupenda, agregó – aunque apenas se iniciaba diciembre– me gustaría conocer más detalles sobre la investigación ya que Matilda y yo viajamos para Europa después de celebrar la navidad en Venezuela. Ella estará encantada de verte, ya sabes tú cuanto te aprecia. Me dice que eres igualito a un tal Phillip Marlowe, un personaje de sus novelas, esas baratijas que ella suele leer.

Le respondí que estaría por allá como al mediodía y le pregunté si podía llevar conmigo a una invitada.

–Una estupenda detective que me auxilia siempre en las investigaciones, incluyendo la tuya a través del gordo Wilmer.

–Si, por supuesto, bien venidos sean y dile que ambos están invitados a almorzar. ¿Qué tal como a la 1pm? Si es que estás desocupados –le aseguré que estaríamos allí a la hora y cortamos la comunicación, luego me dirigí a Marcela.

–Estamos invitados para un almuerzo en casa de las Rodríguez. Ya verás con lo que te vas a topar –le sobran las preguntas, pero no quise responderle ninguna y solo atiné a reírme y pedirle paciencia.

–Tenemos que irnos al apartamento, debo vestirme a tono para

el evento.

–Sí, pero no hay apuro, nos esperan pasado el mediodía, así que desayunamos, nos desperezamos, nos volvemos a la cama, nos hacemos el amor, nos duchamos y directo a tu apartamento para que te vistas como una reina.

2

Llegamos puntual y me asombró que Márgaret en persona abriera la puerta. Llevaba un vestido sencillo que contrastaba con el que tenía Marcela quien se había ataviado como si iba a recibir el año nuevo en el palacio presidencial. Por supuesto que tuve que alquilar un taxi ejecutivo para que nos hiciera la carrera y evitar así que su vestuario no tuviera un percance al subir en un taxi descuidado de los que colmaban todas las esquinas del centro. Márgaret al vernos llegar pidió al conductor que esperara unos minutos. Llamó a Huguito, y éste, raudo y veloz, llegó para tomar unos billetes que parecieron surgir del aire para terminar en las manos del chofer. Una manera de agradecerle por traer a sus invitados sanos y salvo. Huguito se retiró de la misma manera como llegó y Marcela se lo quedó viendo con estupor.

–Eso no era necesario, –le dije con algo de pena a la anfitriona.

–Pena la mía, Martín, por no mandarles al chofer para que los recogiera. Pero la próxima vez me avisas, ya sabes que puedes contar con Jaime para movilizarte cuando lo requieras ...– lo dijo haciendo un gesto de reprimenda y era la primera vez que escuchaba el nombre del chofer.

Marcela estaba a punto de caerse para atrás como el personaje de las historietas de Condorito. Pensaría ¿Qué es esto? ¿De cuándo

acá, Martín es íntimo de esta señora? Y ¿por qué nunca me comentó de esa relación de confianza tan estrecha? Márgaret no le dio tiempo para continuar con sus preguntas banales y se presentó tomándola de la mano y halagando su vestuario. Luego se dirigió a mí para exclamar.

—¡Que bella esta detective! Pero si parece una actriz de cine, Martín —yo me sonrojé ante el halago, pero Marcela extendió sus alas como un pavo real. El halago había dado buenos resultados y Marcela olvidaría por siempre (a menos que se tomara varios Macallan) las preguntas recelosas que invadieron en un momento su instinto melindroso.

No había otra manera de llegar al jardín, en donde los criados habían instalado un toldo para disfrutar el almuerzo en contacto con la naturaleza. La rutina implicaba un pase por la galería donde otras pinturas adornaban sus paredes, más adelante toparíamos con la biblioteca y su portón de madera curtida, que precedía a una cocina majestuosa con sus puertas de cristal y caminaríamos por las veredas del jardín del Edén con el cuidado de no molestar a Adán y a Eva invisibles a los ojos. Pero antes del recorrido, la parada obligatoria era el “túnel del galerismo” un espacio diseñado para promocionar obras de arte. Otras pinturas estaban a mi vista y ante ellas no pude contener mi curiosidad al ver que la exposición era precedida por Tiziano.

—Hago cambios temporales y en algunos casos con fondos ajenos, les doy cierto tiempo de exposición y luego las devuelvo a sus propietarios. Algunas son prestadas. Son de coleccionistas que desea que mis amigos aprecien lo más reciente que han adquirido o bien que les hagan alguna oferta por las que ya han cumplido con su propósito.

Mientras Márgaret me aclaraba el propósito de los cambios cons-

tantes, Marcela, extasiada no apartaba la vista del Tiziano. Tenía por nombre “la bacanal” y en la tarjeta se reseñaba: *Tiziano. 1518.*

–No se trata del original –le dijo Margaret al verla tan absorta– es una de las dos que falsificó mi padre a finales de los cuarenta, el otro nos lo robaron hace unos meses, estando aquí expuesto, en este mismo pasillo, pero ya les contaré.

Márgaret, sin saberlo, me entregaba la solución del caso y yo respiraba aliviado pues ahora no tendría que someterla a ningún interrogatorio como tenía pensado. Quien se quedó fuera de base fue Marcela que me apretó la mano como si acabara de recibir el susto que nos causa la sacudida de un avión cuando choca contra las masas de aire en pleno vuelo. En esta oportunidad no se abrieron las puertas de la biblioteca para Marcela y yo agradecí muy dentro de mí que así fuese porque de inmediato y seguramente se hubiese notado que en la colección de Matilda faltaban dos pequeños tomos de novelas policíacas. Ya en la cocina nos esperaba ella, trajeada igual de sencillo que Márgaret y se encargó de hacer las presentaciones en las que incluyó a María, a quien ya conocía, a la esposa del mayordomo, que este día lucía como una momia maquillada, y a las otras tres mujeres que yo había confundido con vampiras la noche que me embuché con los Macallan.

–Buenos días a todas, quiero que conozcan a la detective Marcela quien acompaña y ayuda a Martín en el caso de la muerte de mi marido –y dirigiéndose a Marcela empezó a presentar a cada una de las chicas del servicio que hacían una reverencia al ser nombradas. Marcela no sabía si hacer lo mismo una vez que intentó chocar manos y se quedó con ella en el aire –de pronto caía yo en cuenta que todos los nombres comenzaban con la “M” de Marcela, de Matilda, Márgaret, de María, de Minerva, Moraima, Mercedes y Martha, la momia y esposa del cadáver ambulante, quien siem-

pre abría la puerta a mi llegada, excepto en esta ocasión.

–Bueno pasemos al jardín –invitó con el típico gesto de elegancia que es una especie de movimiento de capote para incitar al toro en las corridas antes de que fueran prohibidas en la mayor parte de mundo. La mesa lucía como las de los matrimonios de películas, vestida de blanco bajo el todo más blanco que yo había visto en mi vida. Las sillas eran blancas y acojinadas, nada plástico ni de mimbre, pero me seguía impresionando aquel tablón circular como el de la película del Rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, al igual que la cesta de frutas en el centro que hacían juego con las rosas sin espinas santificadas por la belleza. Realmente estábamos en medio de un sueño y, de no ser porque Marcela me dio un pellizco en el antebrazo, tan fuerte como picada de abeja, no hubiera despertado nunca de aquel embrujo. Imaginé a monseñor Aguilera en este escenario, quizás con el gordo Wilmer a su lado, quizás no. Tomamos asientos.

Una persona en estado de coma se alimenta a través de una sonda que se introduce por la nariz hasta el estómago. En ocasiones también suele alimentarse mediante un tubo que se introduce directamente en el estómago o en el intestino delgado a través de una incisión en el abdomen.

Los platos colmados de exquisiteces, en manos de las cuatro “m”, comenzaron a llegar. Martha, la quinta, “m”, se quedaba en su ataúd, evitando correr el riesgo de pulverizarse en el camino. Yo observaba a Marcela y a pesar de la distancia que nos separaba lograba alcanzarla con el pie para darle golpecitos cada vez que uno de los manjares tocaba la mesa. Ella respondía de la misma manera y entonces una sonrisa asomaba en nuestros labios.

–Buen provecho para todos – invitó Márgaret– y te doy la bienvenida, Marcela, pero vamos, vamos, prueben esta variedad

de María quien terminó su taller de cocina hace unos días y está ansiosa porque prueben sus platos. Ella quiere irse con nosotras a París para continuar su educación culinaria.

Márgaret notó que yo estaba a punto de preguntar algo, levantó el dedo y con toda la delicadeza que la caracterizaba dijo:

–Luego, Martín, luego, primero lo primero, que es disfrutar del almuerzo. Tenemos toda la tarde para que me cuentes lo último que tengas a mano y también para responderte las preguntas que estimes necesarias y que te ayuden a terminar ya con todo esto.

No voy a describir esa “bacanal” que degustamos a placer, pero si utilizaría la palabra más tarde, en lo que ella llamó el plus café, para preguntar sobre el cuadro de Tiziano que había desaparecido y que yo presumí de inmediato que había sido posiblemente ofertado por su marido a los “expertos en obras de arte”, amigos de Márgaret.

–¿Sabes que los padres de Márgaret eran grandes falsificadores de obras de arte? –me dirigí a Marcela con intención de que Márgaret terminara de contarle la historia. Yo la conocía, pero cuando se interroga uno espera que el interrogado se equivoque o se confunda. Cuando se miente, éstas se olvidan con el tiempo, en cambio, la verdad siempre permanece en la memoria, aunque con aderezos, en algunos casos, condimento que uno debe extraer del contexto para sacar conclusiones.

–Sí –intervino Márgaret–mi padre murió en 1976 y fue junto con mi madre uno de los falsificadores más conocido a finales de la II guerra mundial. Él había estudiado en la Nouvelle École de Paris y ella lo hizo en la “Escuela de Bellas Artes de Olot”, en Barcelona. También fue autodidacta en química y botánica y eso le permitió descubrir nuevos colores que no eran nada conocidos para la época, y que imitaban perfectamente matices ancestrales.

Ambos hicieron una estupenda pareja de “vendedores de arte falsificado”, pero jamás fueron encarcelados porque a las afueras de su taller había un gran aviso que decía: *“se copian obras de arte casi a la perfección”* *“Si desea un Picasso, un Rembrandt, un Tiziano o un Van Gogh barato, ha llegado al sitio apropiado. Cuente con nosotros”* y abajo del texto una esquila: *“trabajo garantizado que no le hará quedar mal ante los críticos y expertos”*

No había que interrogarla, cuando se trataba de arte, ella se explayaba y era una exquisitez escucharla. Los bostezos se quedaron en el pasado, quizás debido al interés por resolver la investigación y no precisamente por amor al arte.

–Y qué sucedió con ese cuadro que le robaron –fue Marcela quien preguntó sin citar el nombre del autor para no generar sospechas sobre el por qué podía ella estar interesada precisamente en ese artista, cuando Márgaret había mencionado otros nombres, quizás de mayor relevancia y conocidos, durante nuestra ida hacia el jardín. Aunque Márgaret no tenía por qué saber del interés que teníamos por Tiziano ya que el nombre provenía de un moribundo que había cometido pecado mortal. Tampoco podía sospechar nada ya que su único confidente, el gordo Wilmer no manejaba nuestras últimas conjeturas sobre el caso.

–Sí, fue algo lamentable y no hicimos la denuncia, para evitar un “escándalo innecesario”. Eso fue lo que me aconsejó mi marido y creo que tenía razón. Sobre todo, cuando poca gente conoce las cosas valiosas que existen en esta casa. Una publicidad tan escandalosa como esa, según me aclaró Ferni, habría atraído a los estafadores como moscas.

–Y dime, Margaret, ¿este cuadro tenía mucho valor?

–Más bien te diré que tenía un valor sentimental, me encantaba exhibirlo, pero en dinero tenlo por seguro que más valioso era el

marco –y sonrió con cierta melancolía– bueno, pero así son las cosas en este país. El que lo robó, pensaría, probablemente, que se trataba de una obra única, eso sucede cuando no preguntan, tal como lo hizo hoy Marcela con su mirada puesta en el lienzo.

–Me quedé impresionada porque he visto cuadros parecidos, pero son afiches de esos que venden en los museos y luego la gente los manda a enmarcar como ese Guernica pequeño que se encuentra en la pared del Vesubio –intervino Marcela.

–¿En el Vesubio? –preguntó Márgaret pensando que Marcela alguna vez había viajado a Roma.

–Sí, una tasca donde bebemos y comemos frente a la central policial –aclare para evitar que Márgaret le hablara en italiano– el propietario mando a pintar un mural de unos tres metros y los pintores lo hicieron copiándose de un afiche pequeño que él tenía cerca de la barra.

–Ah, bueno, ¿Será que me invitan un día?, hace años que no salgo de aquí por miedo, en cambio Matilda es noctambula.

–No lo dudo –dije acordándome de la noche de la cena en que creí ver vampiros por todas partes.

–Así es mamá y tú te lo pierdes, antes ibas a todos los cocteles como invitada y luego te encerraste en esta casa y nunca sales de la urbanización.

–De la urbanización no hace falta salir, hija, aquí lo tenemos todo y sobre mis eventos sociales ya no son como antes cuando la cultura brotaba a ramales en pintura, museos, festivales de teatro, de cine, sobraban las librerías y uno podía pasear por los parques, ir a la playa sin miedo, ahora desde hace unos años lo que reina son los secuestros, el robo y los asesinatos. Esto es de terror.

Matilda pidió permiso para retirarse era la hora de entrenar con Huguito y nosotros aprovechamos la oportunidad para ver el reloj: 5pm, y...

–No se vayan todavía, esperen un ratico más que tengo algo que contarles, pero eso sí, eh, secreto total –nos quedamos pasmados– de todos modos, Jaime los lleva y los deja donde ustedes lo deseen.

–Sí, claro, no faltaba más –tomó Marcela la palabra intrigada con el chisme que Mágaret estaba a punto de soltar. Luego de todo lo que nos había contado durante estas tres horas de “plus cafeses”, era de esperar que cerrara con broche de oro.

–¿Ustedes son católicos?

–Bueno, Martín no cree en nada ni en nadie, pero yo soy católica, apostólica y romana y, también creo en los milagros.

–Que bien, es razonable ambas posturas, yo estuve a punto de pensar como Martín, pero la costumbre es difícil de erradicar. Les cuento... –reflexiono por un momento– probablemente, Martín no lo conozca, pero tú si debes haber oído hablar de monseñor Aguilera, ¿no? Marcela.

–Claro, muy conocido por sus homilias y apariciones en la prensa.

–Monseñor era un gran amigo de la casa, me enteré que murió hace poco, pero no me afectó en nada y ya les digo por qué. Resulta que, a pesar de que Fernando siempre lo defendió, tuve la sospecha de que monseñor fue autor del robo. Como prelado era un sabio, pero como hombre culto, le faltaban unos cuantos posgrados.

–Y esa idea de dónde la sacaste, Mágaret –me interesé porque denotaba seguridad en lo que estaba afirmando y se trataba de algo

bastante serio.

—Desde que llegó a esta casa de la mano de mi marido estuvo muy interesado en la pintura de Tiziano. Todas las veces que volvió por distintas razones la comentaba y me pedía que lo llevara a apreciarla. Decía que era un apasionado de su obra, pero yo no le creía en absoluto. Fernando, sí, porque Ferni en estos trajines era tan ignorante como monseñor. Eso se nota a leguas. Usted Martín, por ejemplo, desde un principio demostró que para nada le interesaban las pinturas, pero fíjese como son las cosas, luego, con el tiempo, les fue cogiendo aprecio —Marcela se encrespó, acababa de descubrir que esta no era la primera vez, ni la segunda, ni la tercera que visitaba la casa sin haberle comentado al respecto. Algo malo me iba a esperar cuando estuviésemos en la soledad de nuestros apartamentos. Tenía que preparar un plan “b” para el momento.

—No quiero decir con esto que haya sido él quien entro a la casa a por la pintura, saltando por encima de los muros, pudo haber contratado a alguien para hacerlo, se hizo de madrugada, entraron, se llevaron el cuadro y apenas lo note a media mañana. Por un momento pensé que yo misma lo había llevado a la galería subterránea...

—Qué, ¿hay una galería subterránea? —se apresuró Marcela a preguntar.

—Si claro, donde están muchas pinturas originales, aquí en la de arriba solo tengo copias, pues bien, afortunadamente los asaltantes no lo sabían, pero estaban bien claros en cuanto a lo que venían a llevarse y siempre me pregunté, por qué se llevaron precisamente el cuadro de Tiziano, admirado por monseñor Aguilera y no alguno de los otros, un Reverón, por ejemplo.

—Usted debería ser detective, señora Margaret —apuntó Marcela

y Margaret soltó la risa ante la ocurrencia de Marcela.

–Bueno, el caso tampoco era tan difícil. Si hasta Matilde opinó lo mismo. Bueno ella sí podría ser detective con todas esas novelas policiacas que se lee, imagínense –y Márgaret me asestaba el segundo golpe sin saberlo, por un lado, y, por el otro lado, yo recibía una patada certera de Marcela, en plena rabadilla por debajo de la mesa. Solté un grito de dolor.

–¿Te sientes bien, Martín? –preguntó la anfitriona, preocupada al ver mi rostro acongojado.

–No, un calambre que me pegó de repente en la pierna –a punto de que llamara a Huguito le aclaré que no era necesario, que, así como había llegado, igual se había ido...

–Debe haber sido el cambio de temperatura...

–O de temperamento –agregó Marcela riendo– cuando Martín se estresa, le da calentura.

–Bueno, Margaret, ya es hora de retirarnos, más adelante tendremos tiempo para conversar antes de tu viaje.

–Espero que sí, Martín y aunque no me adelantaron nada sobre la investigación, tengo el presentimiento de que finalmente todo va a ser aclarado muy pronto.

–Sí, muy pronto –respondí yo.

–Más pronto de lo imaginado –agregó Marcela.

De la misma manera en que nos había recibido, nos condujo hasta la puerta para despedirnos y recordarnos que esta era nuestra casa y que siempre estaría disponible para nosotros cuando deseáramos visitarla y agregó:

–Me quedan pocos amigos, todos abandonaron el país y ni les cuento los cuentos que sobre los vecinos tengo, lo han comprado todo alrededor a precios que ni te imaginas, incluso, ya habrá ocasión para hablar de ellos. “Esto es un barrio marginal de ricos” y ahora tengo más miedo que antes.

Jaime esperaba a las puertas del palacete y en los metros que nos separaban del portón al automóvil, Marcela me ordenó:

–Nos vamos directo al apartamento, tengo algunas cosas que mostrarte que a lo mejor las obviaste, y otras “cositas” que tienes que aclararme –lo de las otras cositas me puso a temblar, sobre todo por la cara de trasero que mantuvo durante toda la travesía.

Aproveché el silencio que reinó en el automóvil durante la trayectoria para pensar que yo andaba bien encaminado respecto a mis sospechas. Marcela, seguro, estaría pensando lo contrario. Claro que a ella le faltaban piezas, sin embargo, yo las tenía todas completas. A ella le faltaban nombres y, sin embargo, yo disponía de cuatro nombres y sabía quién de los cuatro era el culpable. Pero no se lo comentaría hasta estar bien seguro. Siempre hay un halo de dudas en toda investigación. El mío era pequeño, pero no era una sombra que lo escondiera ante la evidencia. Todo el caso estaba tan iluminado como iluminada se veía la avenida gracias a los faros del Mercedes Benz que descendía por la bajada de Los Naranjos como un apéndice del Enterprise surcando el espacio sideral.

Es frecuente inducir el coma en pacientes que presentan lesiones cerebrales. En estos casos los médicos pueden decidir sedar al paciente para reducir su consumo de energía y oxígeno y someterlo a un coma por un lapso de tiempo determinado.

Jaime preguntó si nos dejaba en el mismo sitio de la última vez, yo le aclaré que siguiera la misma vía, pero que nos dejara a seis

cuadras antes de llegar a la anterior vez.

–Ah, es que hubo una anterior vez, te lo tenías bien calladito –era la primera vez que Marcela hablaba desde nuestra salida de la casa de Márgaret.

–Sí, al señor Martín lo dejé cerca de la central policial la vez anterior –el chofer acababa de poner la guinda en la torta. ¿Quién lo habrá llamado a este entierro?

–Cuando andaba “envitolado” con su flux azul marino, ¿verdad? –le pregunto Marcela a Jaime.

–Sí, estaba vestido muy elegante ese día cuando lo pasé buscando en la noche, y en la mañana cuando lo traje de regreso no había perdido el atractivo –ahora si estaba yo condenado a muerte.

–Con que esas tenemos –pronunció la frase riendo por lo que Jaime no sospechó la estratagema que lo invitaba a continuar con la historia y entonces me vi obligado a aclarar antes de que todo se confundiera y terminara de manera trágica.

–Sí, Jaime me pasó buscando esa noche. Márgaret me había invitado a una cena y me interesaba conversar con ella algunos asuntos, pero también tenía interés en pasearme por la biblioteca y por su galería de pinturas. No podía perder esa oportunidad de ver lo que vi y que tú no has visto aún –y ahí puse el dedo en la llaga acentuando la palabra pinturas– Por cierto, en esa ocasión me invitó a beber un whisky excelente y me regaló dos botellas, que aún conservó en el apartamento para disfrutarlas en cualquier momento, juntos. Se llama Macallan, hace milagros, y como eres católica, apostólica y romana, y crees en los milagros, ya verás cuando lleguemos al departamento y saquemos una de esta caja.

A punto de llegar, una vez que el GPS de Jaime determinó la posición del apartamento de Marcela, agregué:

–Ya te cuento todo, solo ten un poco de paciencia y deja esa cara de consternación de la que te vas a arrepentir cuando estemos degustando un trago de Macallan. El automóvil se detuvo. Estábamos frente a la residencia. Descendimos y le dimos las gracias. Jaime esperó hasta ver que traspasábamos la reja de la entrada con la caja de Macallan en mis brazos.

Marcela no esperó abrir la puerta del apartamento y apenas tomamos el ascensor me embistió como un toro.

–Mira pues, quién lo diría, íntimo de la casa...–la corté de inmediato.

No hay nada peor que los celos de una mujer. Si bien los hombres lo resuelven con un asesinato o embriagándose hasta perder la conciencia, la mujer te tortura hasta el último día de tu existencia. Más vale morir de un balazo.

–Lo de íntimo está demás, es una atribución que se toma la dueña de la casa en su soledad. Ahora si quieres hacer un conflicto de eso, estás en tu perfecto derecho –la saqué de contexto, no esperaba esa respuesta.

–No para nada, solo espero que esa condición no nuble tu conciencia y permitas que huya del país –yo le había dado la última pista, pero estaba claro que no la había captado. Definitivamente a Marcela le faltaba experiencia.

–Hey, hey, ya te estás propasando, no dejes que la rabia te nuble a ti y pierdas de vista el objetivo de dar con el verdadero culpable.

–De eso voy hablar –llegamos al departamento– ven que te

muestro las pruebas para no descartar la culpabilidad de la viuda en el caso de su marido.

Encendió la computadora que en comparación con la mía era un avión F-16 de combate aéreo, y precisó, entre decenas de carpetas, la que estaba etiquetada como “documentos del Vaticano”. La abrió y apareció un prontuario completo de lo que le había encargado días atrás.

–Mira, esto lo que guardé luego de una búsqueda minuciosa y espero que los analices. Ya yo me hice una idea y con la visita de hoy no me quedan dudas de que en esa casa hay gato encerrado.

3

Marcela continuaba con sus sospechas infundadas y no tenía dudas sobre Márgaret y ese ha sido siempre el error de un buen detective. La certeza en muchos casos nos lleva a perder el norte de una investigación y como suele decir un proverbio chino: “cuando se mira el árbol, se pierde de vista la inmensidad del bosque”. Al inicio, Márgaret formó parte de mis sospechosos, luego me enfoqué en los que ella llamó sus “contactos”, más adelante recelé de los socios del marido y finalmente temí que se tratara de una especie de conspiración internacional que involucraba tanto a Fernando como a miembros del gobierno, todo producto de la corrupción que no le da una oportunidad a la decencia, a la honestidad.

Me coloqué frente a la pantalla como ella me lo pidió y se fue a preparar un par de tragos Macallan. Varios de los documentos ya los había rechazado, por lo tanto, pude saltar de documento en documento hasta dar con una nota de prensa que me llamó la atención y que la había pasado por alto, si es que alguna vez formó

parte de los que Marcela me había enviado por correo. La información hablaba de una serie de obras pertenecientes al Vaticano que habían sido recuperadas por la policía italiana y devueltas a sus legítimos propietarios. Entre las nombradas se encontraba “La bacanal” del artista Tiziano Vecellio di Gregorio. Me quedé impactado con la noticia y Marcela me sacaba de la impresión al colocarme el whisky al lado de la mesa y preguntarme si lo quería con agua.

–Dime, Marcela qué fue lo que más te interesó de estos documentos a ver si coincidimos ambos.

–Pues el nombre de la obra: “La bacanal”; siempre estuvimos pensando en un cuadro robado al vaticano con un valor inmenso en dólares, pero Tiziano pintó más de doscientas obras, y una sola llamada “La bacanal”.

–Por ello supones que Márgaret tiene que ver con el asesinato de su marido.

–Ella misma lo dijo al momento en que se refirió a la amistad de su esposo con monseñor. Solo hay que atar cabos, como tú dices. Ella al verse descubierta, intenta echarle la culpa al muerto afirmando que éste le robó o mandó a alguien a robarle la obra. Y listo, no hay testigos y el muerto no se puede defender de la acusación. Ella se va de viaje y no regresa más y se mete una millonada al vender una falsificación.

–Y, según tú, lo abandona todo, cuadros muy valiosos, libros, casa, etc.

–Igual puede contratar una compañía de mudanzas que se encargue. También dijo que por esos lados están comprando todas las propiedades a precio de gallina flaca. Quien quita que no esté ofertando la de ella.

—Osea, para ti, Márgaret vende un cuadro falso en millones de dólares y luego dice que le fue robado. Monseñor la descubre y entonces intenta averiguar la originalidad de la pintura, pero desde el Vaticano le responden que la misma fue recuperada y ocupa su lugar en el museo, por ello le reclama a Fernando o a Margaret que el cuadro es una falsificación y fue vendida a una de sus amistades por lo que, para evitar ir a prisión, Margaret, mandan a asesinar al cura, pero entonces ya es tarde porque el cura le ha dicho al comprador lo de la estafa y este comprador burlado manda a ejecutar al vendedor, pero no a la vendedora, de allí que Margaret no salga de su casa y viva con miedo...

—Bueno, no lo veo tan tajante así, porque Ferni murió antes que monseñor, pero no me vas a negar que lo que narras es una posibilidad —solté una carcajada y no pude dejar de reír con aquella teoría.

—Qué, te burlas de mí —y antes de que me botara del apartamento le di la razón en varios aspectos.

—No, querida mía, vas bien encaminada, excepto por algo que pasaste por desapercibido —entonces se interesó y yo respiré aliviado.

La inocencia es algo innato en todos los seres humanos, nacemos inocentes, caemos en las trampas por inocentes y llegamos a la vejez inocentemente. Hasta al mejor cazador se le escapa la liebre por pecar de inocente, por ello abundan los estafadores, sin embargo, contradictoriamente, un buen estafador nunca se ocupa de un inocente, el reto, para ellos, es más bien pescar al astuto, al que desconfía de todo y de todos. Ferni no era nada inocente, lo contrario de Márgaret y de Matilda, cuyo grado de inocencia rayaba en la estupidez.

—Ciertamente el cuadro fue robado, pero no por monseñor

Aguilera o por alguien contratado por él. Aunque está relacionado directamente con el robo. ¿Quieres más pistas, pero ahora sin trazos de colores?

—¿Me estás retando?

—Para luego es tarde.

—Suelta entonces, pues, a ver.

—A qué hora se efectuó el robo aproximadamente.

—En la madrugada pues, porque ella advierte el robo cuando se levanta y nota que el cuadro no se encontraba en su lugar.

—No te suena extraño que Matilda siempre llegaba a casa de madrugada, pero en esta ocasión no fue así.

—¿A dónde quieres llegar?

—Al final de la trama. No te luce extraño que toda la familia estuviera en casa, las alarmas estaban activadas y las chicas del servicio se encontraban en sus habitaciones. Afuera de sus paredes, al exterior de su mansión, hay cámaras que se encuentran por toda la urbanización y no captaron nada sospechoso esa noche. Habría bastado un SOS por parte de la vigilancia para que se movilizara todo el personal de seguridad privada.

—Ya veo. Alguien de adentro se robó el cuadro.

—Pero lo mantuvo oculto en la casa todo el tiempo hasta asegurarse de que no se iba a poner la denuncia sobre el robo.

—¡Fernando!

—Y claro que tenía un cómplice...—Marcela no me dejó terminar la idea.

—Monseñor Aguilera.

—Quien de antemano ya tenía un comprador, o bien se arrepintió a última hora cuando se enteró que el cuadro había sido recuperado y ocupaba su lugar de honor en el museo del Vaticano.

—Lo que llevó a Fernando a cambiar de estrategia puesto que ya no se podía echar para atrás.

—Pero, ¿por qué robarle una pintura a su propia esposa?

Márgaret lo iba a abandonar por patán. No le gustaban las relaciones que tenía y aparte ya no le era útil. Ella no podía comprar o ir a subastas por su pasado de padres falsificadores, por eso no usaba nunca su segundo apellido: Hory. Todas las cuentas estaban a su nombre y las tres partes de la compañía le pertenecen. Tampoco es que Márgaret pensara divorciarse porque no estaba dispuesta a dividir sus bienes, de allí que la muerte del marido le abrió una puerta a su futuro como viuda y la inocencia triunfó sobre la viveza. Lo de iniciar una investigación personal resultó una buena estrategia para ella, por si alguien descubría que pensaba abandonar al marido. De lo contrario habría sido la primera sospechosa del crimen.

—No era tan inocente la viuda.

—No en el aspecto comercial, de hecho, gracias a Forni hicieron toda su fortuna, pero ella era el cerebro de las finanzas. Recuerdas los personajes que te mandé a investigar, aún me la tienes pendiente.

—Se me había pasado por alto, si me das espacio puedo entrar a la página del FBI o Interpol y en momentos podemos tener un perfil inicial de ellos.

—Hazlo y lo más seguro es que te consigas con una sorpresa,

sobre todo si investigas las cuentas de cada uno en bancos extranjeros. Notaras una transferencia a una cuenta reciente de Fernando Rodríguez. Los secretos, amor mío, los secretos. Todos tenemos algo que esconder. Hasta monseñor quiso esconder su pasado y este lo alcanzó en su lecho de muerte.

—¿Y cuál es el próximo paso ahora?

—Creo que, de nuestra parte, no hay un paso que dar, excepto entregarle un informe Márgaret de todo lo que descubrimos, de lo otro deberá encargarse la fiscalía con las pruebas que le suministremos al gordo Wilmer. Sin mucho esfuerzo se puede rastrear la cuenta de Fernando, la transferencia y el monto. El FBI o Interpol podrán dar con la pintura falsa y de hecho con el asesino intelectual y ya este confesará a quien o a quienes contrato para cometer el hecho material. Solo es cuestión de tiempo una vez que Márgaret haga una declaración por escrito y deje claro que el motivo del asesinato del marido nada tuvo que ver con sus negocios, sino con un cuadro falso robado de un tal Tiziano, recuperado hace meses por la policía italiana y devuelto al Vaticano, lo que originó una retaliación por parte del comprador burlado y así el miedo de Márgaret quien posiblemente sospechaba del marido desaparecerá para siempre.

Estudios recientes han demostrado que solo el 60% de todos los casos diagnosticados como estado vegetativo lo son realmente. El otro 40% restante, al ser evaluados con las técnicas de neuroimagen, están conscientes. Así se ha demostrado que los pacientes en un estado de conciencia mínima pueden sentir dolor, emociones y, hasta cierto punto, entender lo que se les dice. Por ello es crucial tener en cuenta que esta población es muy heterogénea y que cada paciente tiene un perfil único de conciencia”.

Capítulo último.

1

Despertó

El comisario Martín Zanabria se encontraba en terapia intensiva. Acababa de abrir los ojos y vio un techo blanco y pensó que volaba entre nubes. Desvió la vista hacia su brazo izquierdo y constató que el dolor que sentía era producido por la aguja o vía por donde circulaba el suero que lo hidrataba. Descartó un infarto. Respiraba con dificultad debido a una sonda que le calaba la nariz. A su lado, una máquina no dejaba de lanzar un pitico molesto a sus oídos, una especie de bip, bip bip por segundos. Escucho un ruido de puertas a su derecha y logró, con algo de dificultad, girar la cabeza. Una mujer entraba a la sala. Toda de blanco, se acercó hasta donde él y escuchó que decía con sorpresa ¡Vaya! “bienvenido al mundo”, ya voy por el médico de guardia”, y salió presurosa. Al dejar el campo de visión libre, vio a otro paciente durmiendo el sueño de los justos. Al igual que él, tenía mangueras por todas sus partes y otra máquina con el bip, bip bip que también se encontraba a su lado. Pasaron unos minutos y la enfermera llegó con el médico quien también se sorprendió al verlo despierto. Lo saludó: “Hola, hombre, bienvenido, ha dormido una eternidad. Mi nombre es Fernando Rodríguez, soy tú neurólogo”, pero él no pudo contestar el saludo. Otra manguera le perforaba la tráquea, ni siquiera pudo emitir un rugido, apenas movió los ojos de un lado al otro y los cerraba y habría tal como le indicó el médico que hiciera, si lo estaba escuchando: “dos pestaños para negar y uno para afirmar”. “Siente dolor”, preguntó el galeno, recibiendo como respuesta dos pestaños. “Sabe dónde se encuentra”, dos pestaños más. “Recuerda qué le sucedió”, otros dos pestaños. El médico

colocó el estetoscopio en el lado izquierdo de su pecho, luego en el derecho, en el estómago, en la espalda. Le pidió que tomara aire por la nariz y lo aguantara, pero él no pudo. El médico se dio cuenta y procedió a quitar la sonda y entonces, ahora pudo respirar profundo. El médico le dijo “inhala” y él inhaló, luego le dijo exhala y él exhaló. Llegaron dos médicos más a su lado. Hablaron cosas que él no logró entender por completo. Eran como palabras sueltas sin coherencias, una aquí, otra allá, pero estaba consciente de que hablaban entre ellos. Al fin tomaron la decisión de comenzar a extraerle las mangueras que punzaban sus entrañas, jamás había sentido tanta incomodidad. Era como si le extrajeran las vísceras una por una. El médico antes de la extracción le explicaba: “vamos a sacarte la de la orina”; luego: “vamos con la del intestino”; después: “vamos a extraer la del estómago” y así, hasta llegar a la que le molestaba en la tráquea.

Libre de mangueras uno de ellos encendió una linterna y acercó la luz a cada uno de sus ojos, le pidió moverlos primero a la derecha, luego a la izquierda y finalmente hacia arriba y hacia abajo. Anotó algo en una libreta. El otro médico extrajo del bolsillo de su bata un martillo pequeño y golpeo sus rodillas. Él sintió que la pierna le saltaba. El medico hizo lo mismo con cada pierna tanto en las rodillas como en los tobillos. Una vez que terminó hizo su respectiva anotación y realizó la misma función en los brazos: codos y muñecas. Le pidió que moviera los dedos y él lo hizo sin ningún impedimento. Ahora tenía ganas de hablar, pero no se atrevía. Tenía muchas preguntas que hacer: ¿cuál era su nombre?, ¿qué hacía allí? ¿qué le había sucedido? Dejaría para último la pregunta de si estaba vivo y si aquello no era más que una de esas pesadillas que parecen reales que le fastidiaban el sueño. Quiso pellizcarse, pero no tenía energía ni para eso. Entonces, Se atrevió a hablar, pero no pudo articular palabra, solo surgió un susurro de su garganta, un balbuceo sin ninguna construcción gramatical

conocida. El médico entendió y le hizo señas con el dedo índice sobre sus labios que permaneciera en silencio. Luego le preguntó si lo escuchaba bien o entrecortado, él respondió que lo escuchaba bien con un pestañeo. Entonces le comunicó que iban a intentar alimentarlo sin las mangueras, pero a fuerza de líquidos, le aclaró que probablemente le dolería un poco el tragar, pero que tenía que intentarlo o regresaría a las mangueras de nuevo, a lo que él respondió de inmediato con un pestañeo. Cuando tenía estas pesadillas, él le daba una orden a su cerebro de despertar y lograba así, salir del sopor. Lo intento y nada cambió. El médico sonrió al entender su apremio por hablar. Antes de retirarse escribió algo en su libreta y, frente a sus ojos le pidió que la leyera: “afuera tiene visita, quiere que pasen a verle”, y él no pudo comprender las palabras. El médico, señalando con la pluma, le fue explicando el significado de cada palabra con gestos corporales: “af-u-e-ra”, él pestañeo una vez. Quiso reír ante los ademanes del médico. “T-i-e-n-e”, pestañeo de nuevo. “V-i-s-i-t-a”. ¿Entiende? Él pestañeo y esta vez lo hizo despacio, como diciendo que ya estaba harto de responder mediante parpadeos continuos, y ver a un médico haciendo piruetas en el aire, pero se le pasó la tensión cuando el médico le apuntó el resto de la frase y él cerró los ojos en dos ocasiones en señal de rechazo.

De los tres, fue el neurólogo al que le tocó dar la buena noticia a la sobrina que esperaba impaciente.

–Despertó, está mejor, pero por ahora, no es bueno que sea molestado –dijo y se retiró sin más.

2

La prensa reseñó el suceso como lamentable. Un oficial del departamento de criminalística había sufrido heridas graves en un

intercambio de disparos frente a la sede policial, la tarde del domingo. Al parecer –sostenía la información– un par de sujetos armados atentaron contra la vida del director de la institución y aunque no pudieron consumir el hecho, el comisario Martín Zanabria fue impactado por un disparo y la bala se le alojó en el occipital derecho.

Según habían declarado funcionarios y testigos, el comisario salía de la Central para dirigirse a un local donde lo esperaban los amigos con el fin de hacerle un homenaje por su jubilación luego de 25 años de servicio. El local, donde se hacía el festejo era El Vesubio, una tasca ubicada frente al edificio policial, donde se reunían todos sus compañeros, cuando no estaban de servicio. Ese domingo en cuestión habían preparado una fiesta y el comisario antes de hacerse presente, decidió pasar a saludar a sus viejos compañeros de faena. Al salir cuentan los testigos que se oyeron cinco disparos y uno de ellos impactó sobre la humanidad del comisario quien sufriría serias lesiones en el occipital derecho, consideradas de suma gravedad. Inmediatamente fue trasladado a la clínica más cercana donde permanece en estado de coma. Los médicos no eran muy optimistas al respecto y sostuvieron que solo un milagro podría salvarle la vida al veterano policía.

Por otra parte, se conoció –decía la nota– que los sicarios huyeron en una moto de alta cilindrada dejando cuatro impactos en la camioneta del director de la institución quien no sufrió ningún percance, gracias al blindaje tipo 3, específico para proteger a los ocupantes de armas cortas tipo Glock, Beretta y Magnum que utilizan cartuchos de 9 milímetros.

Durante treinta días, sus compañeros de trabajo y dos familiares cercanos lo visitaban a la espera de una recuperación milagrosa, y siempre comentaban aquella nota de prensa que apareció en la primera página de todos los periódicos que circulaban en la ciudad.

Y no era de esperarse menos, puesto que un suceso de esta categoría poco se había visto en el país y quizás el antecedente más cercano había sido la bomba que estalló en el carro de un fiscal de apellido Anderson a finales del 2004.

3

Una semana antes de que el comisario abriera sus ojos al mundo, los médicos le habían recomendado a una sobrina que resultó ser la familiar más cercana, que les quitaran los aparatos, pues el estado vegetal ya era irreversible y la prima del seguro estaba por vencerse, aunque la institución había procurado una partida especial para cancelar el tiempo de hospitalización, pero en vista de que no había ninguna reacción favorable, estaban pensando en cancelar la subvención hospitalaria. Durante este tiempo, quienes lo cuidaban sentían una especial estima por el comisario, pues habían escuchado todos los cuentos de sus amigos quienes lo tachaban de un hombre tolerante, inteligente, buena persona, admirado, respetuoso compasivo. El cura de la capilla, Alfonso Aguilera pasaba dos veces al día, en la mañana y en la noche para bendecirlo y pedirle a Dios que lo regresara al mundo de los vivos sacándolo de ese limbo en donde se encontraba. María Sarmiento, quien se encargaba de la limpieza, le hablaba de sus recetas de cocina y le contaba que, junto a su marido, Iginio Mendoza, alguna vez iba a tener su propio restaurante al que llamaría la Posada de Cervantes. Márgaret, la doctora de guardia, le confesaba su aflicción todas las noches, pues no tenía quien le escuchara su pena. Esa que la embargaba desde que descubrió que su marido tenía un hogar paralelo con dos hijos desde hacía varios años y se turnaba las noches que ella tenía de guardia en la clínica. También era médico y cambiaba de hogar acorde a los turnos de ella. Marcela, la enfermera de terapia intensiva quien en realidad se

llamaba Marcelo y era travesti, le dedicaba horas leyéndole novelas de amor, entre las más relevantes se encontraba “Romeo y Julieta” porque le vio soltar una lagrima en su lecho vegetativo y supuso que era una de sus preferidas. Estaba convencida que el amor podía hasta con la muerte misma. Su sobrina, Olivia Matilda, se turnaba un par de horas al día con el gordo Wilmer, un artista venido a menos que formaba parte de sus amigos bebedores de taberna en taberna y lograba intercambiar de vez en vez una de sus obras por una botella de whisky La Perdíz. Su único y fiel cliente, era el gallego Pablo, propietario de la taberna quien se las compraba porque pensaba que Wilmer alguna vez sería famoso como pintor. Tanto Olivia como Wilmer querían ser los primeros que el comisario viera apenas saliera de su estado de coma. Lo hacían esperando verlo despertar y para que no se sintiera abandonado y sin familia. Olivia se entretenía leyendo las novelas policiacas que el Inspector Guillén le había obsequiado al conocerla cuando apenas era una adolescente. A menudo comparaba, en voz alta, al tío con los detectives Sam Spade y Phillip Marlowe, que venían siendo los personajes de los escritores Dashiell Hammett y Raymond Chandler.

4

Al dejar la sala de terapia, el neurólogo, Fernando Rodríguez, habló con Wilmer y Olivia para participarles que, el paciente no quería visitas por el momento y que esa actitud era normal. Ellos cuando salen del coma no reconocen a nadie durante días o semanas, e incluso meses, de modo que “hay que tener paciencia”, dijo. Una visita súbita le puede crear un gran estrés así que por el momento vamos a esperar y dosificaremos las visitas. Inmediatamente les hizo varias recomendaciones del manual de los “revividos por milagro”.

Recomendaciones

Al despertar del coma

–Dirigirse al familiar o amigo por su nombre, sin alzar el tono de voz y despacio. No hay que utilizar un lenguaje infantil. Hablar al afectado como lo haríamos con cualquier otra persona.

–Evitar discutir al lado del afectado, porque, aunque no muestre señales de respuesta, tal vez pueda comprender lo que se está diciendo o, aunque no lo comprenda puede reconocer el tono emocional de nerviosismo y tristeza. Debían usar tonos positivos y ser cariñosos.

–Importante el que ventilen la habitación, abriendo las ventanas, regulando la entrada de luz natural. De noche deben apagarse las luces blancas, las LED internas y darle poca entrada a la de los pasillos.

–Las visitas deben ser cortas, el número simultáneo de visitantes debe limitarse a un máximo de dos personas a la vez y hay que evitar otras distracciones como la televisión, la radio, y la música estruendosa.

–Deben dejar descansar al paciente durante períodos amplios y especialmente entre visitas.

–Una cosa importantísima –hizo énfasis– es intentar obtener respuestas a las preguntas a través de sus sentidos, como un abrir y cerra de ojos, si entiende o no lo que se le dice. Igual con los olores particulares de comida o de un perfume o colonia. Tocar su piel con diversos objetos o texturas es importante para observar si los percibe fríos, cálidos rugosos o lisos.

Olivia escuchó con atención las recomendaciones del médico, pero Wilmer salió de la clínica a las primeras de cambio para dar

las buenas noticias en la taberna, porque, seguramente, el viejo Pablo le invitaría una botella de “La Famosa Perdiz” y brindarían a la salud del comisario Martín Zanabria.

5

El estado de coma es como un sueño que no termina, pensó Martín Zanabria, una vez que los médicos se retiraban de la sala de terapia intensiva, y aunque no recordaba aún quien era, sabía que en esta ocasión no estaba soñando...Lástima pensó, no hay ni habrá nada mejor que morir soñando.

Se puede mantener a un paciente en un coma inducido farmacológicamente durante días o meses, durante este tiempo el paciente debe estar bajo supervisión constante en las unidades de cuidados intensivos y serán los intensivistas los que irán modulando los cuidados del paciente, el grado de sedación y el despertar progresivo si es preciso.

Apéndice

1

El Vaticano anunció en días pasados el lanzamiento de una campaña que permitirá, a través de una movilización internacional, recuperar “La Navidad” del artista italiano Michelangelo Merisi da Caravaggio (1571-1610), uno de los cuadros robados más famosos del mundo. La iniciativa titulada “Caravaggio antimafia”, pretende además subrayar la oposición de parte de la Iglesia católica a toda clase de delincuencia organizada, siguiendo el ejemplo del beato italiano Giuseppe Puglisi, asesinado por mafiosos en 1993.

Luego de la visita del Papa Francisco a Palermo, donde rindió homenaje a la memoria de “don Pino” (como lo llamaban al sacerdote), la campaña también busca sensibilizar a jóvenes estudiantes sobre la trágica pérdida que significa el robo de una obra de arte de inestimable valor. Pintado en 1609 con una técnica de óleo sobre lienzo, la “Natividad con San Francisco y San Lorenzo”, fue sustraída el 17 de octubre de 1969 del Oratorio de San Lorenzo en Palermo, la capital de Sicilia, donde era conservado. Inmediatamente se multiplicaron las versiones sobre el hecho y los capos de la organización mafiosa “Cosa Nostra” se pelearon por confesar la autoría en el robo. Lo cierto es que la pintura, pese a ser mundialmente conocida, nunca fue recuperada.

Italia es el país con mayor número de sitios declarados como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, por delante de China y España. Se trata de un listado excepcional debido a su inmensa herencia histórica, desde los etruscos, griegos y romanos, pasando por el Renacimiento y el Barroco, una riqueza que despierta la codicia de coleccionistas de todo el mundo, que llegan a cometer

ilegalidades para satisfacer su pasión. (AFP)

2

El 61% de las grandes fortunas invierten entre un 11% y un 50% de su patrimonio en arte. Ciertamente es que lo disfrutan en privado o en museos de sus propias fundaciones, pero más del 78% de dichos coleccionistas lo aprecian también como inversión. Antes, el comprador de una obra de arte buscaba el disfrute personal, el placer de admirar y compartir, pero existe ahora una parte muy importante del mercado que compra puramente por inversión y hasta por mera especulación. La globalización, el desarrollo de las comunicaciones y el crecimiento de la economía internacional le han agregado profundidad y liquidez al mercado mundial del arte. La inversión en esta clase de activos ha contemplado la aparición de millones de nuevos compradores potenciales en mercados tan alejados como Asia, Medio Oriente y América Latina, cuando hasta hace pocas décadas la compra en arte se reservaba solo a una élite de Estados Unidos y Europa.

Como toda inversión, el comprador debe conocer los riesgos que se asumen. En el caso de las obras de arte éstos son variados. Cuando se invierte en arte, es fundamental conocer la procedencia de la obra, ya que hay muchas falsificaciones y obras robadas. Adquirir la obra en subastas o galerías reconocidas le brindará un valor adicional, principalmente como antecedente de su procedencia.

Con los muertos no se juega se terminó de imprimir el 27-11-
2021

Caracas-Bogotá

Todos los derechos reservados

Barralibros.editores

www.barralibros.es



Con los muertos no se juega